



MEDITACIONES SOBRE LAS LETANÍAS DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

POR SACERDOTES DEL INSTITUTO DEL VERBO ENCARNADO



MEDITACIONES
SOBRE LAS LETANÍAS DEL
SAGRADO CORAZÓN
DE JESÚS

PREPARADAS POR SACERDOTES DEL
INSTITUTO DEL VERBO ENCARNADO



2023

© *Todos los derechos reservados.*

INTRODUCCIÓN

Hace un tiempo recibíamos de parte de una señora argentina, miembro de la Tercera Orden y madre de varios sacerdotes y monjas de nuestra Familia Religiosa del Verbo Encarnado, la sugerencia de publicar algunas meditaciones sobre el Sagrado Corazón de Jesús siguiendo las letanías en su honor, como prenda del amor que nuestros religiosos profesan al amor misericordioso del Divino Redentor.

Hoy con gran alegría entregamos esta obra compuesta por treinta y tres meditaciones, una por cada letanía, escritas por sacerdotes del Instituto del Verbo Encarnado que misionan en distintas partes del mundo. Así nuestros religiosos, los miembros de la Tercera Orden y quienes lo deseen, tendrán a disposición estos textos para meditar durante el mes de junio, cuando toda la Iglesia venera de manera particular el Corazón traspasado del Señor.

Muchos motivos nos han movido para emprender esta obra.

1. El primero y principal es **latréutico**: honrar al Divino Corazón del Redentor, al cual nuestra Familia Religiosa está consagrada por decisión unánime de los Padres y Madres reunidos en los Capítulos Generales de ambos Institutos en el año 2016.

2. Además queremos **implorar** del Corazón *de cuya plenitud hemos recibido gracia sobre gracia* (Jn 1,16) aquellas bendiciones por Él concedidas a las congregaciones religiosas en las cuales Él sería particularmente honrado. Estas gracias, según los escritos de Santa Margarita María de Alacoque, son las siguientes:

- *Se conservará el fervor primitivo del Instituto.* Dice Santa Margarita: «Estos frutos de vida y de salud que traerá la devoción al Corazón de Jesús

nos renovarán en el espíritu primitivo de nuestra santa vocación». «Satanás quiere vomitar su rabia destruyendo el espíritu de nuestro Instituto, y así arruinarlo. Mas no logrará su intento, si queremos, según las intenciones de nuestro santo Padre [San Francisco de Sales], servirnos de los medios que él nos presenta [se refiere a esta devoción], para restituirnos al primer vigor del espíritu de nuestra santa vocación, viviendo según las máximas del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo». Y en una carta a su director dice, no ya referido a su orden, sino a todas en general: «Sobre todo trabaje Usted para que abracen esta devoción las personas religiosas, porque sacarán de ella tantos socorros, que no será necesario otro remedio para restablecer el primitivo fervor y la más exacta regularidad en las comunidades menos observantes».

- *La consecución de los fines del Instituto.* Si la devoción al Corazón de Jesús renovará el fervor primitivo en cada Instituto, les hará también conseguir perfectamente los fines para los que fueron fundados. Relatando Santa Margarita una hermosa visión, en la que la Virgen Santísima hizo entrega de la devoción al Corazón de Jesús a la Orden de la Visitación y a la Compañía de Jesús, dice: «Y a medida que ellos [los religiosos de la Compañía] le procuraren tal placer, este Divino Corazón, fuente de bendiciones y de gracias, las derramará tan abundantemente sobre las funciones de sus ministerios, que éstos producirán resultados que sobrepujen sus trabajos y sus esperanzas, lo mismo en lo tocante a la salud y perfección de cada uno de ellos en particular».

- *La unión de caridad entre los miembros.* En la carta 131, después de enumerar Santa Margarita varias promesas para las comunidades religiosas, añade: «Y prometió que Él derramaría esta suave unción de su ardiente caridad en todas las comunidades religiosas en las que fuere

honrado y se pusieren bajo su especial protección, y que mantendría en ellas todos los corazones unidos para no formar sino uno solo con el suyo».

- *La solidez y la unidad ante los peligros de división y los ataques externos.* En una carta de 1685 la Santa dice: «Nuestro Padre San Francisco de Sales, temiendo que los fundamentos de su edificio viniesen a cuartearse, había pedido un sostén capaz de defenderlo. Se le concedió la devoción del Corazón de Jesús, como medio para reparar las quiebras del edificio, y servirle de defensa contra los ataques de sus enemigos, y de apoyo para que no sucumba en lo venidero». «No puedo dispensarme de decir a Usted unas palabras más acerca de la fiesta de nuestro Santo Fundador, el cual me dio a conocer que no había medio más eficaz para reparar las quiebras de su Instituto que introducir en él la devoción al Sagrado Corazón, y que él deseaba que este remedio se usase». «Yo pienso que éste es uno de los medios más eficaces para tornarle a levantar de sus caídas, y servirle como de castillo inexpugnable contra los asaltos que el enemigo le da continuamente para arruinarlo, por medio de un espíritu extraño de orgullo y ambición, que quiere introducir en lugar de aquel de humildad y sencillez, que son el fundamento del edificio».

No es de extrañar que Santa Margarita María refiera estas bendiciones del Sagrado Corazón de Jesús para las comunidades religiosas donde será honrado pues, si lo consideramos bien, ellas ya están contenidas en las doce promesas que Él aseguró que concedería a sus devotos:

- *Mi bendición permanecerá en las casas donde la imagen de mi Sagrado Corazón sea expuesta y venerada.*
- *Daré a los devotos de mi corazón todas las gracias necesarias para su estado.*
- *Estableceré y preservaré la paz en sus familias.*

- Los consolaré en todas sus aflicciones.
- Seré su refugio seguro en la vida y especialmente en el momento de la muerte.
- Derramaré abundantes bendiciones sobre sus obras y emprendimientos.
- Los pecadores encontrarán, en mi Corazón, una fuente inagotable de misericordias.
- Las almas tibias se volverán fervorosas practicando esta devoción.
- Las almas fervientes pronto alcanzarán la perfección.
- Daré a los sacerdotes que difundan esta devoción el poder de tocar los corazones más endurecidos.
- Las personas que propaguen esta devoción tendrán su nombre inscrito para siempre en Mi Corazón.
- A todos los que practiquen, los primeros viernes de nueve meses consecutivos, les daré la gracia de la perseverancia final y la salvación eterna.

3. Queremos también **dar gracias** al Sagrado Corazón de Jesús por todas las bendiciones que nos ha sobreabundantemente concedido hasta ahora, sea a cada miembro en particular, sea a nuestras congregaciones en cuanto tales. Pensamos hoy de manera especial en aquellos de los nuestros que han obtenido de Él en este último tiempo la perseverancia final en la gracia, en la Iglesia Católica y en los santos propósitos a Él prometidos el día de los votos profesados en nuestra Familia Religiosa. ¡Cuántas otras gracias supone esta *gracia de las gracias*, todas recibidas de la fuente inagotable del costado abierto del Divino Redentor! No podemos más que conmovernos de gozo y llenos de gratitud decir con el Salmista *cantaré eternamente las misericordias del Señor* (Sl 88,1).

4. Finalmente, es nuestro deseo que estas meditaciones contribuyan a que los nuestros, y muchas otras almas, **crezcan en el conocimiento y**

amor del Amantísimo Corazón del Verbo Encarnado. Porque ese conocimiento y amor constituyen la vida eterna aquí comenzada, según Él mismo enseñó: *esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo* (Jn 17,3). Vida divina participada en nosotros por la gracia y que brota del Costado abierto del Señor en el paroxismo de su amor en la Cruz. Costado que fue abierto para enseñarnos simbólicamente que a través del velo de su Sagrada Humanidad vienen a nosotros todas las gracias, pero también para que pudiésemos atisbar al Dios vivo escondido bajo los velos de su carne y vivir su misma vida divina.

Es nuestro deseo entonces que estas meditaciones nos ayuden para que delante del Corazón abierto de Jesús podamos profundamente *contemplar al que traspasamos* con nuestros pecados (cf. Jn 19,37; Zac 12,10) y nos enamoremos cada vez más de Él, que es *rico en misericordia* (Ef 2,4). Misericordia que es el límite que Él pone al mal en el mundo, pues con ella lo ha derrotado definitivamente, irremediabilmente¹.

Ponemos los frutos de esta obra en las manos maternas de María Santísima, aquella que es «dueña del Calvario y Reina del Instituto», que nos fue donada en la Cruz y cuyo Inmaculado Corazón fue también traspasado de dolor por amor de su Hijo y por nuestro amor.

P. Gonzalo Ruiz Freites, IVE
Ponzano Romano (Italia), 8 de mayo de 2023
Solemnidad de Nuestra Señora de Luján

¹ Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dives in misericordia* (30/11/1980), 8. 13.



LETANÍAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

V/. Señor, ten piedad de nosotros.

R/. *Señor, ten piedad de nosotros.*

V/. Cristo, ten piedad de nosotros.

R/. *Cristo, ten piedad de nosotros.*

V/. Señor, ten piedad de nosotros.

R/. *Señor, ten piedad de nosotros.*

V/. Cristo, óyenos.

R/. *Cristo, óyenos.*

V/. Cristo, escúchanos.

R/. *Cristo, escúchanos.*

V/. Dios, Padre celestial,

R/. *ten piedad de nosotros.*

V/. Dios Hijo, Redentor del mundo,

V/. Dios Espíritu Santo,

V/. Trinidad Santa, un solo Dios,

Corazón de Jesús, Hijo del eterno Padre,

R/. *Ten misericordia de nosotros.*

Corazón de Jesús, formado en el seno de la Virgen Madre
por el Espíritu Santo

Corazón de Jesús, substancialmente unido al Verbo de Dios

Corazón de Jesús, de majestad infinita

Corazón de Jesús, templo santo de Dios

Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo

Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo

Corazón de Jesús, horno ardiente de caridad
Corazón de Jesús, santuario de justicia y de amor
Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor
Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes
Corazón de Jesús, digno de toda alabanza
Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones
Corazón de Jesús, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia
Corazón de Jesús, en quien habita toda la plenitud de la divinidad
Corazón de Jesús, en quien el Padre se complació mucho
Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido
Corazón de Jesús, deseo de los eternos collados
Corazón de Jesús, paciente y muy misericordioso
Corazón de Jesús, rico con todos los que te invocan
Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad
Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados
Corazón de Jesús, colmado de oprobios
Corazón de Jesús, desgarrado por nuestros pecados
Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte
Corazón de Jesús, traspasado con una lanza
Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo
Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra
Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra
Corazón de Jesús, víctima por los pecados
Corazón de Jesús, salvación de los que en Ti esperan
Corazón de Jesús, esperanza de los que en Ti mueren
Corazón de Jesús, delicia de todos los santos.

1. CORAZÓN DE JESÚS HIJO DEL ETERNO PADRE

Cor Iesu, Filii Patris aeterni

*P. Ricardo E. Clarey, sacerdote argentino
Misionero en Italia*

1. El Sagrado Corazón es corazón de hombre, pero también de Dios: amor humano y amor divino.

La Escritura nos recuerda que la persona de Cristo es la del Hijo de Dios, el Verbo que *estaba junto a Dios y era Dios* (Jn 1,1). En todo el Nuevo Testamento encontramos innumerables veces la referencia de Hijo de Dios como algo propio de Jesús, y de múltiples modos Jesús mismo expresa su relación única con su Padre, llegando incluso a afirmar que *Yo y el Padre somos uno* (Jn 10,30).

Esto nos indica, pues, que en Cristo tenemos ciertamente un amor humano, en todo igual a nosotros excepto en el pecado, pero al mismo tiempo un amor divino, que es el mismo amor con el que el Padre nos ha amado y nos ha elegido en Cristo antes de la creación del mundo (cf. Ef 1,4). Un amor divino que ha movido al Verbo a querer encarnarse. «Ha querido que le viéramos bajo el símbolo de su Sacratísimo Corazón, para que el conocimiento de su divinidad y amor infinito nos entrara por los ojos. Ha querido vivir con nosotros, conversar con nosotros, emparentar con nosotros y hacerse hermano nuestro. “Nuestra carne y su carne –dice San Agustín– no son de diferente naturaleza; nuestra alma y su alma no son de diferente especie. Tomó la naturaleza que quiso salvar”»¹.

¹ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, pp. 22-23.

Es un misterio extremadamente profundo, porque nos encontramos ante la unión de Dios, que *habita en una luz inaccesible* (1 Tim 6,16), a quien nadie ha visto jamás (cf. Jn 1,18), con el ser humano, infinitamente débil y frágil, un simple esclavo en comparación con la majestad y la gloria de Dios Uno y Trino. Una unión que resulta escandalosa y absurda para tantas mentes. Pero una unión por la cual «el Dios infinito ha permitido que le abrace el Corazón de un Hombre cuyo nombre es Jesús de Nazaret, Jesucristo. Y a través del Corazón del Hijo, Dios Padre se acerca también a nuestros corazones y viene a ellos. Y así cada uno de nosotros es bautizado *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Cada uno de nosotros está inmerso, desde el principio, en el Dios Uno y Trino, en el Dios vivo, en el Dios vivificante»².

Esta unión de Dios y el hombre en la única Persona del Verbo es también la unión de dos amores distintos, el de Dios y el del hombre, pero que tienden a la misma gloria de la Santísima Trinidad y al bien y felicidad del género humano por su misericordia. Por eso afirma Pío XII: «El Corazón de nuestro Salvador en cierto modo refleja la imagen de la divina Persona del Verbo, y es imagen también de sus dos naturalezas, la humana y la divina; y así en él podemos considerar no sólo el símbolo, sino también, en cierto modo, la síntesis de todo el misterio de nuestra Redención. Luego, cuando adoramos el Corazón de Jesucristo, en él y por él adoramos así el amor increado del Verbo divino como su amor humano, con todos sus demás afectos y virtudes, pues por un amor y por el otro nuestro Redentor se movió a inmolarsé por nosotros y por toda la Iglesia, su Esposa»³.

² SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (2/6/1985).

³ PÍO XII, Encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón (15/5/1956), 24.

2. Es amor del Verbo de Dios, que es Hijo natural del Padre y engendrado antes de los tiempos. Este amor eterno significa, ante todo, el amor que el Hijo tiene al Padre, pero también el amor que el Padre tiene al Hijo. Este amor precedente de Dios, eterno como Él mismo, es ciertamente del Padre al Hijo y del Hijo al Padre: pero, habiendo las Personas divinas decidido crearnos y llamarnos a la comunión con Él, ese amor es también el amor con el que Dios nos ama e incluso con el que quiere suscitar en nosotros el amor hacia Él. A cada uno de nosotros nos dicen el Padre y el Hijo: *Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi lealtad* (Jr 31,3). ¡Todo esto lo encontramos expresado en el Sagrado Corazón que el Verbo toma en su encarnación!

Y este amor significa, asimismo, un amor total e intenso, no limitado por el modo imperfecto de ser engendrado ni por el tiempo. Nosotros sí estamos inmersos en el tiempo, y en medio de un mundo que es percibido por nuestros sentidos: por eso nos resulta tan fatigoso el esfuerzo de elevarnos para entrever, en el claroscuro de la fe, la vida íntima y refulgente de la Santísima Trinidad. Pero apoyados en la enseñanza del mismo Jesús, sabemos que toda la perfección de Dios en su vida íntima, y en particular su amor, es completa, sin variaciones, sin necesidad de sucesión ni de esperas: en Dios Trino y Uno todo lo bueno, todo lo verdadero, todo lo gozoso está presente aquí y ahora, sin más. Cualquier comparación con las cosas de la creación, incluso de las realidades espirituales, es algo infinitamente opaco y pobre.

3. El Hijo del eterno Padre es también nuestro Hermano mayor, que nos ama de modo tan especial con este amor. ¡Y nos lo participa!

El Verbo eterno se hizo en su encarnación semejante a nosotros: Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado (cf. Ro 8,3), para rescatarnos. Por eso *debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser*

misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo (Heb 2,17).

Pues bien, no solamente Él se hizo semejante a nosotros, sino que por esta acción nos hizo a nosotros semejantes a Él. Gracias a esta dignación de su amor, cargando en sí la imagen deformada que había en nosotros, nos comunicó pura y resplandeciente su propia imagen, para que se cumpla así el plan providencial del Padre: *A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó (Ro 8,29-30).* Ahora somos hermanos de su Hijo eterno, y fuimos llamados y justificados, y esperamos que por su misericordia seamos en Cristo glorificados.

Este proyecto grandioso es una realidad gracias al amor de Dios, al amor del Padre y del Hijo, que se nos hace tangible en el Sagrado Corazón. El Padre nos ama en Cristo, primogénito de toda creatura y primer predestinado. Un amor tan profundo que no solamente crea el bien donde no está, sino que además restaura su imagen haciéndonos una creatura nueva a través de su nueva presencia entre nosotros: *Oí una gran voz del cielo, que decía: 'El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios'. [...] El que estaba sentado en el trono dijo: 'Yo hago nuevas todas las cosas' (Ap 21, 3.5).*

Tan grande es la fuerza y el poder de este amor de Dios, que nosotros lo participamos y somos capaces de amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente (cf. Mt 22,37). En efecto, Dios «nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos.

Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este “antes” de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta»⁴.

¡Puedo amar a Dios y puedo amar como Dios, gracias al amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, gracias al Sagrado Corazón de Jesús, Hijo del eterno Padre!

⁴ BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est* sobre el amor cristiano (25/12/2005), 17.

2. CORAZÓN DE JESÚS FORMADO EN EL SENO DE LA VIRGEN MADRE POR EL ESPÍRITU SANTO

Cor Iesu, in sinu Virginis Matris a Spiritu Sancto formatum

*P. Andrés J. Bonello, sacerdote argentino
Misionero en Italia*

El fin del Corazón de Cristo

María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón (Lc 2,19).

Se sabe bien que el corazón es depositario de todo afecto. San Alfonso nota que toda afección interna –incluida la del dolor– deja mayor huella en el corazón que en cualquier otra parte del cuerpo, pero «más especialmente se imprimen en él las que se refieren al amor»¹. Así, de los fervientes sentimientos de amor para con Dios de San Felipe Neri, le emanaba un continuo calor desde el corazón. También se sabe que estando en oración, el corazón se le ensanchó lo suficiente como para romperle dos costillas y que de lo fuerte que palpitaba su pecho, a veces empujaba a quienes se le acercaban. Santa Teresa, por su parte, describe que en más de una ocasión, Dios mandó un ángel a herirle el corazón de modo tal que quedaba toda encendida en amor divino sintiendo al mismo tiempo grande ardor.

Todo esto, referido al Corazón de Jesús, debe ser «cosa muy ponderada –concluye el mismo San Alfonso– al darnos cuenta que los afectos de amor se imprimen de modo especial por parte de Dios en el corazón de los santos».

¹ SAN ALFONSO M. DE LIGORIO, *Novena del Sacro Cuore di Gesù*, Introduzione.

¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos explicaba las Escrituras? (Lc 24,32). Si así arden los corazones de los justos al recibir un rayo del amor de Dios, ¡cuánto habría de arder aquel Corazón, depositario del infinito amor de Dios para con los hombres y, al mismo tiempo, del más perfecto amor humano para con Dios!

Verdadero Corazón humano, formado por el Espíritu Santo en María

El Sagrado Corazón de Jesús, destinado para latir de amor divino por los hombres, no podría no ser formado sino por el Espíritu Santo, al cual, por ser el mismo Amor del Padre y del Hijo, se le atribuye toda obra *ad extra* de la Santísima Trinidad en la que resplandezca el amor de Dios. *Lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo (Mt 1,20).*

Pero debía ser un corazón *humano*... Para salvaguardar la verdad sobre la Encarnación y por ende de su Sagrado Corazón, es preciso afirmar también una fuente humana en completa unión al Espíritu Santo para formarlo.

Ya en tiempos del Apóstol San Juan surgieron algunos que negaban que Nuestro Señor fuera verdadero hombre, o que no tenía cuerpo humano, o que su cuerpo era celeste... O que Él no sufrió, sino que otro sufrió en su lugar. Juan por eso advertía: *En esto podréis reconocer quién tiene el espíritu de Dios: todo el que confiesa que Jesucristo vino como verdadero hombre, ése tiene el espíritu de Dios (1 Jn 4,2).*

San Juan Newman nota la confusión reinante en el mundo protestante para el cual, en efecto, «todavía no es claro si Jesús es un hombre poseído por la divinidad o un dios que, asumiendo la divinidad, se libró de su naturaleza divina para retomarla luego en la resurrección... una suerte

de semidios decaído que, como Hércules, debe pasar de todo para volver al Olimpo, por lo cual al mismo tiempo es dios pero no lo es...»².

¿Cuál sería la fórmula dogmática que mejor exprese la verdad sobre Jesucristo y por ende sobre su Sagrado Corazón? «Cuando llegaron los tiempos en los cuales los falsos profetas se hicieron más fuertes y audaces, abriéndose una brecha incluso en el mismo cuerpo católico, entonces la Iglesia guiada por Dios, no supo encontrar medio más eficaz y seguro contra ellos que usar la expresión “*Madre de Dios*”»³.

María está, por dogma, unida al misterio de Jesús, y al de su Sagrado Corazón, de manera inescindible. El Espíritu Santo obra *en Ella* (Mt 1,20). Pues si Dios no enviaba a su Hijo *nacido de mujer* (Cf. Ga 4,4), nos sería quizás lícito dudar de que éste hubiese sido verdadero hombre. Sólo la mediación de María en la Encarnación puede confirmarnos en la verdad de la naturaleza humana de Jesucristo y, por lo tanto, del origen y formación en Ella de su Corazón.

No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en tu seno y a dar a luz un hijo... será grande, le llamarán Hijo del altísimo... El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (cf. Lc 1,31-35). Nuestra letanía no podría expresar mejor el origen mariano del Sagrado Corazón, que une para siempre al Hijo con la Madre, en el Espíritu Santo.

«La Iglesia y Satanás están de acuerdo en esto: en considerar que el Hijo y la Madre están siempre juntos; y la experiencia de tres siglos ha confirmado su convicción, porque los católicos que han honrado a la Madre adoran todavía hoy al Hijo, mientras que los protestantes, que ahora

² SAN JUAN NEWMAN, *Gesù. Pagine scelte*.

³ *Ibidem*.

han cesado de confesar al Hijo, comenzaron por deshonorar a la Madre»⁴. Y en expresión similar decía ya el santo apóstol de la Cruz y de María, que «todos los verdaderos hijos de Dios y predestinados tienen a Dios por Padre y a María por Madre. Y quien no tenga a María por Madre, tampoco tiene a Dios por Padre. Por eso los réprobos –tales los herejes, cismáticos, etc., que odian o miran con desprecio o indiferencia a la Santísima Virgen– no tienen a Dios por Padre –aunque se jacten de ello–, porque no tienen a María por Madre»⁵.

Ir al Corazón de María para llegar al Corazón de Jesús

Por ello, dado su origen explicado en esta letanía, es preciso que «para llegar a lo íntimo del Corazón divino de Cristo, el Espíritu Santo debe ser mi guía y la Virgen María mi camino»⁶, pues «dos amores, como dos fuegos, el de Dios y de María, se juntan para encender otro fuego, el Corazón de Jesús, que había de encender en la tierra otros muchos fuegos de ardores verdaderamente divinos»⁷.

Hemos de llegar al Corazón de Cristo entrando en el Corazón de la Madre. Corazón mariano en el cual sólo puede entrar el Espíritu Santo y aquel a quien el Espíritu Santo le conceda un privilegio del todo especial⁸.

María es Esposa y «compañera indisoluble del Espíritu Santo para todas las obras de la gracia»⁹ y este misterio debe ser revelado por Él a nosotros.

⁴ *Ibidem*.

⁵ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 30.

⁶ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 32.

⁷ *Ibidem*, p. 36.

⁸ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 5.

⁹ *Ibidem*, 37.

«El Corazón de Jesús es agradecido» dice San Alfonso. «Es tan agradecido que Él no puede ver una mínima obra hecha por amor suyo, una mínima palabra dicha para su gloria, algún buen pensamiento deliberado que lo complazca, sin dar a cada uno grandes mercedes»¹⁰. Siendo esto así, cuánto será grato el Corazón de Jesús para con María, quien además de formarlo no tuvo otro pensamiento ni amor más grande que para con Dios. Acudir a su Corazón maternal es llegar a lo más profundo del Corazón de su Hijo.

«Jesús y María... se hallan tan íntimamente unidos, que el uno está totalmente en el otro: Jesús está todo en María, y María toda en Jesús; o mejor, no vive Ella, sino sólo Jesús en Ella. Antes separaríamos la luz del sol que a María de Jesús. De suerte que a Nuestro Señor se le puede llamar Jesús de María, y a la Santísima Virgen, María de Jesús»¹¹.

Se dice de Santa Catalina de Ricci que, sintiendo crecer en ella el amor de Dios, le suplicaba en oración: «dame un corazón nuevo». Así fue que a los diecinueve años, durante un éxtasis, Catalina se encontró junto a la Virgen María con el Niño y sintió penetrar en sí un vigor de caridad infinita. Cuando explicaba este fenómeno, simplemente decía: «Mi corazón, de ahora en adelante, debéis llamarlo, corazón de la gloriosa Virgen María». Unir nuestro corazón al Inmaculado Corazón de María, es inflamarnos de amor por el Sagrado Corazón de su Hijo.

«Siempre que piensas en María, Ella piensa por ti en Dios. Siempre que alabas y honras a María, Ella alaba y honra a Dios... yo me atrevo a llamarla “la relación de Dios”, pues sólo existe con relación a Él; o “el

¹⁰ SAN ALFONSO M. DE LIGORIO, *Novena del Sacro Cuore di Gesù*. Meditazione VII: Cuore grato di Gesù.

¹¹ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 247.

eco de Dios”, ya que no dice ni repite sino Dios. Si tú dices María, Ella dice Dios»¹².

Todo aquel que quiera llegar al Corazón Divino de Jesucristo, pídale al Espíritu Santo la gracia de encontrar ese «secreto» para llegar a Él por ese camino y en modo tan breve, tan fácil y tan dulce que es María. Encontrándola, el alma podrá alcanzar lo más profundo del Corazón de Jesús, llevada en brazos de la Virgen Madre.

¹² *Ibidem*, 225.

3. CORAZÓN DE JESÚS UNIDO SUSTANCIALMENTE AL VERBO DE DIOS

Cor Iesu, Verbo Dei substantialiter unitum

P. Maxim Gurezov, sacerdote tayiko
Misionero en Rusia

El primer devoto del Sagrado Corazón de Jesús, el que en la Última Cena apoyó su cabeza en el pecho de Nuestro Señor Jesucristo (cf. Jn 13,23) escuchando los latidos de este Corazón, en el Prólogo de su Evangelio habla del Verbo. Como sabemos del mismo Prólogo, Jesucristo es Verbo (cf. Jn 1,17). Con esta definición San Juan quiere mostrar la más íntima realidad de Jesús, su proceder de Dios. Vamos a ver brevemente algunos versículos de este hermoso y profundo Prólogo, para comprender mejor el significado de nuestra letanía.

1. Breve exégesis de algunos versículos del Prólogo de San Juan 1, 1-2.4.14¹

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Acá se nos habla de la preexistencia del Verbo de Dios, o sea el Verbo existía ya antes de la creación. El Verbo es eterno e increado. Y estaba junto a Dios, estaba con Dios, vive en perenne unidad con Dios. Se nos dice también que el Verbo era Dios, entonces se nos habla de su divinidad. Podemos decir que la relación entre el Padre y el Verbo de Dios es infinita y eternamente anterior a la relación Creador-creatura.

Por medio de Él se hizo todo, y sin Él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. El tercer versículo del Prólogo San Juan nos habla de la creación. El Verbo

¹ Cf. K. STOCK, *Gesù figlio di Dio. Il messaggio di Giovanni*, Cerbara 1993, pp. 7-20.

de Dios participa en la creación del mundo. Todo lo creado es debido al Verbo, todo depende de Él en su ser. Como dice San Pablo a los Corintios: *para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, de quien procede todo y para el cual somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien existe todo y nosotros por medio de Él* (1 Cor 8,6). También a los Colosenses: *en Él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades; todo fue creado por él y para él* (Col 1,16).

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Jn 1,4). Son dos propiedades fundamentales del Verbo, infinita plenitud de vida, en la cual no hay ni una sombra de la muerte o limitación, infinita llama de luz en la cual no hay ni una gota de tinieblas. La vida del Verbo es luz que ilumina a los hombres, ilumina las vidas de los hombres y los orienta indicando el camino para seguir. *Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero* (Sl 119,105).

Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14). Este versículo es uno de los más consoladores de la Biblia. La *carne* en la Sagrada Escritura no indica una parte del cuerpo humano o el cuerpo humano, sino más bien todo el hombre, en su totalidad, alma y cuerpo, subrayando su debilidad y caducidad, un ser que puede sufrir el dolor y la muerte. La frase *se hizo carne* por lo tanto indica que el Verbo eterno de Dios viene a ser un hombre, sometido a la debilidad y mortal como todos nosotros. Sin cesar de ser el Verbo eterno, increado, viviendo con Dios y siendo el mismo Dios, al mismo tiempo se hace hombre. Hasta ahora San Juan hablaba del Verbo, pero ahora es claro que el Verbo es el Hijo Unigénito del Padre, que el Padre envió al mundo. En el Evangelio de San Juan encontramos la definición de Dios como Padre 122 veces, es decir, dos veces más que todos los otros evangelistas juntos. Y

solamente Jesús es definido *Hijo de Dios*, a los hombres él no los llama hijos de Dios, sino más bien creaturas. Solamente Jesús es Hijo de Dios en sentido propio. El Verbo que se hizo carne, el Hijo enviado del Padre al mundo, es lleno de gracia y de verdad. Esto nos indica lo que nos dona la presencia del Verbo entre nosotros. Jesús mismo es la gracia y verdad. Con la *gracia* se entiende el don gratuito de la vida divina y benévolamente concedido; con la *verdad* la revelación de la verdad hasta ahora escondida. Jesús mismo es la verdad: *Yo soy el camino y la verdad y la vida* (Jn 14,6). Con su ser Jesús nos hace conocer un aspecto totalmente nuevo de Dios: *Quien me ha visto a mí ha visto al Padre* (Jn 14,9). Con su ser Hijo, Él es la revelación de Dios como Padre: no se puede conocer a Jesús como Hijo de Dios sin conocer contemporáneamente a Dios como Padre de Jesús. Un tal conocimiento de Dios por sí mismo es un don de gracia, expresión de su benevolencia hacia los hombres.

A modo de una primera conclusión resumamos en algunas breves sentencias lo que hemos dicho hasta ahora: El Verbo de Dios es preexistente, es Hijo de Dios, y es Dios. Dios Padre tiene un Hijo que es igual a Él y vive en una relación de intimidad y unido confiadamente a Él. El Verbo que se hizo carne sin dejar de ser Dios, es luz, vida, gloria, gracia y verdad para los hombres. El Hijo que revela a Dios como Padre y la comunión en Dios, ilumina el mundo, resplandece de gloria, es la revelación llena de gracia y dona a los creyentes la vida eterna.

2. Unión substancial²

En la Encarnación, el *Verbo se hizo carne*, asumió la naturaleza humana. Entonces tenemos dos naturalezas, la humana y la divina. Jesucristo, pues, es verdadero Dios y verdadero hombre. Y ambas naturalezas

² Cf. DOM COLUMBA MARMIÓN, *Jesucristo en sus Misterios*, Barcelona 1948, pp. 56-61.

están íntimamente unidas en un única Persona, la Persona del Verbo Divino, en quien subsiste la naturaleza humana. Jesucristo asumió nuestra naturaleza humana, que hizo suya, uniéndosela sustancial y personalmente mediante lazos inefables.

En el hombre, el alma y el cuerpo unidos entre sí constituyen la persona humana. En Jesucristo no es así. La naturaleza humana, toda entera y perfecta en su propia esencia y elementos constitutivos, no tiene una existencia propia sino por el Verbo, y mediante la Persona divina del Verbo. Este es el que da a la naturaleza humana su existencia real, lo que en otras palabras llamaríamos su «subsistencia personal». No hay en Jesucristo sino una sola persona, la Persona del Verbo, del Hijo de Dios. Y estas dos naturalezas conservan sus cualidades particulares y sus operaciones específicas: entre ellas no hay ni mezcla, ni confusión, como enseña San León Magno en su célebre “Carta a Flaviano”.

No se trata de cualquier unión sino más bien de la unión de asunción, de parte de Dios, de la naturaleza humana, como lo dice claramente Santo Tomás de Aquino³. Es decir se debe dar una acción de quien asume y una pasión de quien fue asumido y también una diferencia de términos de partida y de llegada. Asumir equivale a decir *ad se sumere*, llevar una cosa hacia sí mismo. La unión hipostática es una de las tres “realidades” (además de la Maternidad de la Virgen y del Paraíso) que según Santo Tomás de Aquino Dios no puede hacerlas mejor, como nada puede ser mejor que Dios mismo⁴.

Por esa unión tan inefable podemos decir que todas las acciones de Jesucristo son acciones de un Dios. Porque toda acción –sea de una o de otra facultad de la naturaleza–, se atribuye a la persona, y en Jesucristo,

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, 2, 8.

⁴ Cf. *Ibidem* I, 25, 6 ad 4.

siempre es Dios el que obra, unas veces por su naturaleza divina y otras por la humana. Se puede decir con toda verdad que es Dios el que trabaja, llora, sufre y muere, aunque todas estas acciones sean ejecutadas por la naturaleza humana. Todas las acciones humanas de Jesucristo, por pequeñas que sean en su realidad física, tienen un valor divino.

3. El Corazón de Jesús nos recuerda el amor de Dios por nosotros⁵

Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3,16). Si miramos a todos los misterios de la vida de Cristo, todos los dones que Él nos dejó, todo fluye de su amor por cada uno de nosotros. La persuasión de que Cristo me ama es la clave que explica la gran obra de todos los santos de la historia. Pues nada impulsa tanto al amor, como el sentirse amado. Porque así tratamos de devolver a Nuestro Señor amor por amor, con toda nuestra vida y nuestra actividad.

Por lo tanto, tenemos que recordar muy a menudo este amor, porque es el poderosísimo sostén de nuestra fidelidad, de nuestro amor, de nuestra reverencia, de nuestra confianza en Dios.

El Corazón de Jesús no es el corazón de una persona cualquiera, no se trata del corazón de una persona que vivió en el siglo I, sino que es el mismo Corazón de Dios. Tremenda es esta verdad, vemos hasta qué punto llega el amor de Dios, podemos decir hasta la locura. El Sagrado Corazón de Jesús nos enseña que Dios no está «allí afuera», como una montaña esperando a ser explorada, sino que es un Dios que nos busca incansablemente⁶. Su Corazón de carne, más tierno y sincero, más noble y más fiel que todos los corazones, nos entiende perfectamente. *No*

⁵ Cf. DOM COLUMBA MARMION, *Jesucristo en sus Misterios*, pp. 353-376.

⁶ Cf. R. BARRON, *Reflexiones Diarias del Evangelio* (24/3/2023).

tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado (Heb 4,15). Somos comprendidos perfectamente por nuestro Dios. Para cada uno de nosotros hay un lugar muy especial en este Corazón, porque es el Corazón de Dios. Busquemos en él nuestra paz y nuestra tranquilidad, nuestro refugio y nuestro sostén en todas las dificultades y pruebas que nos toque vivir.

Pidámosle pues a la Virgen Santísima, quien llevó en su seno el pequeño Corazón de Jesús durante nueve meses, que nos haga comprender este amor por nosotros y que nos haga amar a su divino Hijo.

4. CORAZÓN DE JESÚS DE MAJESTAD INFINITA

Cor Iesu, maiestatis infinitæ

P. Pablo Di Césare, Sacerdote argentino
Monje, misionero en España

Cuando hablamos de la majestad de Dios, estamos haciendo referencia a la excelencia o perfección de Dios. Así lo enseña Santo Tomás de Aquino: «Por majestad divina aquí se entiende toda excelencia de Dios»¹. Excelencia que se deriva del hecho de que *Él es el que es* (Ex 3,14).

Nuestro Padre espiritual, San Juan Pablo II afirma: «En cuanto *ipsum Esse Subsistens* –es decir, absoluta plenitud del Ser y por tanto de toda perfección– Dios es completamente trascendente respecto del mundo [...]».

Se comprende así que el Dios de nuestra fe, El que es, es el Dios de infinita majestad. Esta majestad es la gloria del Ser divino, la gloria del Nombre de Dios, muchas veces celebrada en la Sagrada Escritura»².

El Papa Santo nos indica alguna de estas celebraciones de la majestad de Dios en la Sagrada Escritura, referidas al Padre, por la excelencia de la obra de la creación que, si bien es propia de la Trinidad toda, se atribuye a la Persona del Padre³.

*Yahvé, Señor, nuestro, ¡cuán magnífico es tu nombre
en toda la tierra!»* (Sl 8,2).

*Tú eres grande y obras maravillas
tú eres el solo Dios* (Sl 85,10).

¹ S. Th., II-II 84, a. 1, ad 2.

² SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* (7/8/1985).

³ En cuanto al fundamento de la doctrina de la apropiación de las obras *ad-extra* de las divinas Personas de la Trinidad, se puede ver Santo Tomás de Aquino, S. Th., I. q. 39, a. 7.

No hay semejante a ti, oh, Yahvé (Jr 10,6).

Ante la excelencia de Dios, nos corresponde tributar un culto de adoración, como enseña Santo Tomás: «El reconocimiento de la majestad o excelencia de Dios nos lleva a la adoración, como acto propio. La adoración se ordena a testimoniar la debida reverencia a aquel a quien se adora»⁴.

Y San Juan Pablo II afirma: «Ante el Dios de la inmensa gloria no podemos más que doblar las rodillas en actitud de humilde y gozosa adoración repitiendo con la liturgia en el canto del *Te Deum*: “Los cielos y la tierra están llenos de la majestad de tu gloria... A ti la Iglesia santa, extendida por toda la tierra, te proclama: Padre de inmensa majestad”»⁵

La majestad en Cristo la vemos en cuanto a Él se le apropia la obra de la Redención que llevó a cabo por el misterio Pascual. Por eso no menos visible es la majestad de Dios en la obra de la Redención, llevada a cabo mediante la Encarnación del Verbo, «misterio que es más grande que la creación del mundo y no puede ser superado por ningún otro»⁶.

Sintéticamente podemos decir que la majestad de Dios se muestra en el perdón de nuestros pecados, como afirma Santo Tomás: «Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia»⁷.

Majestad y misericordia parecen opuestas o incompatibles en un mismo sujeto. Sin embargo, en Dios se dan unidas de modo perfecto. Él tiene

⁴ S. Th., q. 88, a. 1, c.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* (7/8/1985).

⁶ *Constituciones del Instituto del Verbo Encarnado*, 3.

⁷ S. Th., II-II, q. 30, a. 4. Así lo reza la oración colecta de la Misa del domingo XXVI del Tiempo ordinario: «Dios nuestro, que manifiestas tu poder sobre todo en la misericordia y el perdón, derrama sin cesar tu gracia sobre nosotros...».

todo el poder y todo el amor para socorrer todas nuestras miserias, especialmente remediar la miseria del pecado.

Este plan de redención lo vemos concentrado en una imagen, y es la que nos ocupa: *el Corazón traspasado de Cristo en la Cruz*, objeto de nuestra devoción.

Ese corazón humano de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona del Verbo, nos llama a que admiremos y reverenciemos la grandeza y majestad de Dios por medio de la adoración, de la fidelidad a nuestros deberes de estado, como actos de adoración y correspondencia a su infinito amor⁸; y, por otro lado, ante los agravios y ofensas que recibe, tanto la majestad de Dios como su misericordia, busquemos –en lo que humanamente nos sea posible–, expiar, desagraviar el amor no amado de Cristo.

Nos encontramos entonces delante de lo que encierra la devoción al Corazón de Jesús: adoración y reparación.

Que le demos adoración al Corazón de Jesús, se justifica por lo que dice el Papa Pío XII cuando expone el motivo: «Tal motivo, como bien sabéis, venerables hermanos, es doble: el primero, común también a los demás miembros adorables del Cuerpo de Jesucristo, se funda en el hecho de que su Corazón, por ser la parte más noble de su naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la Persona del Verbo de Dios, y,

⁸ Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón (15/5/1956), 2: «este culto exige ante todo que nuestro amor corresponda al Amor divino. Pues sólo por la caridad se logra que los corazones de los hombres se sometan plena y perfectamente al dominio de Dios, cuando los afectos de nuestro corazón se ajustan a la divina voluntad de tal suerte que se hacen casi una cosa con ella, como está escrito: «Quien al Señor se adhiere, un espíritu es con Él».

por consiguiente, se le ha de tributar el mismo culto de adoración con que la Iglesia honra a la Persona del mismo Hijo de Dios encarnado»⁹.

Cuando esa majestad infinita es ultrajada, debe mover a los corazones amantes a desagruararla.

Así lo enseña el Papa Pío XI: «El amor de la criatura debe darse en compensación del amor del Creador, de lo cual se sigue enseguida otra cosa, a saber, que al mismo Amor increado, si es que ha sido descuidado por el olvido o violado por la ofensa, debe rendirse algún tipo de compensación por la lesión, y esta deuda se llama comúnmente con el nombre de reparación»¹⁰.

Qué cosa es la reparación, nos lo indica el mismo Papa Pío XI: «es un deber de tributar al Sacratísimo Corazón de Jesús aquella satisfacción honesta que llaman reparación.

Si lo primero y principal de la consagración es que al amor del Creador responda el amor de la criatura, síguese espontáneamente otro deber: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa. A este deber llamamos vulgarmente reparación.

Y si unas mismas razones nos obligan a lo uno y a lo otro, con más apremiante título de justicia y amor estamos obligados al deber de reparar y expiar:

- de justicia, en cuanto a la expiación de la ofensa hecha a Dios por nuestras culpas y en cuanto a la reintegración del orden violado;

⁹ *Ibidem*, 6.

¹⁰ Pío XI, Carta Encíclica *Miserentissimus Redemptor* sobre la expiación que todos deben al Sagrado Corazón de Jesús (8/5/1928), 5.

- de amor, en cuanto a padecer con Cristo paciente y «saturado de oprobios» y, según nuestra pobreza, ofrecerle algún consuelo»¹¹.

Ahora bien, nuestra devoción interna, conlleva necesariamente manifestaciones externas¹² y que son totalmente válidas y no van en contra de la enseñanza de Cristo de adorar al Padre en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23-24), pues «También la adoración corporal se hace en espíritu, en cuanto que procede de la devoción espiritual y a ella se ordena»¹³, y estos actos sensibles y sencillos, estimulan nuestra mente para que tienda hacia Él¹⁴.

Nuestros actos sensibles, si bien insuficientes, nos sirven para expiar la ofensa hecha a la majestad infinita de Dios. Insuficiencia que queda salvada al unirlos a los sufrimientos de Cristo, especialmente cuando los ofrecemos en la Santa Misa, perpetuación del Sacrificio de la Cruz.

Justifica lo que venimos diciendo el Magisterio de la Iglesia en la Encíclica *Miserentissimus Redemptor*: «¿Cómo podrán estos actos de reparación consolar a Cristo, que dichosamente reina en los cielos? Respondemos con palabras de San Agustín: “Dame un corazón que ame y sentirá lo que digo” (*In Ioan.* tr. XXVI, 4).

¹¹ *Ibidem*.

¹² *S. Th.*, II-II, q. 84, a. 2. Se pregunta si la adoración se debe manifestar con actos externos: «Como escribe el Damasceno, puesto que estamos compuestos de doble naturaleza –la intelectual y la sensible–, ofrecemos doble adoración a Dios: una espiritual, que consiste en la devoción interna de nuestra mente, y otra corporal, que consiste en la humillación exterior de nuestro cuerpo. Y porque en todos los actos de latría lo exterior se refiere a lo interior como lo secundario a lo principal, por eso es por lo que la misma adoración exterior se subordina a la interior, para que mediante los signos corporales de humildad se sienta empujado nuestro afecto a someterse a Dios, pues lo connatural en nosotros es llegar por lo sensible a lo inteligible».

¹³ Cf. *Ibidem*, ad 1 y ad 2.

¹⁴ *Ibidem*, ad 3.

Un alma de veras amante de Dios, si mira al tiempo pasado, ve a Jesucristo trabajando, doliente, sufriendo durísimas penas “por nosotros los hombres y por nuestra salvación”, tristeza, angustias, oprobios, *quebrantado por nuestras culpas* (Is 53,5) y sanándonos con sus llagas. De todo lo cual tanto más hondamente se penetran las almas piadosas cuanto más claro ven que los pecados de los hombres en cualquier tiempo cometidos fueron causa de que el Hijo de Dios se entregase a la muerte; y aun ahora esta misma muerte, con sus mismos dolores y tristezas, de nuevo le infieren, ya que cada pecado renueva a su modo la Pasión del Señor, conforme a lo del Apóstol: *nuevamente crucifican al Hijo de Dios y le exponen a vituperio* (Heb 6,6; cf. Is 5). Que si a causa también de nuestros pecados futuros, pero previstos, el alma de Cristo Jesús estuvo triste hasta la muerte, sin duda algún consuelo recibiría de nuestra reparación también futura, pero prevista, cuando el ángel del cielo (Lc 22,43) se le apareció para consolar su Corazón oprimido de tristeza y angustias. Así, aún podemos y debemos consolar aquel Corazón sacratísimo, incesantemente ofendido por los pecados y la ingratitud de los hombres, por este modo admirable, pero verdadero; pues alguna vez, como se lee en la sagrada liturgia, el mismo Cristo se queja a sus amigos del desamparo, diciendo por los labios del salmista: *Improprio y miseria esperó mi corazón; y busqué quien compartiera mi tristeza y no lo hubo; busqué quien me consolara y no lo hallé* (Sl 68,21)¹⁵.

Se trata de realizar en nosotros lo que dice San Pablo a los Colosenses: *ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia de la cual he llegado a ser ministro* (Col 1,24), y que explica tan bien la Encíclica *Miserentissimus Redemptor*: «Mas, aunque la copiosa

¹⁵ *Miserentissimus Redemptor*, 10.

redención de Cristo *sobreabundantemente perdonó nuestros pecados* (Col 2,13); sin embargo, por aquella admirable disposición de la divina Sabiduría, según la cual ha de *completarse en nuestra carne lo que falta a la Pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia* (Col 1, 24), aun a las oraciones y satisfacciones que Cristo ofreció a Dios en nombre de los pecadores podemos y debemos añadir también las nuestras»¹⁶.

San Cipriano no dudaba en afirmar «que el sacrificio del Señor no se celebra con la santificación debida si no corresponde a la Pasión nuestra oblación y sacrificios»¹⁷.

Pidamos la gracia que, movidos por el amor al Corazón de Jesús, podamos adorar y expiar con una vida santa y penitente la majestad infinita de Dios, tantas veces aborrecida y ultrajada.

¹⁶ *Ibidem*, 5.

¹⁷ *Ibidem*, 8.

5.
CORAZÓN DE JESÚS
TEMPLO SANTO DE DIOS

Cor Iesu, templum Dei sanctum

*P. Tristán Gelonch, Sacerdote argentino
Monje, misionero en España*

En cierta ocasión, contemplando el Templo de Jerusalén, los discípulos de Jesús se admiraban de su esplendor (Mt 24,1; Lc 21,5), y, sin embargo, como el mismo Señor profetizó, de ese templo no quedó piedra sobre piedra. Nosotros, hoy y por siempre, podemos volver la mirada y el corazón al templo reconstruido por el mismo Jesucristo en tres días, al propio cuerpo del Señor vivificado por ése su Divino Corazón que es Templo Santo de Dios.

Corazón de Jesús Templo Santo de Dios, ten misericordia de nosotros, reza esta letanía, que nos invita a contemplar este Corazón totalmente consagrado a Dios, casa de oración, altar interior del sacrificio santo y manantial de gracia salvadora para todos los hombres.

Fundamento bíblico

El Evangelio de San Juan, en el relato de la escena de la expulsión de los mercaderes del Templo, trae esa afirmación profética de Nuestro Señor, tan desafiante como cierta: *Destruíd este templo y en tres días lo levantaré* (Jn 2,19), y su significado profundo: *Él hablaba del templo de su cuerpo* (Jn 2,21). El mismo Señor se confiesa ser Templo de Dios, vivo y perenne. Por tanto, si es verdad que en cada uno de los hombres «habita», de algún modo en su corazón, entonces, en el Corazón del Hombre de Nazaret, de Jesucristo, habita Dios y de un modo único. Es «Templo Santo

de Dios» por ser Corazón de este hombre que está unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo¹.

El Corazón de Jesús es Templo de Dios

Comúnmente se llama templo al lugar dedicado al culto de Dios, donde con razón se estima que habita Dios, que hay una presencia singular suya y que, por lo tanto, allí Dios escucha las oraciones y acepta los sacrificios que se le ofrecen². Sin embargo, ni el mismo Salomón, cuando edificó el gran Templo de Jerusalén, pretendía contener a Dios entre muros: *¿es posible que Dios habite realmente en la tierra? Si el cielo y lo más alto del cielo no pueden contenerte, ¡cuánto menos esta casa que yo he construido!* (1 Re 8,27).

Los templos levantados por manos humanas son figuras del verdadero Templo de Dios, el Corazón de Jesús. Sólo Dios, arquitecto maravilloso, podía levantar un Templo donde habitar verdaderamente, y este templo es el Corazón de Jesús, formado por obra del Espíritu Santo de la sangre purísima y virginal de María Santísima.

San Pablo lo dice claramente: *en Él [Cristo] reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente* (Col 2,9). Expresión que Santo Tomás comenta: «[Dios] en Cristo inhabita corporalmente, es decir, realmente y según verdad... – y prosigue– ... en Cristo inhabita por la ascensión del hombre en unidad de persona. De allí que todo lo que pertenece al hombre, todo está inhabitado por Dios y por tanto la carne y la mente, pues a ambas está unido el Verbo. Y esta verdad se expresa en Jn 1,14: *Y el Verbo se hizo carne*»³.

¹ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (9/6/1985).

² Cf. RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 75.

³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a la carta a los Colosenses*, lc. 2/n. 97.

El Corazón de Jesús es Templo Santo de Dios

El arcángel Gabriel anunció a María: *el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios* (Lc 1,35). «El Verbo en la Encarnación unge con unción santísima todas y cada una de las células del cuerpo de Jesús, y el alma entera en su esencia y en sus facultades. No hay nada en Cristo que no sea tres veces santo, y por tanto, infinitamente adorable»⁴. Por ser Corazón del Hijo de Dios encarnado, el Corazón de Jesús es Templo Santo, y más aún, tres veces Santo, como escuchó Isaías gritar a los serafines (Is 6,3), pues es Templo de la Santísima Trinidad: «es el templo interior del Hijo que está unido con el Padre en el Espíritu Santo mediante la unidad de la Divinidad»⁵. Desde este Corazón, el Dios Santo, trino en personas y uno en amor, nos llama a la comunión, a su intimidad, que es llamarnos a la santidad: *Sed santos, porque yo, Yahveh, vuestro Dios, soy santo* (Lv 19,2). «¡Qué dulce pensamiento! El Corazón de Jesús es el lugar de nuestro sublime encuentro y santa amistad con el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo»⁶.

El Corazón de Jesús es casa de oración

Al ver el Templo de Jerusalén convertido en mercado de animales, el Señor, con santa indignación, expulsó a los mercaderes sosteniendo que la casa de su Padre era casa de oración y no cueva de bandidos (Mt 21,13; Mc 11,17; Lc 19,46; cf. Is 56,7). Sus gestos y palabras expresan el celo por la gloria de su Padre que devoraba su Corazón, como lo atestiguaron sus discípulos. Es la reivindicación del lugar sagrado, que Dios instituyó para que su pueblo le suplique y le ofrezca sacrificios. El Corazón orante de Jesús sabe que la oración verdadera debe ser pura, sin mezcla de segundas

⁴ *Directorio de Espiritualidad del Instituto del Verbo Encarnado*, 55.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (9/6/1985).

⁶ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 78.

intenciones, conoce que es fácil corromperla y convertirla en un comercio con Dios, o llenarla de creaturas y ruidos que no dejen al alma dialogar con el Padre en lo secreto. Jesucristo ha enseñado con su ejemplo que para rezar hace falta silencio, recogimiento, quietud, limpieza de toda creatura, soledad. Este Corazón Templo Santo de Dios es la más pura casa de oración, «jamás se oyó, ni en el Cielo ni en la tierra oración más sublime, ni más agradable a Dios que la que incesantemente le hacía su divino Hijo Jesús»⁷ en lo íntimo de su Corazón.

El templo no es solo casa de oración, es también lugar de sacrificio. «El único sacrificio a Dios agradable, el sacrificio de la vida toda de Cristo y su muerte de Cruz le fue ofrecido a Dios desde el primer instante de la Encarnación en el Corazón santísimo de Jesús, según testifica San Pablo escribiendo a los Hebreos (10, 5-10): *Por lo cual al entrar en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito; holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron; entonces dije: 'Heme aquí presente. En el rollo del libro está escrito de mí; quiero hacer, oh Dios, tu voluntad'...* En virtud de la cual voluntad hemos sido santificados mediante la oblación del cuerpo de Jesucristo de una vez para siempre»⁸.

¿El fuego sagrado que debía arder siempre en el altar del holocausto (Lv 6,6) no es acaso una pálida figura de la hoguera perenne de amor que consume este Corazón, altar y víctima a la vez? Fuego vino a traer a la tierra (cf. Lc 12,49), fuego sacrificial, devorador de víctimas de amor... y todavía está ansioso por verlo arder en nuestros corazones.

⁷ *Ibidem*, p. 76.

⁸ *Ibidem*.

El Corazón de Jesús es manantial de gracia

El Corazón de Jesús, lleno de gracia y de verdad, es el Templo Santo donde se celebra la divina Liturgia, fuente de gracia para los hombres.

Hermosamente lo muestra aquella visión profética de Ezequiel, cuando vio un manantial que salía del Templo cuyas aguas sanaban y vivificaban, y señaló: *he aquí que el agua fluía del lado derecho* (Ez 47,2). Así lo ha visto la Iglesia que enseña «del Corazón traspasado del Redentor... fluye abundantemente la gracia de los sacramentos que a los hijos de la Iglesia comunican la vida sobrenatural, como leemos en la sagrada Liturgia: “Del Corazón abierto nace la Iglesia, desposada con Cristo... Tú, que del Corazón haces manar la gracia”»⁹.

El Corazón de Jesús, Templo Santo de Dios, para mayor provecho nuestro permanece siempre abierto: «El soldado le traspasó el costado, abrió una brecha en el muro del templo santo, y yo encuentro el tesoro escondido y me alegro con la riqueza hallada»¹⁰. Que la contemplación del Corazón de Cristo nos recuerde nuestra condición de Templos del Espíritu Santo, y nos enseñe a ser hombres de oración, de corazón puro, abnegados y sedientos de la gracia de Dios.

Por medio del Corazón Inmaculado de María, presentemos nuestra humilde petición con las palabras del salmista: *Una cosa pido al Señor, sólo eso busco: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para gustar la dulzura del Señor y contemplar la belleza de su templo* (Sl 27,4), es decir del «Corazón de Jesús que es Templo Santo de Dios el más espléndido»¹¹.

⁹ Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón (15/5/1956), 21.

¹⁰ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Catequesis* 3.

¹¹ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (9/6/1985).

6. CORAZÓN DE JESÚS TABERNÁCULO DEL ALTÍSIMO

Cor Iesu, tabernaculum Altissimi

P. Bernardo Ibarra, Sacerdote argentino
Estudiante, misionero en Polonia

Dios ordenó a Moisés subir al Monte Sinaí y allí estarse por cuarenta días y cuarenta noches. Se lo pidió Dios, porque en la cima de aquél monte, quería revelarle su ley, manifestarle su amor e instruirlo en el culto que a Él sólo debía dársele. Y durante esos días tremendos, Dios le dio a conocer su voluntad: quería que se le dispusiese un *tabernáculo*, una *tienda de campaña*, para que él pudiese morar en medio de su pueblo que caminaba por el desierto: *Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos* (Ex 25,8).

Era la voluntad explícita de Dios el tener un lugar visible y tangible de su amor, providencia y cuidado para con su pueblo elegido. Quería que allí, entre las tiendas del pueblo que peregrinaba hacia la tierra prometida, hubiese una morada, un *tabernáculo* como signo de su poder y particular amor, y como inicio del culto y sacrificio que a Él debía ofrecerse.

Fue así, pues, que Dios dio instrucciones precisas y minuciosas a Moisés sobre cómo y para qué debía erigirse el tabernáculo y sobre los elementos, partes y objetos que debía custodiar y comprender. El tabernáculo sería el compendio de su amor, el origen de la santidad del pueblo y la cima de sus anhelos. Sería el sitio donde encontrar al Dios vivo: *la tienda de la reunión*. Allí, en el tabernáculo, se uniría el Cielo con la tierra.

De este modo Dios formó un *signo de su presencia* y un *lugar de encuentro con Él*.

Pero esto era sólo una sombra de una realidad mucho más verdadera y eterna, pues con el tabernáculo del desierto Dios preparaba al pueblo

para su auténtica morada entre los hombres: *el Verbo Encarnado*, en quien *habita la plenitud de la divinidad corporalmente* (Col 2,9).

Cuando llegó la plenitud del tiempo (Ga 4,4), Dios formó su definitivo tabernáculo en el seno de la Virgen, con más precisión, esmero y dedicación que aquel que había ordenado hacer a Moisés. Aquel otro fabricado de pieles de animales, pues este tabernáculo, su Hijo querido hecho hombre, era el *Dios de Dios, Luz de Luz*.

En el interior del vientre purísimo de la Virgen, Dios se hizo *tabernáculo*, morada eterna de su misma divinidad: *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14). Y de este modo comenzaba a cumplirse lo del Apocalipsis: *He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el «Dios con ellos» será su Dios* (21,3). Dios se hizo *Dios con nosotros*, el Emmanuel (cf. Jn 7,14).

Al asumir la naturaleza humana, Dios *se hizo semejante a los hombres* (Flp 2,7), adquirió para sí nuestro modo de ser y actuar, se humilló sobremanera y *tomó la condición de esclavo* (Flp 2,7). No consideró la gloria que tiene en los cielos para venir a vivir en una tienda de campaña, su sagrada humanidad, por amor a nosotros.

Este es el gran misterio de amor de la Encarnación, por el que Dios se digna morar entre nosotros. Este es el maravilloso intercambio, por el que Dios mismo se hace uno de nosotros, y nosotros somos divinizados. Este es el Hijo Encarnado, el Verbo Eterno, tan hombre como nosotros, pero Dios sempiterno al mismo tiempo. Jesucristo es el Gran Tabernáculo del Altísimo: *quien me ha visto a mí ha visto al Padre* (Jn 14,9).

Dentro del tabernáculo del desierto, allí en su centro y lugar más recóndito, se hallaba el Santo de los Santos, *Sancta sanctorum*, repositorio del Arca de la Alianza, la cual era, a su vez, relicario de las tablas de la ley, del maná y de la vara sacerdotal de Aarón. Cubierto por una cortina, el

Santo de los Santos era la entrada a la misma morada del Altísimo.

Y similarmente, pero mucho más perfectamente, en lo más secreto del Verbo Encarnado – como si fuera otro Santo de los Santos – se halla su mismo Corazón, el Arca de la Nueva Alianza, que resguarda el amor de los amores y el pago de nuestra redención. Traspasado por una lanza, cuando el velo de su carne se rasgó, deja ver y gustar las riquezas y delicias de Dios mismo.

Aquél primer Viernes Santo, el legionario romano tuvo la dicha de mostrar al mundo el Tabernáculo mismo de Dios, para que todos viésemos que en ese amabilísimo Corazón mora el Dios vivo y pudiésemos beber con gozo de aquella divina fontana.

Dios mora en el Corazón del Verbo Encarnado, porque allí se aúnan, recrean y concentran todos los afectos y deseos del Dios hecho Hombre. Es la cámara de su amor... ¡Y Dios es Amor! (cf. Jn 4,8). Dios habita en su mismo Corazón, y allí quiere tener su lugar de encuentro con nosotros. Quiere Él que nos adentremos en esa tienda que instaló en el desierto de nuestra vida para que podamos hallarle en nuestras penurias. Porque este Corazón está siempre abierto para que podamos cobijarnos en él.

¿Y dónde se halla este tabernáculo, este Corazón de Dios? En el Sagrario de nuestras Iglesias. Allí se conserva el maná de la Eucaristía, que no es sino Dios encerrado en las especies del pan y del vino cual si fuesen nuevas pieles que esconden al Dios Altísimo. En la sencillez del blanco pan vive el ardor del rojo Corazón.

Con el milagro de la Última Cena, Dios ha instalado su tabernáculo perenne en medio de nosotros, para que allí, en los altares de nuestros templos, en los sagrarios de nuestras capillas y en las custodias de nuestras adoraciones, podamos tener un signo eficaz de su presencia y un

lugar de consuelo y descanso, porque ese misterio mil veces santo de la Eucaristía encierra el Corazón mismo de Dios.

«Cada uno de los hombres “habita”, de algún modo, en su corazón» decía San Juan Pablo Magno¹, porque allí se encuentra el centro natural de su mundo interior. ¡Cómo lo habrá experimentado el Apóstol Juan cuando al recostarse sobre el pecho de nuestro Salvador escuchó los latidos que encerraran el mismo ser y amor eternos del Dios Altísimo! ¡Con qué fuerza lo habrá percibido si en esos solemnes instantes Nuestro Señor hacía del pan su eterna morada entre los hombres!

Allí en el silencio del sagrario, donde el Amor que creó los cielos y la tierra descansa sobre la patena de oro, Dios ha puesto su morada y su tabernáculo. Se ha dejado desgarrar el pecho para poder entregarnos su Corazón como pendón de su victoria, prenda de su amor y señal de su presencia.

Y desde cada *tabernáculo* nos grita: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré* (Mt 11,28). ¡Y cuántas veces no vamos! Frustremos así el fin de los sagrarios, como explica San Manuel González: «Si la Eucaristía es el milagro de la permanencia perpetua de Jesucristo, el abandono de la Eucaristía es la frustración práctica de ese milagro y con ella de los fines misericordiosos y altísimos de su permanencia»².

Se ha hecho nuestro vecino, nuestro amigo siempre disponible y el prisionero de nuestras necesidades, pues se encierra en la profundidad de nuestras iglesias, para que allí encontremos su Corazón, *tabernáculo del Altísimo*. ¡Y cuántas veces lo abandonamos!

Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,20)... «pues os dejo mi Corazón».

¹ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (9/6/1985).

² SAN MANUEL GONZÁLEZ, *Floreциllas del Sagrario o en busca del Escondido*, p. 36.

7.
CORAZÓN DE JESÚS
CASA DE DIOS Y PUERTA DEL CIELO

Cor Iesu, domus Dei et porta Caeli

P. Andrés Torres, Sacerdote argentino
Monje, misionero en España

En el libro del Génesis se narra que Jacob dejó su tierra para buscar mujer, y en su camino hizo noche en un lugar que luego llamó Betel. Esa noche, Dios se le manifestó: *Tuvo un sueño; soñó con una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Y vio que Yahveh estaba sobre ella (...). Despertó Jacob de su sueño y dijo: '¡Así pues, está Yahveh en este lugar y yo no lo sabía!'. Y atemorizado añadió: ¡Qué temible es este lugar! No es sino la casa de Dios y la puerta del cielo (Gn 28,12-17).*

Muchos años más tarde, Jesucristo aplica esta visión de Jacob a sí mismo: *En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre (Jn 1,51).*

De modo que Jesucristo, Verbo Encarnado, es la escala que vio Jacob, por donde suben y bajan los ángeles, donde se encuentra Dios. Él es la «casa de Dios y puerta del Cielo» de que habló Jacob.

En Jesucristo, según el Apóstol San Pablo *reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente (Col 2,9)*. Es decir, Él es la morada física de la Divinidad, la Casa de Dios. Por la unión de su naturaleza humana a su naturaleza divina, toda la Divinidad reside en Él. Y si el Cielo consiste en el gozo de la contemplación de la Esencia Divina *-le veremos tal cual es (1 Jn 3,2)-*, entonces en la humanidad de Cristo se encuentra el mismo Cielo como encerrado, y el modo de acceder a Él es a través de su santa humanidad. Por esto, Él es puerta del Cielo.

Si queremos, entonces, llegar al Cielo, el medio para ello es entrar en contacto con la humanidad salvífica de Jesucristo.

Dice Santo Tomás de Aquino en la *Suma Teológica*, que el cuerpo de Cristo es el instrumento por el cual los sacramentos reciben virtud para comunicar la gracia: «La causa eficiente principal de la gracia es el mismo Dios, en relación al cual la humanidad de Cristo hace de instrumento unido, y el sacramento, de instrumento separado. Por eso, es necesario que la virtud salvífica fluya de la divinidad de Cristo, a través de su humanidad, hasta los sacramentos»¹.

Es decir, por estar unida a la Persona del Verbo, la humanidad de Cristo nos comunica la gracia en los sacramentos. Y la gracia, es la que nos salva. La humanidad de Cristo es pues, la Puerta del Cielo en cuanto contiene la Divinidad, y en cuanto nos comunica esa Divinidad. El mismo Jesucristo dijo de sí mismo: *Yo soy la puerta de las ovejas. (...) Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto* (Jn 10,7.9).

Y esta puerta del Cielo permanece abierta, como escalera por la que descienden todas las gracias a la tierra, y por la que suben las almas al Cielo. Es la humanidad de Cristo el punto de unión entre el tiempo y la eternidad.

Por eso la Encarnación del Verbo es el acontecimiento más grande y alto de la historia. Porque en Jesucristo se unen el tiempo y la eternidad. De modo que la historia no es lineal, sino que tiene un ápice, hace 2000 años, cuando el tiempo alcanzó su plenitud, su punto más alto, porque el Verbo eterno se unió a una naturaleza humana, de carne y hueso, sujeta al tiempo.

¹ S. *Th.*, III, q. 62, a. 5.

Y el hombre, todo hombre, nosotros, podemos acceder a la eternidad por esa puerta. Esa puerta que comunica el tiempo y la eternidad queda abierta para quien quiera salvarse. La humanidad de Jesucristo, que encontramos en la Eucaristía, es lo que tenemos al alcance de la mano, lo que nosotros podemos tocar y con lo que nosotros podemos ponernos en relación con Dios desde el tiempo, para pasar a la eternidad. *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos* (1 Jn 1,1), dice San Juan.

Por esto el Concilio Vaticano II llama al sacrificio eucarístico, «fuente y ápice de toda la vida cristiana»². Fuente y ápice, porque todo el trabajo de la Iglesia, todo apostolado, toda oración, debe apuntar a llevar a los hombres a la Eucaristía, como puerta de acceso a la eternidad, es decir, como salvación, porque en la Eucaristía queda Jesucristo presente entre nosotros, como casa donde habita la plenitud de la divinidad, para ofrecer el Cielo a los hombres de todos los tiempos.

Y ¿por qué de manera particular llamamos a su Corazón casa de Dios y la puerta del Cielo? Lo es en verdad toda su humanidad, pero el Corazón representa la parte más alta y noble de su naturaleza humana: «...su Corazón, por ser la parte más noble de su naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la Persona del Verbo de Dios, y, por consiguiente, se le ha de tributar el mismo culto de adoración con que la Iglesia honra a la Persona del mismo Hijo de Dios encarnado»³.

Es por su inmenso amor a los hombres que el Verbo se encarnó, y de este modo abrió a los hombres la Puerta del Cielo. Y el corazón es símbolo del amor: «su Corazón, más que ningún otro miembro de su

² CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia (21/11/1964), 11.

³ Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón (15/5/1956), 6.

Cuerpo, es un signo o símbolo natural de su inmensa caridad hacia el género humano»⁴.

Ese Corazón manifestó máximamente su amor, cuando se dignó abrirsenos por medio de su sacrificio redentor. La herida de la lanza abrió una oquedad en la Casa de Dios, una Puerta, de manera que el Corazón de Jesús, que contiene lo Incontenible, nos lo comunicó por amor.

Ese sacrificio, que nos abre la Puerta del Cielo, se renueva diariamente en la Eucaristía. En cada Santa Misa, aquel único instante en que consiste la eternidad, se une al sucederse de los múltiples instantes que tejen el tiempo. El único Corazón de Cristo, bajo las dos especies eucarísticas, se nos ofrece abierto, suspendido entre el tiempo y la eternidad, para que los hombres de entonces como los de ahora, puedan acceder a la Casa de Dios.

Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo, ten piedad de nosotros.

⁴ *Ibidem.*

8. CORAZÓN DE JESÚS HORNO ARDIENTE DE CARIDAD

Cor Iesu, fornax ardens caritatis

P. Javier Ibarra, Sacerdote argentino
Misionero en Estados Unidos de América

Nos cuenta Santa Margarita María de Alacoque, que un día el Señor le pidió su corazón. Una vez ofrecido, lo tomó el Señor y lo puso dentro del suyo, en el que se lo hizo ver como un átomo que se consumía en aquella ardiente hoguera. Lo sacó de allí convertido en una llama abrasadora, y lo volvió a poner en su pecho, diciendo: He aquí una preciosa prenda de mi amor para que te sirva de corazón y te consuma hasta el último momento de tu vida¹.

El Corazón de Jesús es, entonces, un horno ardiente de caridad. Y esta manera de presentarse el Señor a Santa Margarita no es ajena al modo de actuar que tuvo y que tiene Dios a lo largo de la historia de la salvación. Muchas veces Dios se ha manifestado a los hombres bajo el símbolo del fuego.

A Moisés se le presentó como zarza ardiente. Dice Moisés: *Voy a ver qué gran visión es ésta y por qué no se consume la zarza* (Ex 3,3). Y, así, desde la zarza ardiente Dios hizo tres cosas para con Moisés: Lo **atrajo a sí**, le reveló su **nombre** y le hizo conocer su **voluntad**.

Luego, cuando los israelitas atravesaron el desierto a su salida de Egipto, iba el Señor delante de ellos durante las noches, *como una columna de fuego* para alumbrarlos y que pudiesen marchar sin extraviarse (Ex 8,21). Así entonces Dios se mostró como **luz** y **guía**.

¹ Cf. RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 117.

Más adelante vemos cómo Moisés recibe los diez mandamientos mientras *todo el Sinaí humeaba, pues había descendido Yahvé en medio del fuego, y subía el humo como el humo de un horno, y toda la montaña retemblaba fuertemente* (Ex 24,17). De manera que Dios, aquí en el Sinaí, por medio del fuego, nos da su **ley** en tablas de piedra, pero también se nos manifiesta Él mismo como **grande y poderoso**, y nos inspira **un santo temor**. De hecho, le dirá más tarde a Moisés: *Has de saber desde hoy que el Señor tu Dios irá el mismo delante de ti, como fuego devorador, que destruirá a tus enemigos* (Dt 9,3).

Mencionemos también a los profetas. Daniel tuvo una visión en la que el trono de Dios llameaba como llamas de fuego. Un río de fuego procedía y salía delante de Él (Dan 7,9). El profeta Isaías, por su parte, describe al Señor Dios como un incendio violento, *cuyos labios respiran furor, y cuya lengua es como fuego devorador* (Is 30,27), descripción que nos recuerda el mismo San Pablo en la carta a los Hebreos (12,29). Es decir, Dios se revela, por medio de los profetas, como quien mueve a **vigilancia y reverencia**.

Pero recordemos, sobre todo, el misterio de Pentecostés. El Espíritu Santo se posó sobre cada uno de los Apóstoles en forma de llamas de fuego (He 2,3) ¿Qué sucedió con los Apóstoles en ese momento? Fueron fortalecidos, encendidos de fervor, como bien lo demuestra el sermón que San Pedro seguidamente pronunció, luego del cual y en ese mismo día, alrededor de tres mil personas se unieron a ellos. Eran éstas las primeras almas encendidas por el fuego del amor de Dios. De manera que aquí el fuego del Espíritu Santo se presenta como **ímpetu, fortaleza, fervor**, y también como **amor**, en cuanto principio unificador ya que tantas almas se unieron en ese momento en una misma comunión de fe. La fe en Jesucristo.

Hasta aquí entonces hemos visto la acción del fuego de Dios según se nos revela en las Escrituras. Resumiendo, podemos decir que Dios, por medio del fuego, nos presenta sus atributos y su modo de actuar: desde la zarza ardiente nos atrae, nos da su nombre y nos hace conocer su voluntad. En la columna de fuego, es nuestra luz y guía. En el monte nos inspira un santo temor, nos revela su grandeza, su poder y su ley. En las visiones de los profetas, su fuego nos inspira temor y reverencia. Y en Pentecostés, nos llena de ímpetu, fervor y fortaleza. Y nos une en su caridad.

Pues bien, todo esto y mucho más es lo que encierra el Sagrado Corazón de Jesús, horno ardiente de caridad.

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, **nos atrae, nos revela su nombre y nos hace conocer su voluntad.** ¡*Venid a mí!* (Mt 11,28), nos dice, y esa es su voluntad. Así como el fuego tiene sed de un leño para encenderlo y consumirlo en su calor, así Jesús tiene sed de nuestros corazones y nos llama, desde sus llamas de amor.

Y así como desde la zarza ardiente Dios envió a Moisés en una misión de grandes pruebas y dificultades, pero al mismo tiempo, una misión de honor y bienaventuranza, así también a nosotros, el Corazón de Jesús, nos atrae², nos muestra quién es y nos envía para ser nosotros también propagadores de su amor y de su libertad, porque, es bien sabido que la misión encomendada por medio de la zarza ardiente a Moisés era una misión de amor y de liberación del pueblo elegido. Esa es la misión que el ardiente Corazón de Jesús nos encomienda a nosotros,

² «El Corazón de Jesús, el Corazón humano de Jesús, quema con el amor que lo colma. Y este es el amor al Eterno Padre y el amor a los hombres; a las hijas y los hijos adoptivos. El horno, quemando, poco a poco se apaga. El Corazón de Jesús, en cambio, es horno inextinguible. En esto se parece a la “zarza ardiente” del libro del Éxodo, en la que Dios se reveló a Moisés. Era una zarza que ardía con el fuego, pero... *no se consumía* (Ex 3,2)»; SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (23/6/1985).

trabajar para que nuestro prójimo experimente el amor de Dios y rompa para siempre las cadenas de la esclavitud del pecado.

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, nos da su **luz** y es **la guía** de nuestro caminar. Como una columna de fuego, su Corazón nos dice: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.* (Jn 8,19). De modo tal que el Corazón de Jesús no solamente nos consume con su ardor, sino también que nos ilumina. Desdichados seríamos nosotros si prefiriéramos alejarnos de esta fuente de calor y de luz, mientras caminamos en este mundo oscuro y frío.

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, nos inspira el **un santo temor** y nos revela su **poder**, y ya no pone su **ley** sobre la piedra fría del Sinaí, sino sobre nuestros corazones encendidos, como ya lo había anunciado Ezequiel (11,9): *Y quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne.* No podemos ignorar los prodigios que su Corazón ha realizado en la historia. Ha hecho temblar a las naciones y no solamente al Monte Sinaí. ¡cuántas conversiones, y a cuántos pueblos ha transformado su nombre y su amor inconmensurable!

Desde su Corazón ardiente, Nuestro Señor, también a nosotros, nos habla, como al pueblo de Israel hablaban los profetas de parte de Dios. Este horno de amor nos invita a **la conversión, a la vigilancia y a la reverencia**. Con las mismas palabras de los profetas, es un Corazón que *respira furor, y cuya lengua es como fuego devorador.* No podemos entonces andar, a sabiendas, negociando con el desorden del mundo y del pecado, mientras el Corazón de Jesús nos muestra el poder de su autoridad arrolladora.

Por último, desde ese horno ardiente, Nuestro Señor, también sobre nosotros, hace descender su Espíritu en llamaradas, como en Pentecostés.

Nos da su **valentía**, nos llena de **ímpeto misionero, de fortaleza, de fervor** y de todos sus dones celestiales. Por eso invocamos al Espíritu Santo, tan a menudo y con toda la Iglesia, para que encienda en nosotros el fuego del amor de Dios³. Se trata del mismo fuego que Nuestro Señor quiere hacer arder con ansiedad sobre la tierra (Lc 12,49), y lo enciende en nosotros, para que nuestro fuego, a su vez, encienda otros fuegos, y todo sea consumido en aquel amor infinito en el cual debemos depositar todas nuestras peticiones, anhelos y esperanzas. Es el fuego de la caridad. Y como la caridad, por naturaleza, es un principio unificador, así entonces, el Corazón de Jesús tiene el ardiente deseo que todos seamos uno con Él (Jn 17,21), pues, así como el fuego une y junta en su calor y en su luz a todo cuanto consume, así también, el horno de su caridad une y junta nuestros corazones para hacerlos experimentar y vivir en el amor divino.

Que nuestros corazones, entonces, entren enteramente en el horno ardiente del Corazón de Jesús y María, para consumirse allí, en ese fuego de amor inextinguible, y que alcancemos así, el fin para el cual hemos sido creados, la unión eterna con nuestro Dios y Señor.

³ La Iglesia nos enseña: el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo. El profeta Elías que surgió [...] como el fuego y cuya palabra abrasaba como antorcha (Sir 48,1), con su oración, atrajo el fuego del cielo sobre el sacrificio del monte Carmelo (cf. 1 Re 18,38-39), figura del fuego del Espíritu Santo que transforma lo que toca. Juan Bautista, que precede al Señor con el espíritu y el poder de Elías (Lc 1,17), anuncia a Cristo como el que bautizará en el Espíritu Santo y el fuego (Lc 3,16), Espíritu del cual Jesús dirá: *He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviese encendido!* (Lc 12,49). En forma de lenguas como de fuego se posó el Espíritu Santo sobre los discípulos la mañana de Pentecostés y los llenó de él (He 2,3-4). La tradición espiritual conservará este simbolismo del fuego como uno de los más expresivos de la acción del Espíritu Santo (cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*). *No extingáis el Espíritu* (1 Te 5,19). Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 696.

9.
CORAZÓN DE JESÚS
SANTUARIO DE JUSTICIA Y DE AMOR

Cor Iesu, iustitiae et amoris receptaculum

*P. Juan Manuel Rossi, Sacerdote argentino
Monje, misionero en Túnez*

«Las dos naturalezas, íntegras y perfectas, del Verbo Encarnado nos recuerdan la doble realidad, sobrenatural y natural, de lo creado, y por tanto, la real distinción entre gracia y naturaleza, fe y razón, Iglesia y mundo, que no deben confundirse, ni cambiarse, ni mezclarse, ni absorberse, ni subsumirse. No hay que mezclar lo humano con lo divino, que es un género de mezcla del cual no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento. Nos mueven, además, a la práctica de las virtudes aparentemente opuestas, respetando sus esencias y evitando todo falso monismo gnóstico; por ejemplo, justicia y amor, firmeza y dulzura, fortaleza y mansedumbre, santa ira y paciencia, pureza y gran afecto, magnanimidad y humildad, prudencia y coraje, alegría y penitencia, etc. La elevada santidad es la unión eminente de todas las virtudes, aun las más diversas»¹.

Estas palabras de nuestro derecho propio nos sirven de pórtico para tratar de dar alguna materia respecto de este título del Corazón de Jesús por el que le aclamamos como «receptáculo de justicia y de amor».

En efecto, la justicia y el amor, especialmente el amor misericordioso; son virtudes que solamente en apariencia se oponen y que alcanzan un grado eminente en el Corazón de Jesucristo, fuera del cual no puede entenderse su práctica conjunta. Esto quiere decir que, sin una correcta fe sobre el misterio del Verbo Encarnado, cuyo símbolo y síntesis es el

¹ *Directorio de Espiritualidad del Instituto del Verbo Encarnado*, 61.

Sagrado Corazón², no hay camino para evitar caer en lo que llama el padre Buela una espiritualidad «hemipléjica»: «la espiritualidad progresista» –dice el padre– «se muestra “hemipléjica”, entrampándose dentro de una falsa dialéctica, en el tema de la justicia y la misericordia. Falsa dialéctica porque entienden sus fautores que quien habla de justicia niega la misericordia, y viceversa; porque ellos por hablar de la misericordia niegan la justicia y viceversa [...]. Y no es así en la realidad: ni la justicia se opone a la misericordia, ni la misericordia se opone a la justicia. Por eso hay que hablar de la justicia y de la misericordia, de la misericordia y de la justicia; no sólo de la justicia, ni sólo de la misericordia, sino de la una y la otra, y no de una en detrimento de la otra»³.

Explicando la causa de esta dialéctica espiritual, nos dice allí mismo nuestro Fundador: «Estamos convencidos de que esta concepción errada se deriva de una defectuosa consideración del misterio del Verbo Encarnado: dos naturalezas, la divina y la humana, ambas íntegras, sustancialmente unidas en la Persona del Verbo»⁴.

Enseña Santo Tomás de Aquino que, en todas las obras de Dios, se hacen presentes su justicia y su bondad misericordiosa, pues Él da a cada cosa y especialmente a las criaturas racionales aquello que le es debido, pero siempre fundándose en el decreto libre y gratuito de su Providencia, ya que «a la criatura no se debe algo, a no ser por algo preexistente o presupuesto; e incluso esto se deberá también por algo previo. Y como no se puede llevar a un proceso indefinido, es necesario llegar a algo que dependa de la exclusiva bondad de la Voluntad divina, que es el fin último»⁵.

² Cf. Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón (15/5/1956), 24.

³ CARLOS M. BUELA, *El Arte del Padre*, LPPress, Jerusalén 2015, pp. 506-507.

⁴ *Ibidem*, p. 507.

⁵ S. *Th.*, I, q. 21, a. 4.

Ahora bien, en la creación, toda ella buena y justa según ha salido de las manos de Dios, el pecado del ángel y del hombre introducen un elemento discordante, que en sí mismo altera el orden previsto por el Creador. En el caso del género humano, la desarticulación impuesta en sus operaciones por el pecado primero, exige de Dios una intervención nueva y sanadora de la naturaleza, que se da en la Encarnación de Jesucristo, que restablece al hombre y lo libera de las ataduras de la culpa cometida. En esta nueva acción divina, que en verdad se dice que «recrea» la humanidad, brillan de modo admirable la justicia y la misericordia de Dios, recibidas de modo eminente en el Corazón de Jesús: «el Hijo de Dios recibe del Padre, desde la eternidad, la justicia y el amor infinitos y los demás atributos divinos; pero, por su Divinidad, es la fuente suprema y no un simple receptáculo o asiento de los mismos. Empero su Humanidad, su Corazón creado, es manantial, aunque no manantial supremo; es una fuente que recibe de la Divinidad la plenitud de los bienes divinos y, en particular, la plenitud de la justicia y del amor para comunicárnoslos a nosotros»⁶.

En la Sagrada Escritura, ya desde el Antiguo Testamento, se canta la unión sublime de estas virtudes en los tiempos mesiánicos. El texto es de una hermosa poesía: *La salvación está cerca de los que lo temen, y la gloria habitará en nuestra tierra; la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan. La fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo. El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante él, y sus pasos señalarán el camino* (Sl 84,10-14). Toda la tradición ha interpretado estos versos en clave cristológica. Ya en el siglo II, San Ireneo de Lyon exponía las palabras del salmista como un

⁶ CARLOS SAUVÉ, *Letanías del Corazón de Jesús*, trad. de Francisco Salvador, Gustavo Gili ed., Barcelona 1913, p. 121.

anuncio de la «generación de Cristo en el seno de la Virgen»⁷. Y, en este mismo sentido, predicaba San Agustín: «*La verdad brota de la tierra: el Hijo de Dios ha nacido de la carne. ¿Qué es la verdad? El Hijo de Dios. ¿Qué es la tierra? La carne. Pregunta a ver de dónde nació Cristo, y verás que la verdad nació de la tierra. Pero esta verdad, nacida de la tierra, ya existía antes que ella. Incluso, gracias a la verdad, vinieron a la existencia el cielo y la tierra. Pero para que la justicia nos mirase desde el cielo, es decir, para que recibieran los hombres la justificación por la gracia divina, la verdad nació de María Virgen, y así pudo ofrecer el sacrificio por los que habían de ser justificados, el sacrificio de su Pasión, el sacrificio de la Cruz*»⁸.

En Jesucristo, Verbo Encarnado, se dan cita, pues, la más fiel y verdadera justicia, y el amor más pacífico y misericordioso: «Todas las virtudes, antes expulsadas de la tierra a causa del pecado, ahora vuelven a la historia y, al encontrarse, trazan el mapa de un mundo de paz. La misericordia, la verdad, la justicia y la paz se transforman casi en los cuatro puntos cardinales de esta geografía del espíritu»⁹. La Nueva Ley de Cristo se orienta por estos polos de virtud suma que se abrazan en su Corazón Sacro. Y de su Corazón derivan a nosotros.

En el Nuevo Testamento, Jesucristo es presentado como el «Justo», el que lo es por excelencia (cf. Mt 27,4.19; He 3,14; 22,14-15; 1 Jn 2,1-2); de forma tal que «podemos decir que en Jesucristo está personificada la justicia»¹⁰. Pero, el mismo tiempo, se nos muestra al Verbo Encarnado

⁷ SAN IRENEO, *Adversus hæreses*, III, 5, 1.

⁸ SAN AGUSTÍN, *Enarrationes*, 84, 13.

⁹ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* (25/9/2002), 4.

¹⁰ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 141.

como portador y maestro de la justicia¹¹. Esta justicia que Él nos trae y nos enseña está ligada en primer lugar a la satisfacción por el pecado. Santo Tomás, al hablar de la necesidad de la Encarnación, se plantea la siguiente objeción: «Dios no puede exigir al hombre más de lo que éste puede dar; y, puesto que Dios se inclina más a tener misericordia que a castigar, lo mismo que imputa al hombre el acto del pecado, así también parece que ha de tener en cuenta el acto contrario al placer del pecado»; de donde se seguiría que cualquier hombre podría haber satisfecho por los pecados de la humanidad. A lo que el mismo Santo Tomás responde, señalando que la satisfacción por el pecado puede ser suficiente de dos maneras, de las cuales una es perfecta, «cuando compensa adecuadamente la culpa cometida» y la otra es imperfecta, «que resulta suficiente cuando la acepta el ofendido, aunque no sea enteramente proporcionada a la ofensa». Pues bien, Cristo, siendo Dios y hombre, era el único capaz de satisfacer perfectamente por el pecado de los hombres, según toda la razón de la justicia: «el pecado cometido contra Dios tiene una cierta infinitud por razón de su Majestad infinita, ya que la ofensa es tanto más grave cuanto mayor es la dignidad de la persona ofendida. Por eso fue preciso que, para lograr una satisfacción perfecta, la obra del reparador tuviese una eficacia infinita, como la de quien es Dios y hombre a la vez»¹². A cada uno de nosotros, por nuestra parte, nos es dado participar en esta satisfacción perfecta de Cristo, sustentando en la suya nuestra propia justicia, la cual, aunque imperfecta, se hace suficiente en razón de la bondad de Dios y eficaz, gracias a los méritos de Jesús¹³.

¹¹ Cf. *Ibidem*, pp. 141-145.

¹² *S. Th.*, III, q. 1, a. 2, obj. 2 y ad 2.

¹³ Cf. *Ibidem*, q. 1, a. 2, ad 2.

Por eso, la manera más noble y verdadera de ser devotos del Sagrado Corazón, es ejercitando la justicia de toda la vida, que en relación a Dios consiste en la determinación total por su gloria de cada uno de nuestros actos. Pero hay que recordar aquí que Cristo no se limitó a la justicia, sino que estiró su Corazón según un amor sin límites, dando aun más de lo que la justicia exigía. «Jesucristo podía satisfacer la justicia que se debía al Padre a causa de nuestros pecados» –enseñaba el Santo Cura de Ars– «por una sola gota de su sangre, por una sola lágrima, ¿qué digo? Por un solo suspiro. Pero aquello que podía bastar a la justicia del Padre, no podía satisfacer la ternura que guardaba por nosotros en su Corazón»¹⁴.

«Deseamos mirar con los ojos de la Virgen Inmaculada la luz de aquel admirable misterio: ¡La justicia que se revela como Amor! ¡Amor que llena hasta el borde toda medida de la justicia! ¡Y la sobrepasa!»¹⁵. El Corazón de Cristo es el exceso de su justicia, fundada y vivida según la medida sin medida de su amor. En Él encuentran raíz y fuente nuestra propia justicia y nuestro amor que ha de ser sobreabundante y generoso, porque en «Cristo, el Verbo Encarnado, se resuelven todas las falsas antinomias y se disuelven todas las falsas uniones»¹⁶; y porque Él, que es justo, en la ardiente llama de su amor, «toda deuda paga»¹⁷.

¹⁴ RENE FOURREY, *Ce que prêchait le Curé d'Ars*, L'Echelle de Jacob, Dijon 2009, p. 45.

¹⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (14/7/1985).

¹⁶ CARLOS M. BUELA, *El Arte del Padre*, p. 317.

¹⁷ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, estr. 2.

10.
CORAZÓN DE JESÚS
LLENO DE BONDAD Y DE AMOR

Cor Iesu, bonitate et amore plenum

P. José Rossi, Sacerdote argentino
Misionero en Grecia

En la décima letanía continuamos contemplando las amabilidades y atractivos del Corazón de Jesús: *Cor Iesu, bonitate et amore plenum* [Corazón de Jesús, lleno de Bondad y de Amor].

«Cuando Dios formó el corazón y las entrañas del hombre primeramente puso en él la bondad, como **carácter distintivo de la naturaleza divina**, y para que fuese la señal de la mano bienhechora de la cual hemos salido. Luego la bondad había de constituir el fondo de nuestro corazón y, al mismo tiempo, había de ser el primer atractivo para ganar a los demás hombres»¹.

La bondad es el rasgo distintivo de Dios. Que Dios es bueno lo leemos en cada página de las Sagradas Escrituras. En los salmos se repite constantemente *Alabad al Señor porque es Bueno, porque es eterna su misericordia* (Sl 105; 106; 117; 135). Jesucristo dice al joven: *Dios solo es el bueno* (Mc 10,18). Dios es todo bueno. Dios es la Suma bondad y santidad. Dios es causa de toda bondad, por eso es el *Dios de bondad*. Los japoneses al conocer por la predicación de San Francisco Javier que Dios se había hecho hombre para morir por ellos, le dijeron: «¡Qué bueno es y cuán digno de amor el Dios de los cristianos!»². Y la enseñanza más clara es la de San Juan: *Dios es caridad* (1 Jn 4,8.16). Jamás nadie afirmó

¹ JACQUES BÉNIGNE BOSSUET, citado por RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, pp. 151-152.

² Citado por RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 154.

esto de un Dios. Y la bondad de Dios es el atractivo mediante el cual gana a los hombres.

Y sin duda, la máxima manifestación de la Bondad de Dios es la Encarnación y Redención. Y lo dice claramente San Pablo en su carta a Tito (3,4-7): *Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna.*

Jesucristo es la Imagen de la Bondad de Dios. *La Sabiduría es reflejo de la luz eterna, espejo inmaculado de la actividad de Dios e imagen de su bondad* (Sb 7,26). En los Hechos de los Apóstoles (10,37-41), San Pedro dice que Cristo *pasó haciendo el bien*. Y esto lo atestiguan todas las páginas del Evangelio. Podemos meditar la bondad con que recibía a todos, y es un gran testimonio la multitud que por seguirlo se olvidaba hasta de comer y beber.

La bondad de Jesucristo le viene del Corazón. *De la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, de su buen tesoro saca cosas buenas* (Mt 12,34-35). Ese buen tesoro de Cristo es su Corazón adorable, lleno de bondad y de amor, de cuya abundancia sacó todas sus bondades, sus obras y sus palabras, consuelo para los hombres de todos los tiempos. De la abundancia del Corazón habla la boca.

Un corazón bueno es aquel que siempre se inclina a lo bueno: para todos tiene bondad y envuelve todo en su bondad, siempre ve lo bueno, juzga con bondad. El mismo Jesucristo proclamó tener un Corazón bueno: *Aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón* (Mt 11,29). Y pide que vayamos a Él para aprender realmente su bondad. Tiene un Corazón

tan bueno, que se conmueve a la vista de nuestros males, como al ver a la viuda de Naím se movió a misericordia (cf. Lc 7,13).

Y esta bondad tiene a su servicio la omnipotencia y la sabiduría divina. Los milagros son el sello inequívoco de su divinidad. Y todos los milagros los realizó para el bien de los hombres. *Todo lo hizo bien* (Mc 7,37). Y esta infinita Bondad hizo que la sabiduría y el poder divino hallasen la manera de que al salir de este mundo también se quedase con nosotros, para hacernos compañía y servirnos de alimento en la Eucaristía.

Al considerar esta bondad, se debe pesar la misericordia que me tiene. Todo se lo debo a la bondad del Corazón de Jesús. «La plenitud del amor se manifiesta a través de la bondad: a través de la bondad irradiaba y se difundía sobre todos, en primer lugar, sobre los que sufren y los pobres. Sobre todos según sus necesidades y expectativas más verdaderas. Así es el Corazón humano del Hijo de Dios, incluso después de la experiencia de la cruz y del sacrificio. Mejor dicho, todavía más: rebosante de amor y de bondad»³.

Lo que nos pide el Corazón bueno de Cristo es que lo imitemos en la bondad del corazón. Y que de la abundancia de nuestro corazón se irradie la caridad en todo y con todos.

«Tú, Señor, eres bondadoso para los que te buscan; y si lo eres para con los que te buscan, ¿cuánto más lo serás para con los que te hallen? Si tan dulce es tu memoria, ¿cuánto más lo será tu presencia? Si eres miel y leche cuando te buscamos, ¿qué serás cuando ya te poseamos?»⁴.

³ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (21/7/1985).

⁴ Himno *Jesu dulcis memoria*, atribuido a San Bernardo.

II. CORAZÓN DE JESÚS ABISMO DE TODAS LAS VIRTUDES

Cor Iesu, virtutum omnium abyssus

P. Miguel Soler, Sacerdote argentino
Misionero en Filipinas

Sacrificios y oblaciones no quisiste, pero me has preparado un cuerpo [...], he aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad (Heb 10,5.7). El primer atisbo que tenemos del Corazón de Cristo apenas encarnado nos hace ya entrever un cúmulo de virtudes. Las gentes reconocerán, en el colmo de la admiración, que Cristo poseía una fuerza benéfica ilimitada, que le hacía aparecer tan bueno y le permitía hacer tanto bien: Él es el maestro bueno que ¡todo lo ha hecho bien! (Mc 10,17; 7,37).

Decir y asumir que Cristo como hombre tiene todas las virtudes en grado supremo es lo primero que entendemos, y con facilidad, de esta hermosa letanía, toda vez que uno acepta y conoce quién es Jesucristo, el Verbo Encarnado, *lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14)*. Para expresar qué significa ese «grado supremo», la expresión *abismo de todas las virtudes* es muy adecuada, pues nos señala el hecho de que ellas tienen allí unos modos y unas proporciones que se nos escapan por completo. San Pablo no encuentra mejor expresión que hablar de *la insondable riqueza de Cristo (Ef 3,8)*. La vida terrena del Señor es el escaparate desde el cual esas virtudes pueden ejercer su irresistible fuerza de atracción: *Cristo padeció por nosotros, dejándonos un modelo, para que sigamos sus huellas (1 Pe 2,21)*.

Hay más. Las virtudes están en el Corazón de Cristo no sólo como diversificaciones de la insondable bondad de su alma, ni tampoco solamente como modelo a seguir, sino que están allí como *fuentes* de las nuestras. Es decir, que recibimos las virtudes que más propiamente llevan el

nombre de tales (las llamadas *infusas*) como un don desde el Corazón de Cristo. Allí encontramos entonces no sólo sus virtudes, sino también las nuestras, como en su causa¹.

Poder penetrar en ese Corazón sagrado para contemplarlas allí, aprender a pedir las y poder recibir las como don suyo, es el fruto que imploramos para este día de hoy.

Una mirada al Corazón de Cristo

Lo primero a decir es que estamos ante un abismo. Podemos querer asomarnos, pero será Dios quien decida cuánto y cómo podremos ver, o sentir, o recibir.

Al hacerlo, no se trata tanto de poder ver qué virtudes hay, que las hay todas, sino más bien de reflexionar sobre la posición del Corazón de Cristo con respecto a ellas. Es decir, el amor que tiene por ellas. Y las ama no tanto por lo que tienen de suyas como por lo que tienen de bellas.

Hablar de virtudes no es otra cosa que hablar de bienes humanos y divinos en relación a los cuales el hombre puede obrar; bienes que son queridos de tal manera que han echado raíces en la voluntad, es decir, en el corazón. Ese amor se ha hecho habitual. Las virtudes naturales van echando raíces cada vez que se las practica, las sobrenaturales o infusas echan más raíces a medida que crece el *modo divino* de amar sus objetos, es decir, en la medida en que la caridad del alma aumenta.

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, III, q. 8, a. 5, sobre la gracia capital de Cristo.

Intentemos otro modo de explicar esto, comenzando con algunos conceptos generales. Nuestro corazón o voluntad en sí es pura tendencia², y por eso es configurado a partir de las cosas que amamos: si amamos el bien en cuanto bien, nos hacemos buenos, si no lo amamos *en su relación a Dios* o lo rechazamos, nos hacemos malos³. Cuando amamos los bienes propios de cada virtud, pues esa capacidad de obrar que era antes indeterminada, se convierte a partir de aquello que amamos en una configuración específica de nuestra voluntad, y por lo tanto de nuestra alma. La define, le da una cualidad de bondad determinada (nos hace virtuosos). El que ama la verdad es veraz, quien ama la honestidad es honesto (y si no la ama, no lo es por más que lo parezca), quien ama el orden divino es prudente, quien ama la justicia es justo, quien ama la pureza es puro (¡y no se puede pretender ser puro sin amar la pureza!), quien ama la humildad la recibe, quien ama la caridad que viene de Dios, es caritativo. Así de simple. De esto es que nace el estupor ante la belleza con que las virtudes adornan un alma.

Además, el acto virtuoso es lo más creativo que existe en esta vida, porque a un nuevo bien en cuanto bien, en cuanto venido de Dios y a Dios tendiendo, *le hace ser* allí donde no estaba (la voluntad creada), en orden a proteger o promover un bien de la creación misma, por la cual ascendemos a Dios.

Cuando nos asomamos al Corazón de Cristo, le vemos cautivado por las virtudes que hay en su alma, por el amor que tiene por los objetos de ellas, porque ama el bien al que cada una de ellas se ordena, y que

² No hace falta alargarnos en aclarar que el intelecto también tiene hábitos intelectuales, aunque no sea «pura tendencia», como aquí decimos. Convergen ambos en ser *potencias actualizadas por sus respectivos objetos*.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De malo*, q. 16, a. 5; *Contra Gentiles*, L. III, 11; *S. Th.*, I, q. 63, a. 1 ad 4.

cada una protege, y siempre en relación a Dios como causa y como fin. Él ama verlas también comunicadas a los miembros de su Cuerpo Místico, que somos nosotros. Y quiere que le pidamos y deseemos mucho recibir de Él *el amor por cada uno de los bienes de las virtudes*, no para sentirnos bien o «mejorarnos» de algún modo, sino simplemente porque cada uno de esos bienes así amados nos conducen a Dios, y le dan gloria.

Dones de su Corazón

Evidentemente, en su Corazón están arraigados los bienes de cada virtud de manera tal que en su alma y en la nuestra pueden producir hábitos distintos, porque la situación es claramente distinta: el amor por la Verdad divina, por ejemplo, en Él se traduce en visión de Dios, y en nosotros en fe infusa. Dicho esto, es también evidente que Cristo ama principalmente aquellas virtudes que pondrán a los miembros de su Cuerpo en relación inmediata con Dios: fe, esperanza, y caridad. Son los primeros y principales dones que nos quiere comunicar, y en ellos todos los demás.

En cuanto a los demás hábitos que nos ayudarán a obrar el bien en relación a todos los demás bienes de nuestra vida *para con ello dirigirnos a Dios*, son también infundidos por medio de la gracia de Cristo. ¿Y qué decir de las virtudes meramente naturales, esas que se arraigan por repetición de actos? Pues, desde el momento en que estamos llamados a la vida eterna, al hombre lo hacen *bueno* con toda propiedad sólo aquellas virtudes que se ordenan a la vida eterna, y éstas son las infusas, las que Cristo pone en nuestro corazón según la medida de nuestra caridad⁴. ¿Hay que dejar de practicar las otras entonces? De ninguna

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Questiones disputatae De Virtutibus*, 10, ad 1.

manera, porque esas virtudes practicadas son las que disponen al alma y remueven los obstáculos (como son los malos hábitos o los desórdenes) que podrían impedir el recibir los dones de gracia. Sus actos además, si hechos en gracia, pertenecen ya a la virtud infusa, por lo que son meritorios para la vida eterna. En todo esto la contemplación de la vida de Cristo tiene una función primordial, ya que nos ayuda a discernir las verdaderas virtudes de las falsas, las principales de las secundarias, las más directamente ordenadas a la vida eterna de las que de por sí tienden a bienes meramente humanos. De allí, desearemos y pediremos al Señor lo que realmente vale la pena pedirle, y lo que Él realmente espera que le pidamos.

Las preferidas de su Corazón

En esta misma línea, es la contemplación de sus misterios lo que nos hace descubrir cuáles son las preferidas de su Corazón. Supuesta la caridad escoltada por las otras teologales –que por ser la que da vida a todas las demás «no compite»–, están en primera línea aquellas más proporcionadas al misterio de la Encarnación y su fin, que es la salvación de los hombres. De allí que brillan sin duda lo que se llaman las *virtudes del anonadamiento*⁵, y aquellas tan propiamente evangélicas que San Pablo propone en sus cartas: justicia, paz, constancia, paciencia, caridad, bondad, piedad, pureza, templanza, mansedumbre, etc.⁶.

Si buscando una expresión más ceñida y precisa le preguntásemos al mismo Señor, Él ya ha contestado: *aprended de mí, que soy manso y humilde*

⁵ *Constituciones del Instituto del Verbo Encarnado*, 4; n. 11 enumera: humildad, justicia, sacrificio, pobreza, sufrimiento, obediencia, amor misericordioso; Flp 2,7-8; CONCILIO VATICANO II, Decreto *Perfectae Charitatis* sobre la adecuada renovación de la vida religiosa (28/10/1965), 5.

⁶ Cf. Ro 14,17; 1 Cor 13,4-7; 2 Cor 6,4; Ga 5,22; Ef 5,9; Flp 4,8; 1 Te 1,3; 1 Tim 4,12; 6,11, etc.

de corazón (Mt 11,29). Santo Tomás de Aquino señala, con una expresión de una intensidad extraordinaria, que «**toda la Ley Nueva** consiste en dos cosas: mansedumbre y humildad. Porque por medio de la mansedumbre el hombre encuentra el orden en su relación con el prójimo [...]; y por la humildad, consigo mismo y con Dios, como dice Isaías, *¿a quién mirará mi Espíritu, sino al contrito y humilde?* (66,2). Es así que la humildad **hace al hombre capaz de Dios**»⁷. Son las virtudes que *encarnan* el primer mandamiento del amor.

Las virtudes preferidas del Señor adquieren dimensiones colosales, abisales, durante su Pasión. Estamos ante el *mysterium pietatis*, ante un abismo de amor que asume que el camino hacia Dios después del pecado pasa por el sacrificio, el ofrecimiento y la reparación. Así, desde el día en que el Corazón de Cristo fue abierto por una lanza, el amor de caridad, virtud en la que viven todas las demás, es un amor crucificado.

⁷ *Super Evangelium S. Matthaei lectura*, ad 11, 29 (11, L. 3, 29).

12.
CORAZÓN DE JESÚS
DIGNO DE TODA ALABANZA

Cor Iesu, omni laude dignissimum

P. Jesús Segura, Sacerdote español
Misionero en Italia

El Corazón humano de Jesús unido a la divinidad es digno de toda alabanza porque es el **Corazón de Dios**¹.

A Dios se le debe todo reconocimiento, reverencia, honra y estima, porque es único. Nadie hay como ÉL. No tiene igual. Nadie que pueda ser tan bondadoso, tan digno, poderoso, lleno de sabiduría, abrasado de caridad, fuerte y merecedor de toda alabanza. Por lo tanto, es justo y necesario, como decimos en cada Misa, que cada hombre y mujer levante su corazón hacia Dios y le rinda la más grande y tierna veneración por ser Dios tan inmensamente merecedor de ella.

Lo mismo se tiene que decir del Corazón de Jesucristo, que es la sede de todos los afectos humanos del Verbo Encarnado. No ha habido ni habrá ningún humano «tan bueno, justo y santo; nadie tan humilde, dulce y manso; nadie tan sabio, elocuente y poderoso; nadie tan amante, magnánimo y misericordioso, como nuestro bendito Señor Jesucristo. Y si ÉL es tan dignísimo de alabanza por esas sus virtudes tan sublimes y acabadas, lo es también su Corazón, donde están simbolizadas, y en el que nos las ha querido mostrar»².

Único es nuestro Dios, único es Jesús. ¿Quién como Dios? Es un deber de toda creatura espiritual doblar la propia inteligencia y prostrar la

¹ Cf. RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 196.

² *Ibidem*.

voluntad en homenaje al Creador, y hacer lo mismo a nuestro Redentor. Nunca alcanzaremos a reconocer y adorar a Dios cuanto sea debido. *Para glorificar al Señor, alabadlo cuánto podáis, porque está muy por encima de vuestras alabanzas. Y al exaltarlo, poned todo vuestro empeño; no os canséis, pues nunca llegaréis al fin* (Sir 43,30).

Este **Corazón tan digno de alabanza** ha sido muy discreto en sus años de vida terrena. Los primeros gestos de tierna alabanza que recibió este Corazón fueron seguramente los de la Virgen santa que lo engendró. ¿Quién como Ella supo tributar los primeros dones de oblación al pequeñísimo Corazón del Hijo del Altísimo que había empezado a latir en sus entrañas? San José, Isabel y otros parientes a quienes se manifestaría este misterio harían lo mismo con exultante reverencia. *Bendito el fruto de tu vientre* (Lc 1,42). También los ángeles en Belén, que exclamaban *gloria a Dios* (Lc 2,14); los pastores, que *volvieron glorificando y alabando a Dios* (Lc 2,20); los magos, que *se pusieron de rodillas y lo adoraron* (Mt 2,11), fueron de los primeros en homenajear al Corazón del Niño Dios digno de toda alabanza. El anciano Simeón, deseando terminar sus días tras haber visto al niño al que honró con el título de Salvador (cf. Lc 2,30). La profetisa Ana, que *daba gloria a Dios hablando del niño a todos* (Lc 2,38). ¿Cómo no estarían felices María y José en aquellos años de adoración permanente en la intimidad de la casa de Nazaret, bendiciendo al Señor con la simplicidad de sus obras domésticas, ofrecidas como incienso en su presencia, meditando todas las vivencias con Jesús en sus corazones y abandonándose enteramente al entrañable estilo de las cosas de Dios? Al llegar la muerte del buen José, se despediría de su Hijo, que era dueño de toda vida, con profundo acatamiento. Al marcharse luego Jesús de su casa para emprender su misión apostólica, lo honraría María con su apoyo maternal, acompañándolo en su soledad victimal. Al encontrarse con su pariente Juan el Bautista, sabemos que fue elogiado

ante todos por él con el título de *Cordero de Dios* (Jn 1,29). En sus milagros y vida pública el Corazón de Jesús, que se mostró siempre manso y humilde, recibió justos reconocimientos por parte de aquellos que curó con sus milagros. El leproso samaritano volvió alabando a Dios a grandes gritos y echándose por tierra a los pies de Jesús para darle gracias (cf. Lc 17, 15-16); el ciego de nacimiento, confesando su fe, *se puso de rodillas ante Él* (Jn 9,38); María de Betania, tras ungir con olio la cabeza de Jesús, le ungió también los pies secándolos con sus cabellos (cf. Lc 7,18; Jn 11,1); a la entrada de Jerusalén, montado en un borrico, fue aclamado por las masas como un rey (cf. Jn 12,13).

Pero este Corazón tan grande, que merece infinidad de alabanzas, **recibió por encima de todo desprecio y vilipendio**. Su vida fue a la vez marcada por falta de aprecio y por mucha ingratitud, como lo describe con detalle este texto de San Antonio María Claret:

«Fue despreciado en sí y en todas sus obras: fue despreciado en su divinidad y humanidad; despreciado en sus virtudes; despreciado en su doctrina; despreciado en sus milagros, y todo cuanto decía y hacía era mal interpretado y despreciado.

Fue despreciado de toda suerte de personas. Fue despreciado de nacionales y extranjeros; despreciado de sacerdotes y seglares; despreciado de reyes, nobles y plebeyos; despreciado de militares y paisanos.

Los sabios le despreciaron; como no había sido enseñado de ellos se decían: ¿De dónde ha sacado éste tal sabiduría, siendo hombre que ni siquiera ha aprendido letras?...

Los ricos le despreciaron... escogió padres pobres, compañeros pobres, comida pobre, vestido pobre, ocupación pobre, casa pobre, y en todo amó la pobreza y abyección, y por lo mismo se mereció el desprecio de los ricos, que aman las riquezas, los regalos y la vanidad.

Los jóvenes paisanos y contemporáneos le despreciaron. Los hebreos a los diecinueve años se casaban; al ver a Jesús joven gallardo, hermoso y fino, que no hacía caso de mujeres ni de las cosas del mundo, que vivía retirado de compañías malas y de las diversiones de la juventud, ¡qué, burlas, qué desprecios harían de él! ..los parientes le despreciaron al ver que no se casaba ni trataba de hacer fortuna; le criticaban y le tenían por un hombre digno de desprecio. Tan pronto como empezó Jesús a reunir discípulos y a predicar, salieron algunos de sus parientes para recogerle, porque decían *que había perdido el juicio* (Mc 3,21)...»³.

Este Corazón tan digno de alabanza fue sumamente injuriado de manera singular **en las dolorosas horas de su Pasión**. A todos excede en el amor aquel Corazón que cargó sobre sí cada una de nuestras iniquidades, males, penas, pecados y consecuencias del pecado, revistiéndose no de la dignidad que le pertenece, sino del más ruin y afeado ropaje. San Juan de Ávila nos ayuda a entrar en este hondo misterio:

«Preguntadle, doncella, cuando le viéredes dejarse atar las manos y cuello, cuando le viéredes padecer bofetadas, espinas, clavos y muerte, que os haga merced de os decir por qué, siendo tan fuerte y tan poderoso, se deja tratar como flaco sin ninguna resistencia. Y responderos ha San Juan en su nombre (Apoc, 1, 5): *Nos amó y nos lavó con su sangre de nuestros pecados*. Rumiad estas palabras, asentadlas en vuestro corazón, y paraos a pensar cuán excesivo y admirable amor es aquel que así arde en el Corazón, que hace pasar tales cosas de fuera...que el rey muera después de haber sufrido muchos tormentos y graves deshonras por su esclavo, del cual no ha recibido servicio ninguno, antes graves ofensas, dignas de muy cruel muerte...cosa es ni vista ni oída, y de tan excesivo

³ SAN ANTONIO MARIA CLARET, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, Barcelona 1859. Meditación XXIII. Del tercer grado de humildad, o sea del amor a los desprecios.

amor, que pondría en grandísimo espanto a los que lo oyesen, y que diese materia de predicar la bondad de aquel rey por muchos días y aun por toda la vida... Mirad esta alteza, a la cual no hay igual, y bajad vuestros ojos a mirar la bajeza de los esclavos por quien padece... Cotejando, pues, estos extremos tan diferentes de tan alto Rey y tan malos esclavos, mirad ahora lo mucho que Él a ellos amó; andad acá al Corazón del Señor...»⁴.

«¡**Dignísimo de toda alabanza** precisamente **este oprobio y humillación!**» exclamaba Juan Pablo II en una de sus catequesis. Y continuaba: «En efecto, es entonces que el Redentor alcanza el culmen del Amor de Dios. ¡Y el Amor es digno de toda alabanza! Nosotros *no nos gloriaremos a no ser en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (cf. Ga 6,14)»⁵.

Muy de provecho será examinarse ante este buen Corazón de todos aquellos rincones del alma en que no encuentre sede su realeza, por estar el alma ocupada por otros amores vanos que le roben su presencia y dignidad. Este Corazón tan digno de alabanza, ¿es alabado en cada uno de mis pensamientos, o más bien cedo a juicios llenos de orgullo y sin caridad? ¿Es alabado en cada una de mis decisiones, intenciones, deseos y aspiraciones? ¿Es adorado en cada uno de mis afectos, o conservo reverencia idolátrica por amores vanos que no son Dios? ¿Es debidamente alabado en mi tiempo, en mis pruebas, en los ratos de oración, en mis deberes de estado y ocupaciones? Y ante el calor del Corazón de Cristo que arde de amores en **la blanca hostia** de nuestros sagrarios y altares, admirar su dignísima presencia velada bajo las apariencias de humilde pan, y aspirar a poder ofrecer cada día un poquito más de nuestra adoración, consuelo y reparación.

⁴ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, c. 78.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (4/8/1985).

Que la Virgen Santa nos ayude a rendir con nuestras vidas un culto incesante a la majestad soberana del Corazón de nuestro Dios, dignísimo de toda alabanza.

13. CORAZÓN DE JESÚS REY Y CENTRO DE TODOS LOS CORAZONES

Cor Iesu, rex et centrum omnium cordium

P. Diego Ibarra, Sacerdote argentino
Misionero en Filipinas

La Palabra de Dios revela el lugar que ocupa Cristo no sólo en la Iglesia, sino también en la sociedad, en la historia y en toda la creación. La voluntad del Padre es *hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra* (Ef 1,10), *porque en Cristo fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por Él y para Él, Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia* (Col 1,16-17). El mismo Jesús dijo antes de subir al Cielo: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra* (Mt 28,18). Sabemos también que, ante el tribunal de Pilato, Jesús de Nazaret, a la pregunta '¿Tú eres rey?', respondió: *'Tú lo dices: Yo soy rey'* (Jn 18,33). La fe nos asegura que Cristo es el Señor y Rey de todo lo creado, entendido en sentido literal. De ahí que a Cristo se lo llame Rey del Universo, es decir, tiene potestad sobre todas las creaturas¹.

Cristo es Rey, por tanto, debe haber un reino. Los Evangelios anuncian el inicio de la salvación con la expresión «el reino de Dios está cerca». San Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea decía: *Arrepentíos porque el reino de los cielos está cerca* (Mt 3,1) El mismo Jesucristo comienza su misión mesiánica con este anuncio: *El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca* (Mc 1,15).

¹ Pío XI, Encíclica *Quas primas* sobre la realeza de Cristo (11/12/1925), 11.

Estas palabras señalan la entrada *en la plenitud de los tiempos*, como dirá San Pablo (cf. Ga 4,4), y preparan el paso a la Nueva Alianza, fundada en el misterio de la Encarnación redentora del Hijo y destinada a ser Alianza eterna. En la vida y misión de Jesucristo el reino de Dios no sólo *está cerca* (Lc 10, 9), sino que se hace presente en el mundo, y obra en la historia del hombre. Lo dice Jesús mismo: *El reino de Dios está entre vosotros* (Lc 17,21)².

El reino de Jesucristo no es de este mundo porque no tiene origen en este mundo. Jesús le responde a Pilato: *Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores combatirían a fin de que Yo no fuese entregado a los judíos. Mas ahora mi reino no es de aquí* (Jn 18,36). El reino de Jesucristo es sobrenatural, de origen divino, y vino a nosotros para salvarnos.

El Evangelio muestra claramente que Jesucristo nunca quiso ser soberano temporal, ni siquiera sobre el trono de David. Durante su actividad mesiánica en Palestina el pueblo, al ver los signos que hacía, veía en Cristo un justo heredero de David, que durante su reino llevó a Israel al culmen del esplendor y quiso proclamarlo rey³. Cristo siempre se negó a esta realeza temporal, el Evangelio de San Juan dice: *Y sabiendo Jesús que habían de venir para arrebatarse, y hacerle rey, volvió a retirarse al monte, Él solo* (Jn 6,15).

Por tanto, los Evangelios nos revelan que Cristo sólo deseó la Realeza y el Reino que no es de este mundo y que, al mismo tiempo, en este mundo debe expandirse y arraigarse.

¿Cómo este reino divino se expande y se arraiga en este mundo?

² SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* (4/9/1991).

³ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (25/8/1985).

La respuesta es: a través de corazones conquistados por el Sagrado Corazón de Jesús.

San Juan Pablo II explica que el Reino de los Cielos se expande y se arraiga en este mundo por medio de la verdad en los corazones humanos: en el hombre interior⁴. Esto significa que Cristo Rey primero busca conquistar los corazones de los hombres, los convierte, los hace suyos. Luego, desde los corazones de los hombres transformados, quiere llegar a todas las manifestaciones del hombre.

El Sagrado Corazón de Jesús quiere reinar en todas las dimensiones humanas, pero lo quiere realizar a través de los santos, de aquellos hombres que fueron primero conquistados interiormente por este Rey amoroso que reina en sus corazones.

La Iglesia Católica afirma que la fuerza del Evangelio debe llegar a toda la sociedad. La sabiduría cristiana y la virtud divina deben penetrar las leyes, las instituciones, la moral de los pueblos, empapando todas las clases y relaciones en la sociedad. La religión fundada por Jesucristo debe colocarse firmemente en el grado de honor que le corresponde y florecer en todas partes⁵.

La realeza social de Cristo es el fin temporal del reinado del Sagrado Corazón de Jesús, mientras que el reinado sobre los corazones –salvación de las almas– es el fin universal. Cristo Rey quiere establecer la civilización cristiana, quiere que todas las naciones estén bajo la guía y luz del Evangelio, pero esto será posible si primero reina en nuestros

⁴ *Ibidem*.

⁵ LEÓN XIII, Encíclica *Aeternis Patris* sobre la restauración de la filosofía cristiana conforme a la doctrina de Santo Tomás de Aquino (4/8/1979), 21.

corazones y somos leales vasallos del único Rey eterno, que es el Rey de reyes y Rey de las naciones.

Repitamos siempre la máxima de San Francisco de Borja «no serviré a señor que se me pueda morir». La cual pronunció luego de tener que descubrir y reconocer el cadáver de su reina Isabel de Portugal, después de tantos días de viaje por la estepa Castellana y por Andalucía hacia el lugar de su sepultura y de preguntarse «¿Dónde están la belleza y dulzuras de mi Señora y Dama?, ¿en qué se han convertido?». Luego el santo entró en la Compañía de Jesús, en la que llegó a ser superior general, distinguiéndose, ante todo, por su profunda humildad, dando un gran impulso a las misiones. Y el celo que aplicó en servir a su rey, sería dedicado ahora en servir a Jesucristo, Rey de Reyes.

Pidamos al Sagrado Corazón de Jesús, por medio de su Madre, la gracia de que reine por su amor redentor en nuestros corazones y la de ser fieles instrumentos para que rija en todas las manifestaciones del hombre y proclamemos en todas partes:

¡Dios de los corazones
sublime Redentor
domina a las naciones
y enséñales tu amor!⁶

Jesucristo, manso y humilde de Corazón, haz nuestro corazón semejante al tuyo.

⁶ SARA MONTES DE OCA DE CÁRDENAS, *Himno del XXXII Congreso Eucarístico Internacional Buenos Aires (1934)*.

14.
CORAZÓN DE JESÚS
EN QUIEN ESTÁN TODOS LOS TESOROS
DE LA SABIDURÍA Y DE LA CIENCIA

Cor Iesu, in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae

P. Miguel Ángel Fuentes, Sacerdote argentino
Misionero en Argentina

San Pablo escribe a los Colosenses: *Lucho por vosotros (...) para que alcancéis todas las riquezas de la plena inteligencia y conozcáis el Misterio de Dios, que es Cristo, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Col 2,1-3). De este texto surge la maravillosa letanía que ahora comentamos, ligeramente modificada –omitiendo el adjetivo «ocultos»–: «*in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae*», «en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia».

«Ciencia» es un conocimiento cierto de las cosas por sus principios y sus causas. «Sabiduría» es, en cambio, el conocimiento profundo y perfecto de los principios de todas las ciencias y artes. El término «tesoro» alude a la acumulación y abundancia de riquezas que están a disposición de su dueño, quien puede, por eso mismo, echar mano de ellas cada vez que lo desea.

En Cristo, pues, «están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia». «Lo que San Pablo quiere hacer resaltar –dice un exégeta– es que fuera de Cristo, centro y eje del plan divino de salud, no es necesario ir a buscar nada, pues ahí se hallan contenidos todos los tesoros de sabiduría y de ciencia con que orientar debidamente nuestra vida religiosa y moral»¹.

¹ LORENZO TURRADO, *Colosenses*, en: PROFESORES DE SALAMANCA, *Biblia Comentada*, VI. Hechos de los Apóstoles y Epístolas Paulinas, p. 630.

San Juan de la Cruz cita el pasaje paulino poniendo en boca del Padre estas palabras: «Si quisieses que te respondiese yo alguna palabra de consuelo, mira a mi Hijo sujeto a mí y sujetado por mi amor y afligido, y verás cuántas te responde. Si quisieses que te declare yo algunas cosas ocultas o casos, pon solos los ojos en él, y hallarás ocultísimos misterios y sabiduría y maravillas de Dios, que están encerradas en él, según mi Apóstol dice: *en el cual Hijo de Dios están escondidos todos los tesoros de sabiduría y ciencia de Dios* (Col 2,3); los cuales tesoros de sabiduría serán para ti muy más altos y sabrosos y provechosos que las cosas que tú querías saber... Y si también quisieses otras visiones y revelaciones divinas o corporales, mírale a él también humanado, y hallarás en eso más que piensas, porque también dice el Apóstol: *en Cristo mora corporalmente toda plenitud de divinidad* (Col 2,9)»².

En Cristo están «todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia»; es decir, comenta Santo Tomás, «el conocimiento de las cosas divinas» y «el de las criaturas». Así, continúa el Aquinate, todo cuanto puede saberse de Dios pertenece a la sabiduría, lo cual conoce Dios abundantemente en Sí mismo. Y todo lo que puede conocerse de las criaturas lo conoce Dios en Sí supereminentemente. Y todo lo que abarca la sabiduría de Dios se contiene en su Verbo único, pues todo lo conoce con un acto simple de su entendimiento, porque en Él no hay ciencia en potencia ni en hábito sino en pura actualidad. De ahí que en este Verbo estén todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia³.

Como hemos dicho, nuestra letanía deliberadamente no recoge la afirmación paulina de que tales riquezas “están escondidas” en Cristo. Santo Tomás, que comenta el pasaje del Apóstol y no la letanía a que

² SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, L. 2, cap. 22, n. 6.

³ Cf. *Ad Col.*, II, I, n. 81.

éste daría lugar mucho tiempo después, explica que esto lo dice respecto de nosotros, tanto por la flaqueza de nuestro entendimiento, cuanto por el velo que lo oculta a nuestros ojos. Todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia están en el Verbo de Dios, pero encubiertos para nosotros, porque no tenemos los ojos limpios sino legañosos; y también porque nos los nubla un doble velo: el de las criaturas (porque *lo invisible de Dios en nuestro estado actual solo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras*, como dice Ro 1,20), y el velo de la carne asumida por el Verbo (cf. Jn 1,14). Por eso algo alcanzamos de Dios, pero nunca todo. Fue muy preciso Isaías cuando proclamó: *Verdaderamente Tú eres un Dios escondido* (Is 45,15). Pero quien tiene una candela cubierta por un velo, no busca luz en otra parte, sino que procura apartar el velo de la que ya tiene; por el mismo motivo, no es necesario buscar la sabiduría sino en Cristo⁴.

De modo semejante, el mismo Pablo escribía a los Corintios: *Jesús ha sido hecho por Dios para nosotros sabiduría* (1 Cor 1,30). Sabiduría encarnada. Porque en cuanto Dios es la misma Verdad, la Verdad increada, substancial, primera y última, a la que debe ajustarse toda verdad creada: *Ego sum Veritas, Yo soy la Verdad* (Jn 14,6). Y en cuanto hombre verdadero, su alma está colmada de verdad y sabiduría: por su ciencia beatífica, por la cual, desde el primer instante de su encarnación, veía a Dios cara a cara, con más claridad que los ángeles, y en Dios, veía todas las cosas, cuanto existe, ha existido y existirá, con toda la perfección con que pueden ser vistas y entendidas; por su ciencia infusa, también desde el primer instante, han sido patrimonio de su alma todos los conocimientos que puedan adquirir los hombres en sus incesantes desvelos, a través de los siglos, y otros muchos que jamás llegaremos a

⁴ Cf. *Ibidem*, n. 82.

alcanzar, y los misterios todos del orden sobrenatural; y por su ciencia adquirida y experimental, por la cual aprendió lo que son nuestras penas y trabajos para poder penetrar con su propia experiencia personal la hondura de nuestras dolencias, como dice la Epístola a los Hebreos (Heb 4,5).

Todos estos tesoros, escondidos en Dios, se ponen a nuestra disposición en el Corazón que Jesucristo nos ofrece abierto. Ya no están, pues, *absconditi*, escondidos, sino para quien no los busca. Para el que los anhela, están, en cambio, abiertos, ofrecidos, para que beba quien tiene sed, para que encuentre luz el quiera ser iluminado, para que halle calor quien desee enfervorizarse. Jesús es, desde su Corazón divino-humano, *la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (Jn 1,9), y la razón por la cual quien lo sigue *no camina a oscuras, sino que tiene la luz verdadera* (Jn 8,12). Todo cuanto Jesús “hizo y enseñó”, y sus evangelistas transcribieron, y lo que Pablo, Pedro, Santiago, Juan y los demás autores del Nuevo Testamento predicaron ahondaron y pusieron por escrito, está allí, en ese Corazón vivo y vivificador, plasmado en carne, para que lo aprenda el que se acerca a leer con los ojos del alma. Con cuánta razón, en el formulario llenado ocho días después de su entrada en el Carmelo, Isabel de la Trinidad, respondiendo a la pregunta «¿Qué libro preferís?», respondió: «El alma de Cristo; Ella me entrega todos los secretos del Padre que está en los cielos»⁵ Había entendido claramente lo que aquí tratamos de explicar.

Por eso, no es cierto que el amor es ciego. El amor divino que Dios infunde en nuestras almas está iluminado por los infinitos tesoros de sabiduría y de ciencia depositados en el Corazón de Cristo. En esta vida,

⁵ M. M. PHILIPPON, *La dottrina spirituale di Suor Elisabetta della Trinità*, Morcelliana, Brescia 1945, p. 43.

en que a menudo navegamos como entre tormentas y tinieblas, el Corazón de Jesús, con sus tesoros inagotables de sabiduría y de ciencia, es un faro salvador. Toda la ciencia que necesitamos acerca de las criaturas allí la encontramos; toda la sabiduría que precisamos acerca de Dios, allí la hallamos. No es el saber que la ciencia humana nos ofrece de las cosas, que no sacia el alma y se detiene forzosamente en los confines que la naturaleza racional, dejada a sus solas fuerzas, no puede traspasar, sino el conocimiento que nos otorga el don del Espíritu Santo que llamamos don de ciencia: nos hace juzgar con rectitud de las criaturas, ve sus cualidades y las contrapesa con sus límites, y desengaña al hombre de todas las fascinaciones y mentiras con que el mundo encandila a los hombres mundanos; esa ciencia que nos da un perfecto y sopesado conocimiento de nosotros mismos, del valor de las cosas creadas, de nuestro fin y de nuestro estado; suscita en nosotros gratitud por los bienes recibidos y arranca nuestro llanto penitente por los pecados cometidos. Allí hallamos también toda la sabiduría de las cosas divinas, pero no aquella que brinda la más alta filosofía ni tan solo la que procura la misma teología sagrada, sino una más alta todavía: la que nos dan los dones de entendimiento y de sabiduría. El primero otorgándonos una claridad intelectual de los misterios divinos –como puede alcanzarla el hombre viador– y de nuestro fin último, el segundo aportando experiencia y connaturalidad con las realidades espirituales.

Escribiendo a los Corintios, San Pablo decía: *no he querido saber otra cosa que a Cristo Jesús* (1 Cor 2,2). Una vez conocido lo que guarda en su Corazón, ya nada fuera de Él nos contenta. En su último retiro, Santa Isabel de la Trinidad meditando una frase de la Esposa del Cantar de los Cantares (Ct 6,12), experimentaba análogos deseos de no querer saber ya más nada que lo que enseña el Corazón divino: «*Nescivi! No supe ya nada*. Así dice la esposa de los Cantares, después de haber sido

introducida en la cámara del misterioso vino (...) *Nescivi*. Ya no sé nada más; nada más quiero saber sino *conocer a Jesús, tener parte en sus sufrimientos y llevar el sello de la conformidad con su muerte* (cf. Flp 3,10)»⁶.

⁶ SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Últimos Ejercicios*, Jueves 16 de agosto.

15.
CORAZÓN DE JESÚS
EN QUIEN HABITA TODA LA PLENITUD
DE LA DIVINIDAD

Cor Iesu, in quo habitat omnis plenitudo divinitatis

P. Esteban Dumont, Sacerdote argentino
Monje misionero en Turquía

«Esta letanía nos introduce en el misterio de Cristo: Dios-Hombre, que alcanza una profundidad particular cuando miramos a la Cruz «¡He aquí el hombre! ¡He aquí el Crucificado! ¡He aquí al Hombre totalmente despojado! ¡He aquí al Hombre *destrozado a causa de nuestros pecados!* ¡He aquí al Hombre *cubierto de oprobios!* Y, al mismo tiempo: ¡he aquí al Hombre-Dios! En Él habita toda la plenitud de la divinidad»¹.

Imaginémonos a Jesucristo Nuestro Señor mostrándonos su Sagrado Corazón con todos sus atributos divinos y perfecciones, y dentro de Él las tres Divinas Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; es decir, toda la plenitud de la deidad.

Pidamos en esta meditación «¡Sagrado Corazón de Jesús! En quien habita la plenitud de la divinidad, yo te adoro desde el abismo de mi nada con profunda humildad y reverencia, como a mi Dios y Señor, y te suplico que me permitas morar en ti, para que Tú, mi Dios y Señor te dignes también morar en mí»².

San Pablo en la carta a los Colosenses afirma que en Jesucristo habita la plenitud de la divinidad: *Mirad, que nadie os engañe con filosofías falaces y vanas, fundadas en tradiciones humanas, en los elementos del mundo y no en*

¹ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (15/9/1985).

² RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 245.

Cristo. Pues en Cristo habita toda la plenitud de la deidad corporalmente, y estáis llenos en Él, que es la cabeza en todo principado y potestad (Col 2,8-10).

¿Qué se entiende por «plenitud de la divinidad»?

San Pablo escribe que en Cristo *habita toda la plenitud de la deidad*, es decir, la plenitud de las perfecciones divinas y toda la Santísima Trinidad, es decir, las tres Personas Divinas en la unidad de una sola naturaleza divina.

Pero dice además San Pablo que habita toda la plenitud de la deidad en Cristo *corporalmente*, ya que el Verbo se encarnó y se manifiesta de una manera tangible en su sagrada humanidad.

Es por eso que podemos decir que el Padre está en el Hijo y en el Espíritu Santo; y que el Hijo está en el Padre y en el Espíritu Santo y que el Espíritu Santo está en el Padre y en el Hijo, porque cada una de las tres personas está en la misma naturaleza divina y con ella se identifica.

Y porque donde está el Hijo también está el Padre y el Espíritu Santo, afirmamos que en la naturaleza humana de Jesucristo, en su Corazón divino, están también el Padre y el Espíritu Santo, aunque por distinta razón.

Como explica San Francisco de Sales «Así como el hierro encendido tiene la naturaleza del hierro y del fuego, pudiéndose llamar hierro y fuego al mismo tiempo, así Jesucristo es verdadero Dios por razón del fuego de su divinidad y verdadero hombre por razón del hierro de su humanidad. Pero como el hierro encendido no deja de ser hierro duro y pesado, por más que esté unido al fuego, y el fuego no deja de ser fuego luminoso y ardiente, por más que esté unido al hierro, así la humanidad de Jesucristo no deja de ser pequeña y pasible aunque esté

unida a la divinidad, y la divinidad no deja de ser omnipotente y gloriosa, aunque esté unida a la humanidad»³.

Este es el gran misterio de la Santísima Trinidad que nosotros adoramos sin comprenderle, pero creyendo que «sólo hemos sido salvados, si Jesucristo comparte en su persona la plena vida divina»⁴.

Jesucristo el Verbo Encarnado es el «Camino» para ir al Padre y nadie va al Padre sino por Él (cf. Jn 14,6). Por eso, el confesar la divinidad de Jesucristo debe movernos, «a la práctica de las virtudes de la trascendencia: fe, esperanza y caridad, y, de éstas, a la urgencia de la oración y contemplación incesantes, y a la conciencia de la necesidad de las purificaciones activas y pasivas del sentido y del espíritu»⁵.

¿Cómo se manifiesta la divinidad en el Corazón de Jesús?

Si bien la plenitud de la divinidad está en toda la humanidad de Jesucristo, es decir, en su alma y en su cuerpo, la adoramos principalmente en su Corazón divino ya que es símbolo de su voluntad y amor. Su Sagrado Corazón «viene a ser como un santuario donde se recogen y concentran los atributos divinos, para bien de nuestras almas»⁶.

Adoramos la divinidad en su Sagrado Corazón, porque dada nuestra pobre y miserable condición de pecadores, necesitamos un Dios que tenga compasión de nosotros y nos otorgue su perdón; y estos divinos atributos, es decir, su amor, su misericordia y perdón, se manifiestan más palpables en su Corazón divino. Como escribía San Rafael Arnáiz:

³ Citado en RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, pp. 253-254.

⁴ SAN JUAN PABLO II, *Alocución a la Comisión Teológica Internacional* (06/10/1981), 4; OR (25/10/1981), p. 12.

⁵ *Directorio de Espiritualidad del Instituto del Verbo Encarnado*, «La divinidad de Jesús», 22.

⁶ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 257.

«Solo el insensato que no adore la Pasión de Cristo, la Cruz de Cristo, el Corazón de Cristo, puede desesperarse en sus propios dolores»⁷.

San Agustín en sus *Confesiones* nos habla acerca de cómo se nos manifiesta la divinidad en el corazón de Jesús: «Pregunté a la tierra si era mi Dios, y díjome que no, y todas las cosas que hay en ella dijeron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a todos los animales que hay en ellos, y respondiéronme: No somos tu Dios; búscalo sobre nosotros. Pregunté al aire y a todas las cosas que moran en él, y confesó y dijo: No soy tu Dios. Pregunté al cielo, al sol, la luna y las estrellas, y también me dijeron: No somos tu Dios. Y finalmente pregunté a todas las cosas que están fuera de mí, y pedí que me diesen nuevas de mi Dios; y todas a grandes voces me dijeron: Él nos ha criado. Pasé adelante y pregunté a esta máquina del mundo: Dime, ¿eres tú mi Dios, o no? Y me respondió con vos sonora: No soy yo, más por Él existo; el que buscas en mí, Ése es el que me hizo. Búscale sobre mí, que Él es el que me rige y el que me fabricó»⁸.

Jesucristo dijo *El Padre y yo somos una sola cosa* (Jn 10,30), *...quien me ha visto a mí ha visto al Padre* (Jn 14,9). Esto significa que para poder ver a Dios, para poder encontrarlo, no tenemos más que acercarnos al Corazón de Jesús.

En ese Corazón divino encontramos a Dios, pero un Dios *anonadado* como nos enseña San Pablo: *Se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres* (Flp 2,17). Y es justamente en ese anonadamiento de su Corazón divino, destrozado por nuestros pecados, donde vemos la grandeza de su amor por nosotros.

⁷ JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO, *Ejercicios Espirituales con el Hermano Rafael*, en *Dios y mi alma* (7/4/1938), 1144 (1147).

⁸ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro X, cap. V, n. 150.

Nuestro Señor por medio de su Corazón divino nos llama permanentemente a la conversión, quiere que entremos en su corazón para que Él pueda entrar en nosotros y así tomar posesión de nuestra vida. Nos abraza paternalmente con su misericordia de buen padre como con el hijo pródigo (cf. Lc 15). Quiere darnos la vida divina de la gracia para poder entrar en nuestro corazón y en él reinar para siempre, de tal manera que lo amemos y busquemos cumpliendo su santa voluntad en todas las cosas.

Terminar con un coloquio de amor con Nuestro Señor. Jesucristo, nuestro Dios por la plenitud de la divinidad y nuestro hermano por la naturaleza humana, nos invita a poner nuestra morada en su amable Corazón. Y nosotros ¿de qué modo vamos a responder a su llamado?

«Quien me diera Dios mío, que yo no tuviera otra vida que la de tu Corazón divino; ni otro sentir, ni otro pensar, ni otro querer. ¡Oh mi buen Jesús!, permíteme la entrada en ese tan dulce Corazón, aunque ya sé que no lo merezco por mis ingratitudes y pecados. Más todavía: oblígame a entrar. Señor a pesar de mi resistencia, con la fuerza omnipotente de tu gracia. Y si algún día pretendiera salir de tan santa morada, no lo consientas Señor; antes quítame la vida pues sólo la quiero para emplearla en tu divino servicio»⁹.

⁹ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 259.

16.
CORAZÓN DE JESÚS
EN QUIEN EL PADRE SE COMPLACIÓ MUCHO

Cor Iesu, in quo Pater sibi bene complacuit

P. Rodrigo Fernández, Sacerdote peruano
Misionero en Perú

Para los hijos es siempre un gozo enorme poder ver felices a sus padres. Esta es la razón por la cual nos esforzábamos en complacer a nuestros padres cuando éramos niños. Sabíamos que para alegrarlos y verlos felices, no había más que obedecer lo que ellos nos pedían o cumplir lo que esperaban de nosotros. Incluso ahora, aunque seamos hijos ya bastante grandes, sabemos que una forma de alegrar a nuestros padres es acudir a ellos por consejo o mostrarles con gratitud que sus enseñanzas han calado en nosotros.

El motivo que tenemos para buscar la complacencia de nuestros padres o de otras personas que amamos, es justamente eso, el amor. Pues solo el amor puede causar las grandes entregas que tenemos en nuestras vidas:

- Ya sean las que se hacen *una vez en la vida*, porque son *absolutas, extraordinarias y muestras de un amor hasta el extremo*. Por ejemplo, el contraer matrimonio, entrar en la vida consagrada o aceptar una gran Cruz que puede cambiar nuestra vida.

- Ya sean las entregas que se hacen *cotidianamente* –y justamente en esto consiste su grandeza– *uniéndonos a la voluntad del amado en lo pequeño y ordinario*. Por ejemplo, como un esposo se esfuerza en servir a su esposa en la vida de hogar o un religioso sirve a Cristo a través de su vida en comunidad.

La intención más pura que podemos tener para agradar a otra persona es *el amor* que le tenemos. Por supuesto, este amor y el consiguiente deseo de complacer al otro debe estar fundado en la verdad, el bien y la gracia. Mientras mayor sea la verdad, el bien será más grande y, en consecuencia, el amor más intenso, siendo elevado por la gracia al rango de caridad teologal. Con razón dice la esposa del Cantar de los Cantares (8,6): *ponme como un sello sobre tu corazón... que es fuerte el amor como la muerte...*

Nadie buscó complacer más al Padre que su Hijo amado, Jesucristo. Nadie lo ama tanto ni busca cumplir tan perfectamente su voluntad como el mismo Hijo de Dios, quien llegó hasta el extremo de entregarse totalmente por amor en la Cruz. Que el Espíritu Santo nos ilumine para poder meditar acerca de esta verdad y así busquemos complacer a nuestro Padre Celestial, uniéndonos a los Sagrados Corazones de Cristo y María.

1. El Padre se complace en el Hijo

El primero de los cantos de Isaías sobre el Siervo de Yahveh nos revela la presentación que hace el Padre de su elegido por boca del profeta: *He aquí a mi Siervo, a quien sostengo yo; mi elegido, en quien se complace mi alma* (Is 42,1).

El mismo Padre hablará siglos después –y sin mediación de profetas– en el Bautismo de Cristo y en su Transfiguración. En estas ocasiones ya no lo llamará Siervo sino *mi Hijo el amado, en quien tengo mis complacencias* (Mt 3,17) y también *mi Hijo el Amado, en quien me complací* (Mt 17,5).

Queda claro que el Padre desea presentar a su propio Hijo, como Aquel en quien el mismo Dios puede encontrar plenamente su agrado. ¿A qué se debe esta complacencia? La razón es que Cristo es quien cumple más perfectamente la voluntad del Padre, tanto en la vida oculta y ordinaria

de Nazareth como en la glorificación suprema de la Cruz al declarar *Todo está cumplido* (Jn 19,30).

2. El Hijo se complace en nosotros

El mismo Verbo, Sabiduría divina, nos revela que esta complacencia mutua entre el Padre y Él es anterior a todos los siglos: *estaba yo con Él como arquitecto, siendo siempre su delicia, solazándome ante Él en todo tiempo* (Pr 8,30). Pero luego nos dice que así como el Padre encuentra en el Hijo su complacencia, el Hijo encuentra la suya en estar con la humanidad: *recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias los hijos de los hombres* (Pr 8,31). Es decir, se complacía en estar con los hombres, anticipando lo que –una vez Encarnado– diría a sus discípulos: *ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros* (Lc 22,15).

Ese *deseo ardiente* no se ha extinguido en el Corazón de Cristo. Tiene sed de nuestro amor, de un amor que corresponda a ese Corazón que *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo* (Jn 13,1). Era tanto ese extremo de amor que quiso quedarse con nosotros en la Eucaristía. Así dice San Juan de Ávila: «Cuando más ardía el fuego de su amor para con nosotros en su bendito Corazón, instituyó este Santísimo Sacramento, que fue un día antes que padeciese»¹.

Cuando el Hijo encuentra un corazón humano dispuesto a saciar su sed divina de amor, especialmente en la devoción eucarística, es cuando puede decir que en ese corazón *ha encontrado sus delicias*.

3. El Padre quiere complacerse en mí

Aún más, este deseo de encontrar su gozo en la disposición de nuestro corazón hay que entenderlo de manera íntima y personal.

¹ SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras Completas III*, Sermón 49, n. 9, p. 639.

Hasta que no nos hayamos convencido de que Cristo *me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Ga 2,20), no tendremos con Él una relación verdaderamente personal. Una vez que hayamos hecho nuestras esas palabras, veremos: cuánto amor Él ha usado con nosotros, a qué precio de sangre hemos sido comprados (cf. 1 Cor 6,20; 7,23; 1 Pe 1,18-19) y cuánto amor estamos llamados a devolver. Es decir, al sentirnos realmente amados encontraremos nuestras complacencias más elevadas en la fuente de ese amor, sólo Dios.

Justamente en esto desea complacerse el Padre: *ver que nuestro corazón busca complacerse sólo en Él*. De tal modo, que lleguemos a decirle *tu gracia vale más que la vida* (cf. Sl 63), *¿si te tengo a ti en el Cielo que me importa la tierra?* (cf. Sl 73,25). No es otra cosa que vivir la exhortación de San Pablo a los Colosenses (3,1-2): *buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra*.

En resumen, si nuestro corazón encuentra su complacencia en seguir la voluntad del Padre, Él también se complacerá en nosotros. De tal modo que el Padre pueda decir: «He hallado a *N. según mi corazón porque hará en todo mi voluntad*» (cf. He 13,22).

4. Jesús nos dice: dame hijo mío tu corazón

No hay corazón que se haya complacido más en la voluntad del Padre que el Corazón de Cristo. Por lo tanto, si deseamos también nosotros encontrar nuestras complacencias en el Padre, *hay que pedir a Cristo que nos dé su Corazón*.

Sin embargo, para recibirlo debemos tratar de vaciarnos de toda forma de amor mundano, sacando de nuestro pecho el corazón demasiado humano. Podemos escuchar al mismo Cristo anticiparse a este deseo: *Dame, hijo mío, tu corazón y pon tus ojos en mis caminos* (Pr 23,26). Quiere

Jesús que nos vaciemos de nuestro corazón para poder recibir el suyo y así complacernos en el Padre tanto como Él mismo lo hizo en la tierra y lo sigue haciendo en la gloria.

Cuando decimos que Cristo nos pide el corazón, no debemos entenderlo como si nos pidiera una experiencia mística inalcanzable, sino que nos pide enderezar nuestros afectos y criterios de juicio hacia Él. Este es el objetivo de nuestra vida, configurarnos cada vez más con Cristo. De tal modo que al final de nuestra vida podamos decir también: *Todo está cumplido* (Jn 19,30).

5. Conclusión: concédeme tu corazón María

Vemos que en esta dinámica de amores, entregas y complacencias entre lo divino y humano, está siempre Jesucristo. Específicamente, su Sagrado Corazón, un corazón de hombre colmado de amor divino. Por ello, si queremos que Dios Padre encuentre en nosotros sus complacencias, debemos unirnos al Corazón de Cristo para amar al Padre y cumplir su voluntad santísima.

¿Dónde aprendió Jesús a complacer en todo la voluntad de Dios? En el Corazón Purísimo de la Madre del Amor Hermoso. Hagamos entonces un intercambio de corazones haciendo caso a su pedido, demos nuestro corazón a Jesucristo. Es decir, tratemos de que nuestros afectos y criterios de juicio se transformen en aquellos que animaban su Sagrado Corazón.

Para mejor hacerlo, pidamos el corazón de Aquella que formó ese Corazón Santísimo. Luego de Jesucristo, en ninguna otra humanidad Dios se complació más, pues el mismo arcángel le dijo: *has hallado gracia delante de Dios* (Lc 1,30).

Usemos las palabras de San Luis de Montfort: «¡Concédeme tu corazón María!»². Así estaremos pidiendo el corazón de la persona humana que más amó al Padre y en quien Él encontró sus complacencias. Que Ella nos moldee el corazón para complacernos en la voluntad del Padre y así poder imitar a los Sagrados Corazones en cada entrega cotidiana, diciendo: *Hágase en mí según tu Palabra...* (Lc 1,38); *todo está cumplido* (Jn 19,30).

² SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT, *Tratado de la verdadera devoción*, 266.

17.
CORAZÓN DE JESÚS
DE CUYA PLENITUD TODOS HEMOS RECIBIDO

Cor Iesu, de cuius plenitudine omnes nos accepimus

P. Diego Cano, Sacerdote argentino
Misionero en Tanzania

De su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia, así escribe el Evangelista Juan (Jn 1,16). ¿Qué plenitud tenemos en Jesucristo? San Juan, en el inicio del Evangelio, nos dice que Jesucristo es *la luz verdadera que ilumina a todo hombre* (Jn 1,9) y que *está lleno de gracia y de verdad* (Jn 1,14). Tenemos entonces en Cristo la plenitud de la luz, de la gracia y de la verdad. Y como dice el P. Muñana¹: «Entendiendo aquí por gracia todo bien de la voluntad y por verdad el bien de la inteligencia. Y porque tenemos en Jesucristo la plenitud de la gracia y de la verdad, en Él está también, como ya meditamos, el abismo de las virtudes, y los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y la plenitud de la misma divinidad». De estas plenitudes de Jesucristo, «todos hemos recibido».

Participamos de sus virtudes, pues dice: *Os he dado ejemplo, para que como yo he hecho, hagáis también vosotros* (Jn 13,15). Y también participamos de su sabiduría y de su ciencia, pues Él es *camino, verdad y vida* (Jn 14,6).

«¿Qué es lo que determina la plenitud del Corazón? ¿Cuándo podemos decir que el corazón está pleno? ¿De qué está lleno el Corazón de Jesús? Está lleno de Amor»². Nos enseñaba San Juan Pablo II, sobre la plenitud del Corazón de Cristo: «Es un Corazón lleno de Amor del Padre: lleno al modo divino y al mismo tiempo humano. En efecto, el Corazón de Jesús es verdaderamente el Corazón humano de Dios Hijo. Está pues,

¹ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 283.

² SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (13/7/1986).

lleno de amor filial. Todo lo que Él ha hecho y dicho en la tierra da testimonio precisamente de ese amor filial».

«Al mismo tiempo, el amor filial del Corazón de Jesús ha revelado y revela continuamente al mundo el **Amor del Padre**. El Padre, en efecto, *tanto amó al mundo, que le dio su unigénito Hijo* para la salvación del mundo; para la salvación del hombre, para que él *no perezca, sino que tengo la vida eterna* (Jn 3,16). El Corazón de Jesús está por tanto lleno de Amor al hombre. Está lleno de Amor a la criatura. Lleno de Amor al mundo. Esa plenitud no se agota nunca... ni se agotará jamás. De esta plenitud todos recibimos gracia sobre gracia. Sólo es necesario que se dilate la medida de nuestro corazón, nuestra disponibilidad para sacar de esa sobreabundancia de Amor»³.

¿Cómo hizo Cristo para ganar para nosotros esa plenitud de gracia y de verdad? Nos la mereció por los sufrimientos de su sagrada pasión y de su muerte. Nos compró esta plenitud con el precio de su preciosísima Sangre. Todos los trabajos, humillaciones, dolores, y cada gota de sangre y de sudor, ha sido para merecernos la plenitud de su gracia. Dice san Bernardo que «esa Vida fue entregada para comprar nuestra vida»⁴.

¿Cómo nos comunica Cristo esta plenitud de gracia y de verdad? Digamos que Jesucristo es la Bondad por esencia, pues es Dios. Y la bondad, el bien, es difusivo por sí mismo. Y por lo tanto no podía sufrir en su Corazón esa plenitud de bienes y gracias sin comunicarla a nosotros. Dice Fray Luis de León: «De la abundancia de Cristo recibimos gracia por gracia, esto es, de una gracia otra gracia, de aquella gracia que es fuente, otra gracia que es como un arroyo».

³ *Ibidem*.

⁴ *Sermones varios*, Sermón XXII, en *Obras completas de San Bernardo*, vol. VI, BAC, Madrid 1988, p. 189.

Y para comunicarnos los tesoros incalculables de su gracia, fundó la Iglesia, para que continuase su obra de apostolado hasta el fin de los tiempos. Nos dejó el sacerdocio católico, para poder perpetuar su Santo Sacrificio en nuestros altares. Y nos dejó los siete sacramentos que son como siete canales por donde vienen todas las gracias de la fuente, que es el Sagrado Corazón. Y esos siete canales de la gracia, que son los siete sacramentos, por los que recibimos de la plenitud de su Corazón, los encontramos en todos lados, en todo el mundo, «en todas las calles y plazas, en todas las esquinas»⁵. A esa fuente de gracia se pueden acercar todos los hombres, los pobres, los humildes, los enfermos, los sencillos, los afligidos. No se rechaza a nadie, ni se le niega la gracia a nadie, con tal de que se acerque con las debidas disposiciones.

Esta comunicación constante de la gracia de Cristo se nos manifiesta de manera especial en dos sacramentos: en la Comunión y en la Confesión. Este último, viene a ser como aquella Piscina Probática del Evangelio, en la que, cuando el ángel agitaba sus aguas, el primer enfermo que ingresara en ella quedaba curado (cf. Jn 5,4ss). Pero la diferencia es que este sacramento de la Penitencia lo tenemos siempre a nuestra disposición, a cada momento, y todos los que en allí se lavan, quedan curados, cualquiera sea su enfermedad espiritual y sus pecados. El P. Bernardo de Hoyos escribía: «En administrar el sacramento de la penitencia siento gran consuelo por distribuir a las almas la sangre del Corazón Sagrado. Lo cual me enseñó el Señor a hacer con toda perfección, mostrándome una fuente que, saliendo del Corazón Sagrado, destilaba por siete conductos de oro la sangre purísima del Cordero inmaculado, que particularmente corría por un hermoso conducto, cuya llave volvían los sacerdotes»⁶.

⁵ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 285.

⁶ E. HURIARTE, *Vida del Padre B. F. de Hoyos*, p. 366.

En cuanto a la Comunión, el sacramento de la Eucaristía, recordemos que Cristo no ha querido que lo recibamos una sola vez en la vida, o sólo una vez al año, lo cual hubiera sido un gran beneficio, sino que lo podamos recibir todos los días. Y para alcanzar esto, hizo que todos los sacerdotes tuvieran el mismo poder de consagrarle, como lo hizo Él mismo en la Última Cena. De manera que a todas horas, y en todos lados, se está celebrando el Santo Sacrificio del Altar, Jesús se está inmolando por nosotros. Como reza la Plegaria Eucarística III de la Misa: «para que ofrezca en tu honor un sacrificio sin mancha desde donde sale el sol hasta el ocaso» (cf. MI 1,11).

El Padre Muñana, en su preciosa obra, nos hace meditar y considerar los beneficios particulares que hemos recibido de esta plenitud del Corazón de Cristo. No debemos quedarnos en consideraciones generales, sino que lo debemos ver en concreto la acción del amor del Sagrado Corazón en nuestra vida, lo que su plenitud derramó en nosotros. Debemos procurar hacer una suerte de «Contemplación para alcanzar amor», como nos lo enseña San Ignacio al final de los Ejercicios Espirituales, considerando todos los bienes particulares que Dios nos ha hecho, pero especialmente todos los dones sobrenaturales que hemos recibido.

Transcribo literalmente el hermoso texto que el P. Muñana aplica a su propia vida: «En primer lugar la fe cristiana. Porque pudimos haber nacido entre los infieles, pero quiso Dios que naciéramos en país católico; de padres que tenían fe, y que nos educaron cristianamente. A otros el ser católicos les ha costado grandes sacrificios; a mí se me dio de balde. Un solo año de vida en la Iglesia Católica es una cadena ininterrumpida de innumerables gracias, ¿qué serán tantos años como yo llevo? ¿Qué fuera de mí si hubiera nacido de padres infieles?

Dios nos ha conservado esta fe. Tuvimos buenos padres, maestros y educadores. Nos colocó en los colegios y centros de educación cristiana. Y los compañeros de nuestra niñez, ¿dónde están?, ¿fue su suerte cual la nuestra?

En la juventud, ¡de cuántos peligros nos vimos libres! ¡Cuántas veces invocamos a la Santísima Virgen! ¡Cuán incontables fueron las gracias recibidas!

Acaso tengamos que hacer memoria ahora del beneficio inestimable de la vocación religiosa o sacerdotal. Y entonces nos veremos forzados a reconocer que somos, en verdad, de los predilectos del Divino Corazón. Porque, si la vida cristiana en la Iglesia Católica es una ininterrumpida cadena de gracias, ¿qué será la vida religiosa dentro de los santos muros de la casa de Dios?»⁷.

Finalmente, luego de considerar tal cantidad de beneficios, en el orden natural, y sobre todo en el espiritual, debemos reconocer que todos ellos provienen del Corazón de Cristo. Dios nos ha hecho, y nos hace, todos estos dones y gracias, por puro amor de benevolencia. Su Corazón es el manantial de donde brotan con abundancia todos los bienes. «Todo lo que somos y tenemos, la vida natural, los sentidos del cuerpo, las potencias del alma..., la vida divina de la gracia, las virtudes infusas y las otras gracias actuales, todo se nos dio por este Corazón Sagrado, por el amor en él simbolizado»⁸.

Dice San Ambrosio: «En el pecho de Cristo está el tesoro de todas nuestras riquezas... Si deseas curar de tus heridas, Él es médico. Si te abraza la fiebre, Él es fuente. Si te oprime la iniquidad, Él es justicia. Si necesitas ayuda, Él es la fortaleza. Si temes la muerte, Él es la vida. Si deseas el

⁷ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, pp. 286-287.

⁸ *Ibidem*, p. 290.

Cielo, Él es el camino. Si te cercan las tinieblas, Él es la luz. Si buscas alimentos, Él es la comida»⁹.

Santa Margarita María de Alacoque escribía: «no puedo referir todo lo que sé de esta amable devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Quisiera poder descubrir a todo el mundo los tesoros de gracias que Jesucristo encierra en su Corazón adorable, y que tiene designado derramar con profusión sobre todos aquellos que practicaren esta devoción. Estos tesoros son infinitos... ¡No podréis creer cuántas bendiciones derrama esta devoción! Ninguna hay más saludable y santa. Por eso este divino Corazón tiene ardiente sed de ser conocido, amado y honrado de los hombres con obsequios y honores particulares, para tener ocasión de repartir con abundancia sus misericordias y gracias santificantes»¹⁰.

⁹ SAN AMBROSIO, *Libro III de las Vírgenes*.

¹⁰ Citado por RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 291.

18.
CORAZÓN DE JESÚS
DESEO DE LOS ETERNOS COLLADOS

Cor Iesu, desiderium collium aeternorum

P. Gabriel Romanelli, Sacerdote argentino
Misionero en la Franja de Gaza

«Deseo de los collados eternos» es una expresión hermosa y originalísima tomada del libro del Génesis 49,26 cuando el patriarca Jacob moribundo da su bendición a su hijo José diciéndole: *Las bendiciones de tu padre superan a las bendiciones de los montes perennes, a los deseos de los collados eternos*¹.

Esa expresión fue considerada ya en la antigüedad como un signo y título mesiánico. Título que se realizaría, por tanto, en Jesucristo Señor².

Un deseo es la tendencia natural de un ser a su propio bien. Todo ser limitado lo tiene. El ser espiritual creado, también, y con más fuerza aún que los seres irracionales. Esa atracción hacia su perfección la experimenta alguien que necesita de un bien que, en este momento, no lo posee. Pero lo puede poseer. El ser humano desea a Dios y no de cualquier manera, sino que, en lo profundo de su ser desea al Dios Encarnado, al Emmanuel, al Dios con nosotros. Porque para Él, por Él y por medio de Él, el ser humano fue creado (cf. Col 1,16).

La expresión “collados eternos”, como muchísimas expresiones semíticas, nos habla de una manera bella, aunque enigmática, de un lugar precioso. De un lugar agradable, útil, alegre. Un collado es una elevación por medio de la cual se puede pasar de un lado a otro de un monte, o

¹ Neovulgata: Gn 49,26: *Benedictiones patris tui confortatae sunt super benedictiones montium aeternorum, desiderium collium antiquorum.*

² También indica proféticamente el Salmo 71,3: *Que los montes traigan paz, y los collados justicia.*

de un valle a otro, es un lugar elevado, aunque no como un peñón. Es un lugar por donde pasan todos los que caminan por la montaña, de altura en altura (cf. Sl 84,8). Por allí pasan los pastores con sus rebaños. Y allí, como es un lugar más suave que los picos elevados, el rebaño y sus pastores reposan.

La tradición católica ha visto en el Corazón de Jesús ese lugar de ensueño, ese lugar útil, ese lugar en donde rebaño y pastor pueden reposar. Pero no es algo temporario. Cuando uno satisface temporariamente una necesidad, pasado un tiempo vuelve a experimentar ese mismo deseo. Tengo sed, bebo... y poco tiempo después vuelvo a tener sed. El Corazón de Dios Encarnado no es así, aún no lo poseo totalmente, por ello lo deseo, por ello tiendo hacia Él, pero sé que una vez alcanzado en plenitud, no lo perderé jamás. El Sumo Bien, la Esencia de Dios humanado, será la alegría perpetua. No es un collado temporal, un lugar simplemente físico en donde la utilidad es solamente la de pasar de un lado a otro. No, es El Lugar, es la Puerta de las ovejas, el Paso de las praderas de esta existencia al Paraíso Eternal.

Jesús fue, y sigue siendo, el Deseado de las naciones (cf. Ag 2,7 *Vulgata*). Aunque nos cueste a nosotros entender esta expresión. Él fue esperado no solamente por el pueblo de Israel y, entre ellos, la Santísima Virgen María. Él fue esperado y deseado por los pueblos paganos. Certeza que les llegó por medio de tradiciones desde la revelación primitiva. Fueron proclamando de padres a hijos que un día habría de venir *uno*, que colmaría sus deseos. Será rey, guía, maestro, luz, niño divino...³. Las tradiciones son muy diversas y están llenas de lagunas, de errores, pero, viéndolas en su totalidad, nos hablan del deseo de todos los pueblos de

³ Cf. RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, pp. 300-302.

la tierra de la llegada de Aquel que colmaría sus necesidades eternas, de allí el deseo de que llegue, de que aparezca. De él había dicho Libanio: «*¡Si los dioses descendiesen a la tierra!*»⁴.

Nos enseña la Iglesia: «El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar»⁵.

Hoy en día, en medio de las sombras y tinieblas que parecen rodear todo el mundo moral y espiritual, no deja de ser verdad que el ser humano desea a Cristo. Desea, aunque muchas veces sin saberlo, aquellas realidades que solamente los latidos del Corazón de Dios humanado pueden darle. La humanidad no encontrará su gozo y su paz sino cuando vaya en la dirección hacia la cual fue destinada desde la creación. La soledad enorme que experimentan en la actualidad innumerables personas solo puede ser colmada con la compañía de Aquel que dijo, y dice, *a quien viene a mí no lo echaré fuera* (Jn 6,37).

El que yerra el sendero para encontrar el sentido de la vida o incluso aquel que habiéndolo encontrado lo dejó, tenga la certeza de que Él le dice: *Yo soy el camino* (Jn 14,6), *yo soy la puerta* (Jn 10,9-10), *el que me sigue no andará en tinieblas* (Jn 8,12) y llegará.

Quien está sumido en la tristeza, en aquella que causa la presencia de todo mal, físico, moral e incluso espiritual, que escuche la Voz que le dice *venid a mí todos los que andáis tristes y agobiados y yo os aliviare* (Mt 11,28-30).

⁴ Cf. FERNANDO MOURRET, *Historia General de la Iglesia*, vol. II, p. 201, "Canto Antioqueno". Libanio, gran retórico pagano, fue profesor de San Juan Crisóstomo.

⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 27.

Nosotros mismos, queridos hermanos, no debemos abatirnos por los males, reales o percibidos, que nos rodean. Al ver la cantidad de *signos* (cf. Lc 12,54-59; Mt 24,6-7; Tesalonicenses I y II; Apocalipsis de San Juan), nos puede suceder que no solamente pensemos que estamos en los últimos tiempos (¡lo cual es verdad por más que el Regreso del Buen Pastor pueda darse hoy mismo o dentro de otros 2 mil años!) sino que además podemos desesperarnos... «Percibimos» esos males como lo absoluto, casi como si el mal fuera más fuerte que el bien, y eso es metafísicamente imposible. Y, por tanto, también, espiritualmente imposible. ¡El bien siempre es más! Porque el bien está enraizado participativamente en la plenitud de perfección de Dios. El mal es privación y por tanto nunca podrá competir con el bien. El mismo Jesús nos dice: *cuando veáis todos estos signos -muchos de los cuales son ciertamente terribles - ¡elevad la cabeza: se acerca vuestra liberación!* (Lc 21,20-28).

Los santos fueron los mejores seres humanos. Fueron quienes a pesar de todos los pesares iban, y gritando aleluyas de gozo, al lugar de su martirio, porque no temían ningún mal (cf. Sl 22,4) y porque, en definitiva, sabían que para llegar a los collados eternos el escalón a sortear era... simple y solamente... la muerte.

Al ver nuestra indigencia, nuestra miseria y el estado de decrepitud que nos rodea y que, desgraciadamente muchas veces rodea y afea el bellísimo rostro de la Madre Iglesia, tenemos que aprender a levantar la mirada de nuestro corazón y pensar en esas dehesas eternas. En esos prados en donde el Buen Pastor, el *Pastorcico*⁶, nos espera. No dejarse nunca abatir, ni siquiera con la excusa diabólica de entristecernos más de lo debido por nuestras culpas y pecados. Dios se hizo Pastor para venir a buscarme. Sabe de mis rebeldías, de mi ignorancia, de mi debilidad. Por ello se hizo Pastor para guiarme, Cordero para acompañarme y darme ejemplo, Pan

⁶ Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Otras a lo divino de Cristo y el alma*.

para nutrirme, Agua para lavarme, Sangre para perdonarme... Verdaderamente Tú, Sagrado Corazón de Jesús, ¡eres el deseo de nuestro corazón! Aquel ante el cual todo bien hallamos y todo mal vencemos.

Veamos en todos los bienes que nos rodean, bienes de creación, redención y dones particulares, la Presencia de aquel que nos espera en las Alturas. *Duc in altum!* (Lc 5,4).

Contemplemos a Él en la naturaleza, como decía el Beato Alberto Marvelli: «Si yo no amara a Dios, creo que llegaría a amarlo estando en la montaña. ¡Qué paz, qué serenidad, qué belleza! Todo habla de Dios. Es imposible no reconocer la obra del Creador»⁷.

Tratemos de encontrar a Jesús en nuestro interior. Pero, sobre todas las cosas, deseemos estar con Jesús Eucaristía. Es el único Sacramento que contiene la Substancia de Dios. El único sacramento que YA contiene en plenitud el Corazón de Jesús. El mismo Beato nos dice: «¡Qué bello es ser puro! ¡Cuánta sencillez en el corazón, cómo se admiran las obras de Dios!... Pero, sobre todo, un corazón puro gusta la alegría del alma, de la unión íntima y continua de Dios, de la contemplación de su semblanza bajo las especies eucarísticas!».

Digamos nosotros también, con San Juan de la Cruz, al Corazón de Jesús:

*Gocémonos, Amado;
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura*⁸.

⁷ Cf. NATALINO VALENTINI-ROBERTO DI CEGLIE, *Alberto Marvelli, Fedeltà a Dio e fedeltà alla storia*, Edizioni Messagero Padova, Padova 2004.

⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual*, 36.

19.
CORAZÓN DE JESÚS
PACIENTE Y MUY MISERICORDIOSO

Cor Iesu, patiens et multæ misericordia

P. José Vicchi, Sacerdote argentino
Misionero en España

Introducción

Entre las virtudes del Corazón hipostático de Jesús que nos invitan a cantar las letanías adoramos desde luego, la invencible paciencia con que nos sufre y la copiosa misericordia con que nos perdona.

Paciencia y misericordia del Corazón de Jesús

El fundamento de esta letanía lo encontramos en los Evangelios, por tanto, debemos dirigirnos con devoción a las Sagradas Escrituras para descubrir que en él subyace el *Corazón de Jesús, paciente e inmensamente Misericordioso*.

Así lo expresa San Juan Pablo II: «¿No es tal vez así el Corazón de Aquel que *pasó haciendo bien* a todos (He 10,38)?

¿De Aquel que hizo que los ciegos adquiriesen la vista, los cojos caminasen, los muertos resucitasen? ¿Que a los pobres se les anunciara la Buena Nueva (Lc 7,22)?

¿No es tal vez así el Corazón de Jesús, que no tenía Él mismo dónde reclinar la cabeza mientras que los lobos tienen sus guaridas y los pájaros sus nidos (Mt 8,20)?

¿No es tal vez así el Corazón de Jesús, que defendió a la mujer adúltera de la lapidación y luego le dijo: *Vete, y de ahora en adelante no peques más* (Jn 8,3-10)?

¿No es tal vez así el Corazón de Aquel que fue llamado *amigo de publicanos y pecadores* (Mt 11,19)?

Más aún, sobre todo releamos este Corazón en el momento de la Crucifixión. Cuando ha sido traspasado por la lanza. Cuando se ha desvelado hasta el fondo el misterio en Él escrito»¹.

El Corazón paciente de Jesús

La paciencia, según San Agustín, es la igualdad de ánimo, que deshace del corazón la tristeza ocasionada por las cosas adversas, cuando están presentes. Podemos definirla también diciendo que es «la virtud que nos inclina a soportar los sufrimientos, sin arrebatos de ira y sin abatimientos de tristeza»².

El Corazón de Jesús es modelo de paciencia. Así como el Corazón de Jesús es símbolo de su doble amor divino y humano, así hemos de ver en Él representada la infinita paciencia de Jesucristo en cuanto Dios, y su inagotable paciencia en cuanto hombre; porque los sentimientos todos del Corazón de Cristo se acomodan perfectísimamente al querer de la voluntad divina³.

La paciencia del Corazón de Jesús es también un inmenso sufrimiento por los pecados de los hombres con los que tanto le ofendemos. Mas, en vez de castigarnos cual mereceríamos, satisfizo por nosotros con su muerte de cruz; y todavía nos aguarda pacientemente, para que nos arrepintamos de nuestras culpas, nos aprovechemos de las gracias que nos ganó en el Calvario, y obtengamos, al fin, el perdón y misericordia⁴.

¹ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (2/6/1985).

² Cf. RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 312.

³ Cf. *Ibidem*, p. 327.

⁴ Cf. *Ibidem*, p. 328.

Es así que, esta paciencia de Jesucristo, concluye Ramón de Muñana, «es el fundamente de su inextinguible misericordia, pues los mismos sufrimientos que le causamos con nuestros pecados son el principal motivo de su indulgencia y perdón»⁵.

Corazón infinitamente misericordioso

La misericordia, por su parte, enseña San Agustín en la *Ciudad de Dios*⁶ es «la compasión que nuestro corazón siente por la miseria ajena, y que nos impulsa a socorrerla en cuanto nos es posible». La misericordia nace del amor y se mide por él; o, por mejor decir: el amor se transforma en misericordia, cuando ve sufrir a los que ama.

Dios no puede ser misericordioso en el sentido riguroso de esta palabra, porque, siendo infinitamente feliz, no cabe en Él la compasión, ni puede temer la miseria ajena (pues Dios es espíritu puro, no tiene ni cuerpo, ni pasiones). Se le atribuye la misericordia, no por razón del sentimiento, sino según la voluntad, por los efectos que la virtud de la misericordia produce en los desgraciados (el perdón de los pecados, por ejemplo). Y así la misericordia es el más consolador de los atributos divinos. Decía San Agustín: «Mayor es la misericordia de Dios, que todas las miserias de los hombres».

De esta manera entonces, para ser Dios misericordioso en el sentido riguroso de esta palabra, se hizo hombre y así ya tiene corazón como el nuestro, que pueda sufrir y compadecer⁷. Es por eso que San Pablo escribiendo a los Hebreos dice que Jesús *hubo de asemejarse en todo a sus hermanos, a fin de hacerse pontífice misericordioso y fiel, en las cosas que tocan*

⁵ *Ibidem*.

⁶ Libro IX, cap. 5.

⁷ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 316.

a Dios, para expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto Él mismo padeció siendo tentado, es capaz de ayudar a los tentados (Heb 2,17-18).

En Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, resplandecen por tanto ambas virtudes de modo eminente. Los sentimientos de Su Corazón Sagrado rebosan de paciencia y misericordia infinitas.

Venid a Mí (Mt 11,25)

Acojámonos a los tesoros de la paciencia y misericordia del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Confiemos ilimitadamente en Él. Pues, teniendo delante estas verdades ¿cómo podemos desconfiar? Miremos lo que nos enseña al respecto el gran Maestro San Juan de Ávila, cuando en una de sus cartas, buscando levantar el ánimo de una mujer atribulada, pone en boca del Señor estas palabras: «¿Cómo os negaré a los que me buscáis por honrarme, pues salí al camino a los que me buscaban para maltratarme? Ofrecíme a soga y cadenas que me lastimaban, ¿y he de negarme a los abrazos y corazón de cristianos donde descanso? Me di a los azotes y entregué a la columna, ¿y he de negarme al alma que me desea? No volví mi cara a quien me la hería, ¿y he de volverla a quien se tiene por bienaventurado en mirarla y para adorarla? ¡Qué poca fe es ésta, viéndome de mi voluntad despedazado, en manos de perros por amor de los hijos, y estar los hijos dudosos de mí si los amo, amándome ellos! Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿A quién desprecio yo que me quisiese? ¿A quién desampararé que me llamase? (Sir 2,10). ¿De quién hui que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué a los apartados y sucios. Importuno yo a los que no me quieren, ruego yo a todos conmigo, ¿qué

causa hay para sospechar olvido donde tanta diligencia hay en amor y enseñar el amor?»⁸.

Debemos adentrarnos, queridos hermanos, en este horno de Amor divino que es el Corazón de Jesús para lograr tener un *conocimiento interno* del mismo, como exhorta San Pablo: *tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús* (Flp 2,5).

Ahora bien, para «calar» este Corazón Santísimo no hay mejor camino que María. San Juan Pablo II nos exhorta a mirar el Corazón de Jesús *junto* a María⁹, junto con Ella escrutar el interior de este Corazón.

Que Ella nos alcance esta gracia.

⁸ SAN JUAN DE ÁVILA, *Epistolario*, Tomo I, carta 20.

⁹ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (2/6/1985).

20.
CORAZÓN DE JESÚS
RICO CON TODOS LOS QUE TE INVOCAN

Cor Iesu, dives in omnes qui invocant te

P. Daniel Cima, Sacerdote argentino
Misionero en Italia

Los santos Evangelios nos narran cómo las personas, sobre todos los enfermos y los más necesitados, cuando sabían que Jesús iba a una cierta región o ciudad, iban allí para tener ocasión de ser sanados y consolados por Nuestro Señor (cf. Mc 6,53-56). Bien podemos imaginarnos a Cristo con el corazón visible en su pecho, escuchando con afabilidad a todos aquellos afligidos, curándolos y consolándolos a todos con tanta paciencia y ternura¹.

También cada uno de nosotros tiene tanto que sanar y que obtener de su tierno corazón; pero para ello es bueno que entendamos algunas verdades, que pueden ayudar a acudir a Jesús y obtener aquello de lo que tenemos necesidad.

Dios escucha siempre nuestras plegarias

De ello nos da sobradas pruebas la Biblia: *Invocaré a Dios con toda mi voz, gritaré a Dios, y él me escuchará* (Sl 77,2). Y tenemos tantos ejemplos de cómo Dios siempre escucha las súplicas. Escuchó a Ismael en el desierto, cuando con su madre Agar fue despedido de casa por el patriarca Abraham, y el Señor les envió un Ángel que les socorriera y les prometiera de parte suya que había de hacerles un gran pueblo, y así Dios estuvo con el niño (Gn 21,10-20). Escuchó Dios a Moisés, cuando

¹ Seguimos en el desarrollo de este tema algunas ideas de RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, pp. 333-350.

luchando el pueblo de Israel con los amalecitas triunfaban los hebreos mientras Moisés estaba en oración con las manos levantadas, por lo que fue preciso que Aarón y Hur le sostuvieran los brazos en alto para que pudiera perseverar en la oración hasta la victoria total de su gente. Escuchó Dios al anciano Tobías, en medio de sus muchas penas, como también a Sara, la hija de Ragüel, insultada por las esclavas de su padre. Dice el arcángel San Rafael a Tobías *Cuando orabas tú y tu nuera Sarah yo presentaba ante el Santo vuestras oraciones...* y fueron acogidas favorablemente ante la gloria de Dios las plegarias de Tobit y de Sara (Tb 3,16-17 y 12,12-13). Escuchó Dios al joven Daniel (Dn 9,17-19). Escuchó Yahvé la plegaria que hizo la casta Susana, calumniada por aquellos viejos voluptuosos; escuchó Dios a Esther y Mardoqueo, perseguidos de muerte por el impío Amán; escuchó el Señor a los tres jóvenes que oraban siendo arrojados en el horno ardiente de Babilonia. Todas las oraciones fueron escuchadas por Dios. Es por eso que nos asegura la Escritura: *La oración del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada* (Sir 35,21).

Dios puede concedernos lo que le pidiéremos

¿No es omnipotente? ¿Quién se atreverá a poner límites al poder de Dios? ¿No es Él acaso dueño absoluto y el Señor de todo cuanto existe? De Él son los tesoros del cielo y de la tierra; de Él son las fuerzas de la naturaleza; suyos son los misterios de la gracia; en sus manos divinas están los corazones de los hombres; y todos los ángeles del cielo obedecen fielmente a sus mandatos. Fuera del pecado nada hay que nosotros podamos pedirle al Señor y que Él no nos lo pueda otorgar. Por eso decía desafiante San Bernardo: «Si halláis algo imposible para Dios, desconfiad y buscad otro; pero si no lo halláis, ¿por qué no os arrojáis con viva fe en sus brazos».

Dios nos quiere conceder lo que le pidamos

Él es infinitamente bueno, es generoso, es magnánimo, es nuestro Padre amoroso y está sumamente interesado en nuestro bien y en complacernos de todo cuanto le pidiéramos. Dice la Sagrada Escritura: *¿Quién confió en el Señor que fuese confundido? ¿O quién perseveró en su temor y fue abandonado? ¿O quién le invocó y se sintió defraudado?* (Sir 2,9-12).

¿Por qué no conseguimos siempre cuanto le pedimos?

Ya en su tiempo San Agustín nos enseñaba que por una de estas tres razones es que no siempre alcanzamos lo que pedimos: «*Quia Mali... quia mala... quia male...*». Es decir: Porque somos malos; porque pedimos cosas malas (o que no nos convienen); porque pedimos mal, es decir, sin las condiciones que deben acompañar a una oración bien hecha.

No obtenemos de Dios lo que queremos porque somos malos. Decía Yahvé a los judíos por medio del profeta Isaías: *Cuando alzáis vuestras manos, yo cierro mis ojos; cuando hacéis vuestras muchas plegarias, yo no escucho. Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, limpios, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid y entendámonos, dice Yahvé: aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían limpios como la nieve. Aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana blanca* (Is 1,15-18).

Por eso el mismo San Pablo dice: *Quiero que los hombres oren en todo lugar, alzando las manos limpias, exentas de todo encono y disensión* (1 Tim 2,8).

No alcanzamos lo que pedimos porque pedimos cosas que no nos convienen. El Apóstol San Juan nos lo confirma: *Tenemos plena confianza de que Dios nos escucha si le pedimos algo conforme a su voluntad. Y sabiendo*

que Él nos escucha en todo lo que le pedimos, sabemos que ya poseemos lo que le hemos pedido (1 Jn 5,14-15). Esto mismo nos lo enseña San Juan Damasceno: «La oración es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes»².

Dice un autor espiritual acerca de esta materia: «El Ángel de la oración con una mano presenta las oraciones de los hombres a Dios, y con otra derrama las bendiciones de Dios sobre la tierra. A cada cual lo que pida si le conviene; pero si no le conviene, otra gracia que Dios ha escogido entre las que le convengan. Orad, pues, y no murmuréis contra Dios. Porque en el día del juicio os podrá confundir con toda la lista de las oraciones que habéis hecho, probándolos cuánto mejores son las gracias que os dio, que las que vosotros pedíais. Vosotros oráis como terrenos y Él os concede como celestial. Vosotros oráis como quien se odia y Él os concede como Padre amantísimo. En fin, vosotros pedís mezquindades, confites, muñecos, tonterías ... y Él os concede como Dios gracias santificante, santidad, predestinación, gloria. Os quejáis de que no os conceda nada. Y ¿qué sabéis lo que Dios os concede o no os concede?»³.

En fin, no obtenemos lo que deseamos porque pedimos mal; rezamos sin atención, sin humildad, sin suficiente confianza y sin perseverancia, cosas todas que deben acompañar siempre todas nuestras oraciones. Entre esas deficiencias quizás la que más impide ser atendidos en la oración es porque nos falta esa humildad perseverante que conmueve el corazón divino y que lo mueve a atender nuestras súplicas. Dice muy hermosamente el Catecismo de la Iglesia Católica: «¿Desde dónde hablamos cuando oramos? ¿Desde la altura de nuestro orgullo y de nuestra propia voluntad, o desde *lo más profundo* (Sl 130,1) de un corazón

² SAN JUAN DAMASCENO, *Expositio fidei*, 68 [*De fide orthodoxa* 3, 24].

³ REMIGIO VILARIÑO, *Caminos de vida (Lecturas para Ejercicios)*, Ed. El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1938, vol. III, p. 14.

humilde y contrito? El que se humilla es ensalzado (cf. Lc 18,9-14). La humildad es la base de la oración. *Nosotros no sabemos pedir como conviene* (Ro 8, 26). La humildad es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios (San Agustín, *Sermo* 56, 6, 9)»⁴.

Juntamente a esa humildad perseverante es absolutamente necesaria la fe que nos impulse a abandonarnos confiadamente en el Señor, persuadidos que cuanto Él quiere se cumple. Lo vemos, por ejemplo, en el centurión al cual Jesús elogia por su fe: *Os digo que en nadie en Israel he hallado tanta fe* (Mt 8,11); o en aquella hemorroisa que desde hacía doce años padecía flujo de sangre y que fue sanada instantáneamente al tocarle el orlo del manto de Jesús con una fe y una confianza total: *Hija, ten confianza, tu fe te ha salvado* (Mt 9,22).

De alguna manera nuestra humildad, fe y confianza en el Señor son la medida de aquellas gracias que le solicitamos; de su parte está su voluntad de comunicarnos generosamente cuanto le pidamos, pero no siempre nuestras disposiciones son las mejores. Es como si a cada uno de nosotros le dijese Jesús lo que les dijo a aquellos ciegos que le imploraban ser sanados: *Que suceda como vosotros habéis creído* (cf. Mt 9,27-30).

Acudamos confiadamente al Sagrado Corazón, rico para todos los que lo invocan

Hemos de movernos a reavivar nuestra fe y confianza, hemos de ser humildes y perseverantes en recurrir al Sacratísimo Corazón de Nuestro Señor sabiendo que es generosísimo con todos aquellos que lo invocan y se refugian en Él. ¿No dijo Él *pedid y se os dará; buscad y hallaréis;*

⁴ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 2559.

llamad y se os abrirá, porque el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama se le abrirá (Mt 7,78)?

El Sagrado Corazón de Jesús, parte integrante y principal de la humanidad santísima de Cristo, unido substancialmente al Verbo divino, escucha siempre nuestras plegarias. Y porque así lo creemos, y de ello tenemos plena certeza, a Él acudamos con total confianza en busca de remedio para todos nuestros males, sabiendo que este Corazón divino es rico con cuantos acuden a Él y le suplican.

Si no sabemos bien cómo hacerlo acudamos a María Santísima, para que Ella nos enseña a abrirlo con sus maternales plegarias como lo hizo en las bodas de Caná. Con San Juan Pablo II digamos a María:

«Tú conocías Su Corazón. Sabías que es generoso para aquellos que lo invocan. Con Tu oración en Caná de Galilea hiciste que el Corazón de Jesús se revelase en su generosidad. Este es el Corazón generoso, puesto que en Él habita efectivamente la plenitud»⁵.

Que siempre vivamos, y que tengamos inclusive la gracia de morir, con nuestros labios que una y otra vez repitan la más dulce y consoladora de letanía *¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío!*

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus*, (3/8/1986).

21. CORAZÓN DE JESÚS FUENTE DE VIDA Y DE SANTIDAD

Cor Iesu, fons vitæ et sanctitatis

*P. Salvador Curutchet, Sacerdote argentino
Misionero en Canadá*

La palabra fuente tiene muchas acepciones, como ser: «*Aparato o artificio con que se hace salir el agua en los jardines y en las casas, calles o plazas, para diferentes usos*» o «*Principio, fundamento u origen de algo*»¹.

Fundamento bíblico

La fuente era un elemento valioso y muy necesario en el desértico paisaje de Israel. De hecho, los pueblos que se construían en esa época se debían hacer en lugares donde fuese más fácil el abastecimiento de agua, construyéndose túneles para llegar a ella y escondiéndola de la vista de los enemigos, quienes intentaban destruir las fuentes de agua de ese lugar cuando buscaban conquistarlo.

Entendiendo la importancia que tenía la fuente en la Israel bíblica, podemos comprender las muchas veces que las Sagradas Escrituras utilizan esta imagen, entre las cuales podemos citar algunas: *El año seiscientos de la vida de Noé, el mes segundo, el día diecisiete del mes, en ese día saltaron todas las fuentes del gran abismo, y las compuertas del cielo se abrieron, y estuvo descargando la lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches (Gn 7,1-12); Respondió Yahveh a Moisés: 'Pasa delante del pueblo, llevando contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva también en tu mano el cayado con que golpeaste el Río y vete, que allí estaré yo ante ti, sobre la piña, en Horeb; golpearás la peña, y saldrá de ella agua para que beba el pueblo'. Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel (Ex 17,5- 6); Me llevó a la entrada de la*

¹ Diccionario de la Real Academia española, acepciones 2 y 7.

Casa, y he aquí que debajo del umbral de la Casa salía agua, en dirección a oriente, porque la fachada de la Casa miraba hacia oriente. El agua bajaba de debajo del lado derecho de la Casa, al sur del altar. Luego me hizo salir por el pórtico septentrional y dar la vuelta por el exterior, hasta el pórtico exterior que miraba hacia oriente, y he aquí que el agua fluía del lado derecho (Ez 47,1-2); Sacaréis agua con gozo de las fuentes de la salvación (Is 12,3); Se sacian de la grasa de tu Casa, en el torrente de tus delicias los abrevas; en ti está la fuente de la vida, y en tu luz vemos la luz (Sl 36,9-10); Huerto eres cerrado, hermana mía, novia, huerto cerrado, fuente sellada (Ct 4,12); Bebe el agua de tu cisterna, la que brota de tu pozo ¿Se van a desbordar por fuera tus arroyos, las corrientes de agua por las plazas? (Pr 5,15-16); y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo (1 Cor 10,4); de una misma boca proceden la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así. ¿Acaso la fuente mana por el mismo caño agua dulce y amarga? (Sant 3,10-11); Porque el Cordero que está en medio del trono los apacientará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos (Ap 7,17); ...Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a Él, y Él te daría a ti agua viva' Y continuó: 'El agua que Yo te dé se hará en ti fuente que salte hasta la vida eterna... (Jn 4,5-14); En otra ocasión, en el último día de la fiesta de los Tabernáculos en Jerusalén, Jesús gritó diciendo: 'Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno (Jn 7,37-39).

Meditación

La imagen de la fuente tomada de las Sagradas Escrituras, de la cual brotan manantiales de vida eterna, se puede aplicar sin ninguna duda al Sagrado Corazón de Jesús, principio, fundamento y origen de la santidad, que es la culminación de esa vida dada que anuncian las Sagradas Escrituras. Y así como decíamos que la fuente era un elemento para

hacer salir el agua en distintos lugares, así podemos también decir que es el Sagrado Corazón el elemento utilizado por el Señor para derramar su influencia vivificadora y santificadora en nuestras almas.

El pueblo de Israel tiene sed, no solo de agua, sino también de Dios. El pueblo de Israel se da cuenta de que esa sed que lo atormenta va más allá de lo físico, no es una sed que el agua pudiese calmar, y por eso continuamente busca, aun en medio de sus infidelidades, al Bien Supremo que calme esa sed de lo infinito, de lo divino, de Dios.

Esta invocación del Sagrado Corazón de Jesús como fuente de vida y santidad, nos debe ayudar a conectar la realidad del Antiguo Testamento, donde el pueblo de Israel buscaba saciar tanto su sed corporal como la espiritual en su búsqueda constante de Dios, con la realidad del Apocalipsis, donde se lo considera como uno de los deleites del Reino Celestial. La verdadera fuente que sacia la sed de Dios se halla en el Cielo, y hacia él todos nosotros debemos aspirar a llegar.

El Apóstol Santiago nos recuerda: *Toda dádiva buena y todo don perfecto de arriba descende, del Padre de las luces* (Sant 1,17). Debemos comprender que Dios, quien conoce nuestra sed de poseerlo a Él, nos da al mismo tiempo «un inapreciable don»² para que nosotros, el Cuerpo Místico de Cristo, podamos vencer, no solo las dificultades y pruebas que se le han presentado a lo largo de los siglos, sino también acercarse más a su Señor y Salvador por medio de la práctica diaria de la virtud, según lo enseñado por su Divino Maestro, y según lo que observamos en su Sacratísimo Corazón. «Gracias a don tan inestimable, la Iglesia puede manifestar más ampliamente su amor a su Divino Fundador y cumplir más fielmente esta exhortación que, según el evangelista San Juan, profirió el mismo Jesucristo: *En el último gran día de la fiesta, Jesús, habiéndose*

² Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón (15/5/1956), 1.

puesto en pie, dijo en alta voz: El que tiene sed, venga a mí y beba el que cree en mí (Jn 7,37-38)»³.

«Clama la Cruz, claman los clavos, claman las heridas, que verdaderamente nos amó Dios»⁴. Podemos decir que es el clamor de su Sagrado Corazón, fuente de vida y santidad, que nos invita y anima a buscarlo, poseerlo y beber de su manantial para alcanzar la vida eterna. Esto se da de manera gradual:

- El primer paso para llegar a esa fuente es conocerla, saber dónde encontrarla «Todos deseamos –o deberíamos desear– acercarnos a esta fuente de agua viva. Todos deseamos beber del Corazón divino, que es fuente de vida y de santidad. En Él nos ha sido dado el Espíritu Santo, que se da constantemente a todos aquellos que con adoración y amor se acercan a Cristo, a su Corazón.

Acercarse a la fuente quiere decir alcanzar el principio. No hay en el mundo creado otro lugar del cual pueda brotar la santidad para la vida humana fuera de este Corazón, que ha amado tanto. “Ríos de agua viva” han manado de tantos corazones... y ¡manan todavía! De ello dan testimonio los Santos de todos los tiempos»⁵.

- El segundo paso es aprovecharse de los benéficos efectos que produce el beber de esta fuente: «Innumerables son, en efecto, las riquezas celestiales que el culto tributado al Sagrado Corazón infunde en las almas: las purifica, las llena de consuelos sobrenaturales y las mueve a alcanzar las virtudes todas»⁶. Debemos entender que el beber de esta fuente sagrada no tiene que reducirse a algo ritual o simbólico, sino que debe ser una acción que nos beneficie, que nos dé la vida eterna, la santidad.

³ *Ibidem*.

⁴ SAN BERNARDO, *In Cant.*, Sermo 61, n. 4.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (10/10/1986).

⁶ *Haurietis Aquas*, 1.

Por eso, el fruto más importante que debemos alcanzar luego de beber de esta fuente, es vivir la caridad exquisita, como nos recomienda el Apóstol San Pablo en la primera Carta a los Corintios, capítulo 13. «Manifiesto es que este culto, si consideramos su naturaleza peculiar, es el acto de religión por excelencia, esto es, una plena y absoluta voluntad de entregarnos y consagrarnos al amor del Divino Redentor, cuya señal y símbolo más viviente es su Corazón traspasado. E igualmente claro es, y en un sentido aún más profundo, que este culto exige ante todo que nuestro amor corresponda al Amor divino. Pues sólo por la caridad se logra que los corazones de los hombres se sometan plena y perfectamente al dominio de Dios, cuando los afectos de nuestro corazón se ajustan a la divina voluntad de tal suerte que se hacen casi una cosa con ella, como está escrito: *Quien al Señor se adhiere, un espíritu es con Él* (1 Cor 6,17)»⁷.

- El tercer paso, y el último, es la posesión de por vida de este tesoro de vida eterna. Debemos pedir a Dios que nos conceda la gracia de no perderlo nunca, no dejándonos engañar por las tentaciones del enemigo de la naturaleza humana; y la gracia de poder perseverar hasta el fin de nuestros días en la clase de vida que de Él mana: una vida simple, pobre, en obediencia, casta, crucificada, buscando siempre cumplir la Voluntad de Dios y glorificarlo con nuestras obras.

En Él nosotros todos buscamos saciar nuestra sed de Dios, y así Él se convierte en nuestro deleite, el único manjar que todos deberíamos aspirar a poseer. Por eso, imploremos todos juntos la Divina protección de Jesús, y roguémosle: *¡Sagrado Corazón de Jesús, fuente de vida y santidad, ten piedad de nosotros! Amén.*

⁷ *Ibidem*, 2.

22. CORAZÓN DE JESÚS PROPICIACIÓN POR NUESTROS PECADOS

Cor Iesu, propitiatio pro peccatis nostris

*P. Bryan Dinkel, Sacerdote estadounidense
Misionero en Estados Unidos de América*

Él, en su propia persona, es la víctima de expiación hecha por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo (1 Jn 2,2). Estas palabras salen de la pluma del Apóstol conocido como el discípulo Amado. Hace falta ser un enamorado para reconocer y apreciar la profundidad del amor. El Apóstol Juan revela su sensibilidad hacia el amor del Señor reconociendo aún más, el amor reside, no en que nosotros demos- tremos amor alguno a Dios, sino en que él nos demostró amor primero, al enviar a su Hijo como expiación por nuestros pecados (1 Jn 4,10).

La imagen del Corazón de Jesús víctima de expiación de nuestros pecados o propiciación por nuestros pecados, es la imagen perfecta de Cristo, nuestro Salvador. El Cristo de esta meditación es el Cristo crucificado, el siervo sufriente, que como un cordero fue llevado al matadero. Él, el Ungido, fue traspasado por los pecados, por *mis* pecados, los pecados son míos (cf. Jn 19,37). Lamentablemente, ese amor desinteresado nos conmovió poco si no existe el sentido de la ofensa a Dios, es decir, el verdadero sentido del pecado. La insensibilidad al pecado es insensibilidad a Su amor¹.

El pecado se define como «una expresión, una acción o un deseo contrario a la ley eterna»². El pecado, sin embargo, no es simplemente

¹ Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhortación post-sinodal *Reconciliatio et Paenitentia* sobre la reconciliación y la misión de la Iglesia hoy (2/12/1984).

² SAN AGUSTÍN, *Contra Faustum* 22; PL 42, 418; SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, I-II, q. 71, a. 6. Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 1849.

transgredir una ley: es el rechazo de una Persona. Abandonar un Corazón que arde de amor. El pecado no es sólo hacer mal uso de un don, sino ser ingrato con quien lo da. El pecado es el triunfo del fracaso. Es una traición a Dios, al prójimo y a uno mismo.

¿De quién es la culpa? Uno de los grandes santos –pecador arrepentido– de la Iglesia, San Agustín, es muy consciente y dice: «Yo soy el golpe que Te trae dolor, yo soy el culpable de Tu asesinato, yo soy el culpable de Tu muerte, y de la vergüenza de Tu castigo. Yo, yo soy el moretón de Tu agonía, la penuria de Tu tormento. En verdad actué con maldad»³.

La ingratitud y el olvido por parte de aquellos a quienes Él cura y conforta no produjeron una disminución de la ternura y la misericordia con respecto a aquellos que, de nuevo, se presentan a sus cuidados. Oh Señor Jesús, ¿cómo te hemos ofendido? Tus ovejas han pecado contra Ti y Tú ofreces Tu vida por ellas. Oh pecador, *considera cómo Él soportó tal oposición de los pecadores, para que no te canses ni desmayes* (Heb 12,3).

De hecho, yo tengo la culpa y la ofensa es demasiado grande para que yo pueda pagarla; sin embargo, nuestro bondadoso Señor nos miró con buenos ojos y dijo: *Cumpliré mi pacto con vosotros* (Lv 26,9). ¿Quién sabía en aquellos días de antaño lo que eso significaría plenamente? Fidelidad para nosotros, la nación pecadora, significa expiación, perdón. ¿Quién sabía que significaría que Dios mismo pagaría el precio para nuestra expiación? Mientras nosotros no prestábamos atención, nada hacíamos, ¡Dios intercedió!

³ SAN AGUSTÍN, *Diui Aurelii Augustini Hipponensis episcopi Meditationes Soliloquia et Manuale*, ch. 7, p. 17. «Ego sum tui plaga doloris, tuae culpa occisionis, ego tuae mortis meritum, tuae vindictae flagitium, ego, ego tuae passionis livor, cruciatus tui labor. Ego enim inique egi, [...]».

Jesucristo crucificado, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, es el sacrificio propiciatorio que perdona el pecado, satisface y restaura al hombre en su amistad con Dios.

Nosotros lo negamos y lo crucificamos con nuestros pecados, pero *todos fuimos justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente...* (Ro 3,24-25).

La meditación de San Agustín sobre su propio pecado nos ayuda a admitir junto con él: «Yo, en efecto, obré mal, Tú fuiste castigado en retribución; yo cometí el hecho, Tú fuiste golpeado en castigo; yo me exalté, Tú fuiste humillado; yo estaba lleno de orgullo, Tú fuiste abatido; yo tomé lo prohibido, Tú fuiste sometido a la agudeza de la muerte; yo probé la dulzura del fruto, Tú la amargura de la hiel»⁴.

¿Qué más podemos hacer ante un Corazón tan bondadoso? ¿Qué espera Él a cambio? ¿Qué puedo ofrecerle? Como no puedo corresponderle, le adoro. Como no puedo ascender hasta Él, permito que descienda hasta mí. Siempre le rezaré. Reflexionaré sobre Su compasión, Su amor inagotable, y no sobre lo que realmente merezco. Su expiación por mí es desconcertante. Llena el alma de dolor, confusión, perplejidad, pero también de fe, esperanza y caridad. Dios saca verdaderamente el bien del mal.

«Sus perseguidores lograron este malvado propósito, y lo condenaron a muerte, pensando en extinguir la devoción de sus seguidores; pero la

⁴ *Ibidem*, p. 18. «Ego enim inique egi, tu poena mulctaris; Ego facinus admisi, tu ultione plecteris; Ego superbivi, tu humiliaris; Ego tumui, tu attenuaris; Ego praesumpsi vetitum, tu mortis subiisti aculeum; Ego pomi dulcedinem, tu fellis gustasti amaritudinem».

fe creció de la misma cosa que estos hombres crueles e incrédulos pensaron que la destruiría. Lo que la crueldad humana había ejecutado contra Él, Él lo convirtió a los fines de Su misericordia»⁵. Por lo tanto, aunque sus intenciones eran perversas y sus acciones maliciosas, a través de esto se llevó a cabo el plan de Dios. Tenían malas intenciones contra Él, pero Dios las usaba para bien (cf. Gn 50,20).

Según Santo Tomás de Aquino, el lugar, el tiempo, el modo, las personas presentes, todo era lo más adecuado. El Salvador hizo todo en su lugar y a su tiempo⁶. En la Pasión de Jesús, el hombre conoce cuánto le ama Dios y se siente impulsado a amarle a su vez: ahí reside la perfección de la salvación humana.

San Buenaventura lo comprendió claramente. Contempló a Cristo crucificado y se preguntó: «¿Quién no devolverá amor por amor? ¿Quién no abrazaría un corazón tan puro? Nosotros, que somos de carne, devolveremos amor con amor. Abrazaremos a nuestro herido, cuyas manos y pies los hombres impíos han clavado; nos aferraremos a su costado y a su corazón»⁷. Este es el corazón del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas.

Por eso San Agustín, todo inflamado de amor al ver a Jesús clavado en la Cruz, oraba así dulcemente: «Imprime, Señor, tus llagas en mi corazón, para que pueda leer en ellas sufrimiento y amor: sufrimiento, para que pueda soportar por Ti todo sufrimiento; amor, para que pueda apreciar por Ti todo amor. Escribe, mi amantísimo Salvador, escribe en mi corazón Tus llagas, para que siempre pueda contemplar en ellas Tus sufrimientos y Tu amor. Sí, porque, teniendo ante mis ojos los grandes

⁵ *Catena Aurea*, Comentario de San Gregorio Magno sobre Juan 11,47-53.

⁶ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, q. 46.

⁷ SAN BUENAVENTURA, *Vitis mystica*, 3,11; PL 184, 643.

sufrimientos que Tú, Dios mío, soportaste por mí, pueda soportar en silencio todos los sufrimientos que me toque en suerte soportar; y a la vista del amor que Tú me mostraste en la cruz, nunca pueda amar ni ser capaz de amar a otro que a Ti»⁸.

El motivo que impulsa a Cristo a hacer tanto por nosotros es su amor por nosotros. Cuando el cristiano mira a Su Salvador agonizante en la Cruz, recuerda lo que Jesús había dicho mientras enseñaba a los hombres: *Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos* (Jn 15,13). Arrodillados, pues, ante el crucifijo, podemos traer a la mente estos pensamientos, que nos transmite, y escuchar la invitación: *Sígueme*.

⁸ Citado por SAN ALFONSO DE LIGORIO, *La Pasión y la Muerte de Jesucristo*, p. 18.

23.
CORAZÓN DE JESÚS
COLMADO DE OPROBIOS

Cor Iesu, saturatum opprobriis

*P. Nicholas Grace, Sacerdote irlandés
Misionero en Irlanda*

Hasta los años sesenta del siglo pasado, casi todas las familias de Irlanda (mi querida nación) colocaban una imagen del Sagrado Corazón en un lugar destacado de sus casas. Debajo de la imagen se mantenía encendida perpetuamente una lámpara roja en señal de devoción. Era el centro de la vida espiritual de la familia. La pobre gente del *País de los santos y de los sabios* no tenían muchas comodidades materiales, pero encontraban un inmenso consuelo en el más Sagrado de los Corazones, que transformaba todos los oprobios de su corazón en bendiciones y gracias para los corazones de todos los que le honraban en sus casas.

En esta meditación trataremos sobre los *oprobios* que llenaban el corazón de Nuestro Señor. Con este título nos referimos al oprobio público, al deshonor y a la vergüenza que soportó voluntariamente por amor a nosotros. Para ayudarnos en esto, me gustaría que consideráramos dos breves puntos:

En primer lugar, **por qué** Cristo tuvo que sufrir de esta manera y, en segundo lugar, cuatro **momentos** cronológicos diferentes en los que soportó este sufrimiento.

Primer punto: ¿Por qué Jesucristo fue escarnecido, despreciado y ridiculizado?

Cuando Nuestro Señor caminó por esta tierra hubo una alegría inmensa, mucho asombro y alabanza a Dios de parte de un pueblo

agradecido: *Y al instante recobró la vista, y le seguía glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al verlo, alabó a Dios (Lc 18,43).*

También había temor y estima por sus divinas palabras que sacaron a una gran multitud del abismo de la ignorancia al conocimiento verdadero de Dios: *Quedaban asombrados de su doctrina, porque hablaba con autoridad (Lc 4,32).*

Ahora bien, aunque un reducido número de hombres religiosos, educados y aparentemente devotos no aceptaron el mensaje de salvación, hubo un gran número de creyentes, des los lugares más remotos, de muchas personas que sí creyeron en su mensaje. De hecho, sabemos que esto continuó hasta los últimos momentos de su vida y hasta la última alma a la que pudo pastorear y redimir, como el Buen Ladrón: *'Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino'... Jesús le dijo: 'Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso' (Lc 23, 42-43).*

Todas estas dichas, la maravillosa gracia salvadora, fueron la marca única que Jesucristo trajo; y lo sabemos muy bien que las obtuvo por medio del gran sacrificio de sí mismo. Tuvo que pagar; a través de la vergüenza pública y del dolor, a través de la deshonra y las calumnias. Una vez más, **las razones y el porqué** de todos estos humillantes sufrimientos son resumidos concisamente por San Ambrosio: «Él pagó el precio de nuestras deudas, porque nuestras deudas no podíamos pagarlas».

También vale recordar a San Pablo, que subraya cómo el Salvador nuestro eligió y abrazó por nosotros una verdadera humillación propia: *Y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de Cruz (Flp 2,7-8).*

Agradecimiento es la gracia que debemos pedir en este punto de la meditación. Que seamos bien agradecidos ya que él voluntariamente

eligió ser tratado de esta manera, para que nosotros mismos experimentemos también el rechazo de los hombres, y así podamos obtener la gloriosa recompensa de Dios.

Segundo punto: las etapas de las humillaciones de Jesús

Según los relatos evangélicos, Jesús predijo sus propias humillaciones. La palabra precisa que utiliza el Evangelio es **burlado** (Mt 20,19; Mc 10,34 y Lc 18,32), que se define como: **burlarse, reírse o imitar de manera despreciativa o desdenosa**. Para ayudarnos a entrar en esta burla de Cristo, podemos enumerar cuatro etapas cronológicas: 1.^a) Durante su ministerio público; 2.^a) Después de su condena por el Sanedrín; 3.^a) Inmediatamente después de su condena por Poncio Pilato; 4.^a) Cuando estaba siendo crucificado.

- **Primer momento:** Cristo fue humillado en diferentes momentos de su ministerio público, pero quizás el más sacrílego fue cuando los escribas y fariseos atribuyeron su poder divino al diablo, como atestiguan los Evangelios Sinópticos¹. *Los escribas que habían venido de Jerusalén decían: 'Está poseído por Belcebú', y 'por el príncipe de los demonios expulsa a los demonios'.*

- **Segundo momento:** Después de la condena de Jesús por el Sanedrín (Mc 14,65).

Algunos se pusieron a escupirle. Le cubrían la cara y le daban bofetadas, mientras le decían: 'profetiza', y los criados le recibieron a golpes (Mc 14,65).

Hay muchos comentarios interesantes sobre este texto en la *Catena Aurea* de Santo Tomás de Aquino. He seleccionado uno de San Beda y otro de San Jerónimo. «Al decir: Profetiza, quién es el que te ha golpeado,

¹ Mc 2,22; ver también Mt 12,24-32 y Lc 11,15-22.

ellos (los presentes en el juicio) pretenden insultarle, porque él era considerado como profeta por el pueblo» (San Beda). «Lo condenan a muerte para que al ser condenado nos librase de nuestra propia condena, y al ser escupido pudiera lavar el rostro de nuestra alma, y al cubrir su rostro, pudiera quitar el velo de nuestros corazones, y por los golpes, que fueron repartidos sobre su cabeza, pudiera sanar la cabeza de la humanidad, es decir, Adán... (San Jerónimo)»².

- **Tercer momento:** Después de ser condenado por Poncio Pilato, Jesús fue azotado y escarnecido por los soldados romanos.

Lo vistieron con una túnica *púrpura* (Mc 15,17) o *escarlata* (Mt 27,28) que simboliza un manto real ya que la púrpura era un color real; le pusieron una corona de espinas en la cabeza, obviamente para simbolizar la corona de un rey, y le pusieron un bastón en la mano que simbolizaba un cetro real. Luego se arrodillaron ante él para rendirle homenaje y le dijeron: ¡*Salve, rey de los judíos!* (Mt 27,29). De nuevo se cumple la predicción de Jesús de que se burlarían de él, esta vez de su realeza.

Dos puntos secundarios para considerar. De nuevo tomados de la *Catena Aurea*:

«Su vergüenza nos quitó la nuestra; sus cadenas nos hicieron libres; por la corona de espinas de su cabeza, hemos obtenido la corona del reino; por sus heridas hemos sido sanados (Pseudo Jerónimo)».

«Pongámonos también la púrpura y el manto real, porque debemos andar... (como) cristianos, es decir como, ungidos... Tomemos también sobre nosotros la corona de espinas, es decir, apresurémonos a ser coronados con una vida estricta, con abnegación y pureza (Theophylacto)»³.

² *Catena Aurea*, Comentarios al cap. 14 del Evangelio de San Marcos.

³ *Ibidem*.

- Cuarto momento: Jesús es escarnecido mientras agoniza en la Cruz

Mc 15,29-31, dice: *Y los que pasaban por allí le insultaban, meneando la cabeza y diciendo: '¡Eh, Tú! que destruyes el Santuario y lo levantas en tres días, ¡sálvate a ti mismo bajando de la Cruz!'* Asimismo, los sumos sacerdotes, con los escribas, se burlaban de Él entre sí y decían: *A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse.*

Un autor que comenta este fragmento dice que los sumos sacerdotes hicieron esta última afirmación sarcásticamente, para socavar sus milagros, como si los que Él había hecho no fueran más que la apariencia de ellos, porque obrando milagros había logrado que muchos creyeran en Él y así se salvaran.

Conclusión

Meditemos, pues, sobre estos puntos, procurando suscitar en el fondo de nuestras almas gratitud y amor, amor que se traduzca en *obras y no sólo en palabras*⁴, amor que se exprese con esta exclamación u otra semejante:

Oh, Sagrado Corazón de Jesús, para que nunca olvidemos, te pedimos la gracia de recordar todas las *vergüenzas*, deshonras y críticas con que te llenaste, para que crezcamos en el conocimiento de tu misericordia.

Recordemos la *vergüenza* de Belén, cuando tú, el Rey de Reyes, naciste como un pobre, sin casa propia.

Recordemos el *desprecio* de la sinagoga de Nazaret, tu ciudad natal, y de muchos pueblos donde tus pies sagrados dejaron su bendita huella.

⁴ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*.

Recordemos el deshonor que te hicieron, cuando habiendo expulsado demonios de los hombres te llamaron endemoniado.

Recordemos tu estado lamentable cuando abrazaste la Pasión: llevado de un juez a otro, de un Tribunal a otro, de un sacerdote corrupto a un gobernador cobarde, de un gobernador cobarde a un rey insensato, cada uno maltratándote de nuevas y horribles maneras.

Recordemos tu espalda azotada, las mejillas golpeadas, los ojos negros y azules.

Recordemos tu barba arrancada y el rostro desfigurado.

Recordemos las burlas y las mofas, los escupitajos, las bofetadas, los azotes y los latigazos.

Recordemos las espinas y el manto con que te trataron de necio, las blasfemias y las falsas acusaciones, el abandono y la traición, el dolor y la humillación... y la infamia de la muerte de cruz, en el Gólgota. Amén.

El lector atento verá y, tal vez, perciba un eco de la lógica de San Ignacio de Loyola, a saber: si recordamos siempre lo que Jesucristo ha hecho por nosotros, nunca olvidaremos lo que debemos hacer por Él.

¿Acaso no se conmovió el mayor de los pecadores al recordarlo? Por tanto, ¿cuánto más deberíamos ser movidos a una fe más viva, a una esperanza más fundada y a un amor más puro? Me refiero a un amor que nunca, nunca, nunca, predique, practique o elija vivir habitualmente en cualquier modo de vida desagradable a los ojos del Dios que ama, o ingrata a Dios por quien ha sido amado. Sí, este amor dolerá, y sí traerá vergüenza y sufrimiento, pero recordemos las palabras del Venerable Fulton Sheen: «Todo sufrimiento se hace soportable si hay

alguien a quien amamos. El sacrificio es dolor con amor, el dolor es sacrificio»⁵.

Que nuestra hermosa Madre, María Santísima nos conceda la gracia de crecer en el amor a Él, que tuvo su Sagrado Corazón lleno de todo tipo de deshonra, vergüenza y reproche por amor a nosotros.

⁵ FULTON SHEEN, *Three get married*, p. 196.

24.
CORAZÓN DE JESÚS
DESGARRADO POR NUESTROS PECADOS

Cor Iesu, attritum propter scelera nostra

P. Arturo Ruiz Freites, Sacerdote argentino
Misionero en Italia

El latín invoca al Sagrado Corazón diciéndole «*attritum propter scelera nostra*». «*Attritum*»¹ como participio evoca, entre diversas acepciones, muchas aquí apropiadas: consumido, gastado, disuelto, contuso, aplastado, quebrantado, despedazado, desgarrado, triturado, pulverizado; en sentido figurado: exhausto; desfallecido, afrontado, humillado. En el *Angelus* en que San Juan Pablo II comentó esta letanía² dijo en italiano: «Cuore di Gesù, *spezzato* a causa dei nostri peccati», traducido en la versión española «Corazón de Jesús *despedazado* por nuestros pecados». En otras ediciones: «...*triturado* por nuestros delitos» o «...*quebrantado* por nuestros delitos»³. Hemos querido desplegar este abanico semántico porque la invocación litánica nos lleva a contemplar diversos aspectos del misterio de la Pasión del Corazón de Cristo en cuanto a un colmo físico y espiritual de la desgarradora *kénosis* o anonadamiento (cf. Flp 2,5ss) de su humanidad.

El «*propter*» causal, «*por*» nuestros pecados, nos lleva también a una doble consideración:

a) nuestra actividad pecaminosa que provoca su *atrición* (en ese sentido de trituración, pulverización o desgarró físico, psicológico, espiritual y

¹ A. BLAISE, *Dictionn. Latin-Français des aut. Chrét.*, Strasbourg 1954; cf. diccionarios latinos de diversas lenguas.

² SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (31/8/1986).

³ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 18 y pp. 404ss.

de aplastamiento humillante) en cuanto nuestros pecados traicionan su amor, su humanidad santísima y su Persona divina por algún mísero bien creado, desordenadamente amado, que arrancamos del amor divino y así lo ofendemos pisoteando su santidad.

b) Su propia voluntad intencional de aceptar ser así «aplastado», «desgarrado», «aniquilado», «humillado», «despedazado» por nuestros pecados; todo deja que le sea arrebatado a pedazos, para restituir a Dios por los bienes robados y devolver el corazón del hombre a sólo Dios y, perdonando, dar de nuevo Dios al hombre. Asume el reato de la pena que lo desgarró y tritura para perdonar la culpa de los desgarradores. Misterio de infinita justicia y misericordia del Verbo Encarnado.

Jesús «padece en la su humanidad» de parte de sus enemigos y verdugos que apersonan todos los pecadores, y de su parte «quiere padecer», «podría destruir a sus enemigos, y no lo hace, ...deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente», «por mis pecados»⁴.

Ese ser triturado y desgarrado de todo había sido profetizado en los Salmos (Sl 22,2-22) y en los poemas del Siervo sufriente de Isaías, citado expresamente por San Juan Pablo II⁵ al comentar esta letanía (Is 49,7; 50, 5-7; 52,14; 53,1-12; cf. Is 1,6: *...De la planta del pie a la cabeza no hay en él cosa sana: golpes, magulladuras y heridas frescas, ni cerradas, ni vendadas, ni ablandadas con aceite.*

Lo vemos en todos los pasos de su desgarradora Pasión, que todo le quita, pedazo por pedazo: «en Getsemaní ‘se entristece hasta la muerte’ y siente el ‘peso’ terrible. Cuando dice: ‘Todo te es posible: aleja de mí este cáliz’ (Mc 14,36). Él sabe, al mismo tiempo, cuál es la voluntad del

⁴ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, [193-197].

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (31/8/1986), 3-5.

Padre, y no desea otra cosa que cumplirla»⁶: beber el cáliz de la pena hasta el fondo y darlo a beber en cambio con la sangre expiatoria derramada para el perdón de los pecados y eterna salvación de los pecadores. «Corazón de Jesús, *despedazado con la eterna sentencia*: efectivamente, Dios ha amado tanto al mundo hasta dar su Hijo unigénito»⁷. Le es arrancada finalmente la vida en «el evento desgarrador y misterioso de la muerte»⁸, y ya exánime se vierte de su Corazón traspasado hasta la última gota de sangre y agua (Jn 19,34-37).

Sufrió así la privación de todos los bienes creados, exteriores, físicos, del cuerpo y del alma⁹, arrancados parte por parte, «pedazo por pedazo», «desgarrado», «despedazado», aplastado, triturado, desolado, humillado, infamado... Esto «tiene una elocuencia particular cuando miramos a la Cruz: ¡He aquí el hombre! ¡He aquí el Crucificado! ¡He aquí al Hombre totalmente despojado! ¡He aquí al Hombre ‘destrozado a causa de nuestros pecados’! ¡He aquí al Hombre ‘cubierto de oprobios’!»¹⁰.

⁶ *Ibidem*, 2.

⁷ *Ibidem*. En el prendimiento es despojado de su libertad, arrebatado a sus Apóstoles, a sus discípulos, a las santas mujeres, a su Madre Santísima, despojado del amor y la justicia de su pueblo, de judíos y paganos. Es despojado del honor a su divinidad y acusado de blasfemo; despojado del honor a su humanidad en las vejaciones y maltratos, burlas y escupidas, y del honor debido a su majestad real escarnecida. Son arrancadas sus carnes y es desparramada su sangre en la salvaje flagelación, cae aplastado bajo el peso de la Cruz camino del Calvario estrellando su humanidad contra el polvo de la tierra, triturado su cuerpo bajo los golpes de sus verdugos y su alma con los insultos y escarnios, en los que se concentraba toda la malicia pecaminosa. Es desnudado de sus vestiduras y túnica, que se reparten y sortean; son descoyuntados sus huesos, perforados sus manos y pies, y separado de la tierra es crucificado sin honor entre malhechores, despojado hasta de aspecto humano, sediento sin agua y sin el aire que falta en la lenta asfixia del crucificado.

⁸ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (5/11/1989).

⁹ Cf. SANTO TOMÁS, *Suma de Teología*, III, q. 46, aa. 5-7.

¹⁰ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (15/9/1985).

El pecado es conversión a la creatura con aversión a Dios¹¹. El pecado es la privación del bien moral debido, es decir del amor de los bienes ordenados rectamente al Amor amical del Bien divino¹², el Bien infinito imparticipado, Dios mismo infinitamente Bueno en la Trinidad de sus Personas y en la humanidad asumida de Cristo, sustituido por la concupiscencia de un bien creado, un bien «participado». Cuando por lo finito «participado», separándolo moralmente de Dios, nos privamos del amor y la amistad del infinito Imparticipado, en nuestro corazón le robamos, le rebajamos y aplastamos a Dios despreciándolo¹³. Por lo temporal que se desvanece con el instante que pasa perdemos la eternidad divina, esa «posesión total perpetua y simultánea de vida interminable»¹⁴ en comunión con las Eternas Personas (cf. Jn 17,3), desgarrando la comunión eterna y «pecando en nuestra eternidad subjetiva» separándonos del destino de Cielo¹⁵. Perdemos nuestra participación en la vida eterna divina aferrando cosas que se desvanecen con el tiempo queriéndolas como objeto de una eternidad beata que no podrán nunca dar, «no pertenece a la bienaventuranza, sino más bien a la desventura, porque el tenerlas impide al hombre alcanzar (la beatitud)»¹⁶. Como el hijo pródigo, tomamos la parte y dejamos al Padre en cuya casa está el Todo de su Amor, desgarrando y despedazando la unión de amistad con Dios. Y el hombre mismo en el pecado despedaza su unidad interior dada por el amor de Dios. «El amor de Dios es congregativo en cuanto

¹¹ SANTO TOMÁS, *Suma*, I-II, q. 73, a. 3, ad 2; cf. q. 72, a. 5.

¹² Cf. *Ibidem*, q. 74, sujeto del pecado; q. 75, las causas del pecado; *In IV Sent.*, d. 14, q. 2, a. 1.

¹³ Cf. SANTO TOMÁS, *Suma*, I-II, q. 78, a. 1c. (sol.) y ad 2, sobre la malicia del pecado.

¹⁴ BOECIO, *Consol.* VI, pr. 6.

¹⁵ SANTO TOMÁS, *Suma*, I-II, q. 87, a. 3, ad 1.

¹⁶ *Ibidem*, q. 5, a. 8 ad 3; cf. aa. 3-4; q. 71, a. 6, obj. 3, cit.: «Agustín, I *De lib. arb.*, define el pecado por relación al fin, diciendo que pecar no es otra cosa que, despreciadas las cosas eternas, seguir las temporales».

que conduce la afectividad del hombre, de muchas cosas a una»¹⁷. En cambio; «el amor de sí mismo disgrega la afectividad humana hacia diversas cosas, en cuanto que uno se ama apeteciendo para sí los bienes temporales, que son múltiples y de diverso género»¹⁸.

En la humanidad de su Hijo eterno ha querido Dios que su Corazón inconmensurablemente amante sea la expiación satisfactoria de ese desgarrador y despedazador quitar de la relación a Dios todos los bienes creados por arrancarlos de su posesión y ordenamiento, hasta desgarrarnos personalmente en la muerte a la amistad con Él que es el pecado mortal. En la voluntad pecadora Dios es pisoteado, aplastado y triturado y considerado por debajo del bien que a Él hemos preferido. Pues «en todo pecado se desprecia al mismo Dios... (se) incurre en el reato de la pena por despreciar a Dios, de cuyo desprecio proviene el reato de todos los pecados»¹⁹. Y así en la humanidad asumida de su Hijo experimenta expiatoriamente el despojo y la ofensa que el pecado le hace. Dice Santo Tomás que relativamente a Dios, el pecado tiene una malicia infinita porque ofende la infinita bondad de su amistad hacia el hombre²⁰, y sólo Él puede medir esa infinita malicia relativa pues a Él se inflige. No pudiendo en su naturaleza divina imposible sufrir la privación a que lo intenta someter el pecador, lo ha querido sufrir en su humanidad, sufriendo la malicia por parte del pecador que desgarrar de Él los bienes y a sí mismo, sufriendolo Él como despojo penal reparador, convenientemente satisfactorio en estricta justicia por ofrecerlo la humanidad del

¹⁷ SANTO TOMÁS, *Suma*, I-II, q. 73, a. 1, ad 3.

¹⁸ *Ibidem*, c.: «no se comete el pecado acercándose de la multiplicidad a la unidad, como ocurre en las virtudes, que están unidas; sino más bien apartándose de la unidad hacia la multiplicidad».

¹⁹ *Ibidem*, ad 1.

²⁰ Cf. *Ibidem*, III, q. 1, ad 2.

Verbo en la Persona divina²¹. Los pecadores arrebatan al Amigo sumo Bien y Bondad y caridad, todo bien participado, parte a parte, pedazo a pedazo, arrancado de su bondad providente creadora, legisladora, gobernante y redentora del universo que todo ordena al fin último de su gloria y glorificación de los hombres, hasta arrancarse ellos mismos en la cerrazón del amor propio que encierra toda concupiscencia desordenada de los bienes creados²²; «todo bien con el que uno es engrandecido, es un beneficio de Dios, respecto del cual el hombre se hace ingrato pecando»²³. Así todo pecado desgarrar un pedazo de su Corazón santísimo, de su Caridad amante y de su Cuerpo físico y Místico, el conjunto de los pecados de los muchos pecadores lo destroza, lo tritura, lo aplasta por debajo de lo finito que en la voluntad pecadora ha sido a Él preferido. La «muerte de Dios» en el espíritu del hombre, como pregonaron Hegel y Nietzsche, profetas del inmanentismo de la civilización anticristiana. En la humanidad de Cristo su Persona divina experimenta ese nihilismo despedazante de los pecadores.

Tanto mal y malicia que le arranca todo, lo permite el Plan divino de la Sabiduría justísima y misericordiosísima del Padre que es uno con el Hijo y el Espíritu de Amor, y el Corazón humano lleno de gracia y caridad que en filial amante obediencia acepta, ofrece, expía, inmola, mereciendo para todos los que de su plenitud de gracia se incorporarían a Él y actuando la comunicación del Amor supremo. Asumiendo toda la pena consecuencia del pecado, es decir la caducidad y pérdida de todo lo corruptible y lo finito que termina con la vida en la muerte temporal, vence todo pecado con su voluntad amante que es todo lo contrario: amor de Dios con desprecio de toda creatura: «Padre, en tus manos

²¹ *Ibidem*.

²² *Ibidem*, I-II, q. 77, a. 4c.

²³ *Ibidem*, q. 73, a. 10.

encomiendo mi espíritu». «¿Qué es la Misericordia, sino el amor que vence el pecado del mundo mediante el sufrimiento y la muerte?»²⁴.

Y en ese momento «se desgarró de arriba hacia abajo el velo del Templo», «a través del velo entró en el Santo con su propia sangre, obteniendo una redención eterna», «mediante su propia sangre entra en el Tabernáculo eterno... reconcilió, reunió, restauró, poniendo fin al desgarramiento de Dios que es el pecado del hombre: *El Justo, mi Siervo, justificará a muchos... Se cumplirá por su medio la voluntad del Señor* (Is 53,11). ¡La voluntad del Padre! ¡No la mía, sino Tu voluntad!»²⁵. Por eso podemos decirle: «ten piedad de nosotros». Porque el «misterio de la piedad» es que Dios nos reconcilió poniendo fin a la enemistad desgarradora.

San Juan Pablo II señaló la vinculación de esta letanía con las palabras de la Transustanciación²⁶. En efecto, Él mismo *tomó el pan, lo partió y lo dio...* convertido en su Cuerpo, y asimismo repartió su sangre al distribuirla dándola a beber del Cáliz. En el Santo Sacrificio se hace presente su victimización que le desgarró todo bien creado, arrebatado por nuestros pecados que en sus verdugos se apersonan, y que Él ofrece voluntariamente en don por el amor del Bien increado divino. Nos invita a participar en su Sacrificio y a comulgar comiendo su Cuerpo entregado y bebiendo su Sangre derramada por nosotros «para el perdón de los pecados». Le pedimos «ten misericordia de nosotros» uniéndonos íntimamente a su Corazón, quitando de los nuestros todo amor desordenado de «pedazos» de bien, desgarrándonos de todo apego de creatura por el Amor del Todo que en Su Corazón habita. *De qué le sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su alma* (Mt 16,26ss; Mc 8,36; Lc 9,22ss) porque

²⁴ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (2/6/1985).

²⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (31/8/1986), 1. 5.

²⁶ *Ibidem*, 1.

pierde a Dios. «No antepongamos nada al Amor de Cristo»²⁷, como nos enseña San Juan de la Cruz:

«Modo de tener al todo»

Para venir a gustarlo todo
no quieras tener gusto en nada.

Para venir a saberlo todo
no quieras saber algo en nada.

Para venir a poseerlo todo
no quieras poseer algo en nada.

Para venir a serlo todo
no quieras ser algo en nada.

«Modo para venir al todo»

Para venir a lo que gustas
has de ir por donde no gustas.

Para venir a lo que no sabes
has de ir por donde no sabes.

Para venir a poseer lo que no posees
has de ir por donde no posees.

Para venir a lo que no eres
has de ir por donde no eres.

«Modo para no impedir al todo»

Cuando reparas en algo
dejas de arrojarte al todo.

Para venir del todo al todo
has de dejarte del todo en todo,
y cuando lo vengas del todo a tener
has de tenerlo sin nada querer.

²⁷ Regla de San Benito, 4, 21.

«*Indicio de que se tiene todo*»
En esta desnudez halla el
espíritu su descanso, porque no
comunicando nada, nada le fatiga hacia
arriba, y nada le oprime
hacia abajo, porque está en
el centro de su humildad²⁸.

San Ignacio en sus Ejercicios para contemplar la Pasión del Señor nos hace pedir «dolor con Cristo doloroso, *quebranto con Cristo quebrantado*, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí»²⁹.

Madre Santísima del Inmaculado Corazón desgarrado: «Tú nos conduces al Corazón de tu Hijo agonizante en la Cruz: cuando en su despojamiento se revela hasta el fondo como Amor. *Oh Tú, que has participado en Sus sufrimientos, permítenos perseverar siempre abrazando este misterio. ¡Madre del Redentor! ¡Acércanos al Corazón de tu Hijo!*»³⁰.

²⁸ Del esquema del «Monte de Perfección» que encabeza la *Subida al Monte Carmelo* (1578-85), para que tanto principiantes como aprovechados en la vida espiritual «...sepan desembarazarse de todo lo temporal, y no embarazarse con lo espiritual, y quedar en la suma desnudez y libertad de espíritu...».

²⁹ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, [203].

³⁰ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (31/8/1986), 6.

25.
CORAZÓN DE JESÚS
HECHO OBEDIENTE HASTA LA MUERTE

Cor Iesu, usque ad mortem obœdiens factum

P. Carlos Pereira, Sacerdote argentino
Misionero en Italia

Entre las múltiples características que podemos hallar en el Sagrado Corazón de Jesús, siendo todas ellas frutos exquisitos que exhalan de dicha infinita fuente de amor, encontramos la letanía que hoy nos toca comentar, que dice: «Sagrado Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte».

San Pablo nos describe con mucha precisión dicha obediencia. Afirma, en efecto: *Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz* (Flp 2,8). Esta obediencia significó una humillación para Jesús, para el Verbo de Dios que no tenía en justicia ninguna necesidad de morir, pues no poseía pecado, que es el verdadero causante de la muerte, y tenía aún menos necesidad de morir con una muerte ignominiosa. Es la segunda gran humillación del Verbo de Dios, después de la Encarnación, la cual consistió también en un gran acto de humildad: *tomando forma de esclavo*, como también afirma San Pablo (Flp 2,6).

En la Encarnación, como dijimos, se manifiesta ya la obediencia del Verbo, que se encarnó para hacer en todo y sobre todo la voluntad del Padre, como Él mismo lo dice, en esta frase que San Pablo, reconociendo el fundamento bíblico, atribuye al momento de la Encarnación: *Al entrar en el mundo, dice: Sacrificios y oblações no deseas, pero me preparaste un cuerpo; holocaustos y víctimas por el pecado no te fueron agradables. Entonces dije: 'Aquí vengo'; en el rollo del libro así está escrito de mí, para hacer, oh Dios, tu voluntad* (Heb 10, 5-7).

La obediencia del Verbo Encarnado se mostró también durante su vida: a sus padres durante su vida oculta, a las autoridades en aquello que

correspondía hacerlo, como aceptando el conjuro de Caifás, por ejemplo en Mt 26, 63-64, pero sobre todo en la Cruz, en aceptarla, en cargarla, en morir en ella. Es allí donde más notamos la grandeza y la profundidad del amor del Corazón de Jesús, que no es otra realidad distinta que la misma Persona de Cristo, Verbo hecho carne. «Allí se verificó el ofrecimiento que hizo al Padre en el momento de la Encarnación; allí la agonía que padeció en Getsemaní como consecuencia de la sublime oración, donde tantas veces repitió: *Que no se haga mi voluntad, sino la tuya*; allí la entrega que hizo de su vida en el ara de la Cruz sobre la cumbre del Gólgota. La obediencia es pues, una de las virtudes más características del Corazón de Jesús»¹.

La extraordinaria obediencia del Corazón de Jesús se muestra también en el modo en que ofreció plena satisfacción por nuestros pecados, o sea, en el modo en que pagó por ellos, porque esa era la voluntad del Padre, y por eso su sacrificio fue un acto de amor y de obediencia al Padre. Enseña Santo Tomás de Aquino: «Satisface por la ofensa el que devuelve al ofendido algo que él ama tanto o más cuanto él aborrece la ofensa. Ahora bien, Cristo, padeciendo por caridad y obediencia, prestó a Dios un servicio mayor que el exigido para compensar todas las ofensas del género humano: primero, por la grandeza de la caridad con que padecía; segundo, por la dignidad de la vida, que en satisfacción entregaba, que era la vida del Dios-hombre; tercero, por la generalidad de la pasión y la grandeza del dolor que sufrió. De manera que la pasión de Cristo no sólo fue suficiente, mas fue sobreabundante satisfacción por los pecados del género humano, según la sentencia de San Juan: *Él es la*

¹ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 437.

propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, mas por los de todo el mundo (1 Jn 2,2)»².

Para nosotros es muy difícil penetrar en el misterio de la obediencia del corazón de Jesús, así como lo es penetrar en el misterio de su Amor, algo que nos supera completamente, que no tiene límites, pues su Corazón es el corazón de una Persona divina, que es Dios encarnado, y Dios no tiene límites. Ama sin límites, propone su amor sin límites, y podemos decir, por paradójico que suene, que el Corazón de Jesús es aquel que muestra al mismo Verbo-Dios obediente a los designios de Dios Padre, también sin límites. El único límite que pudo poner su Corazón, que también era humano, fue su misma muerte y muerte de Cruz.

Jesús nos enseña a hacer de la obediencia una virtud, una virtud total y globalizante, una virtud del hombre completo, una virtud positiva: no se trata de obedecer solamente a una o más órdenes, aunque eso no se excluye absolutamente, sino de obedecer como un acto supremo de entrega a Dios. Obedecer es algo que edifica al cristiano, que lo hace ser más cristiano, que lo hace 'ser más' y lo hace crecer como persona. Si dicha obediencia implica la inmolación total, como lo fue para Jesús, todavía mejor, ya que muchas veces la implica, como lo sabemos bien, y como muchos santos lo han mostrado en sus vidas.

Vivimos en un mundo y en una cultura, especialmente en Occidente, donde *obediencia* se entiende mal, se entiende como opresión, como negación, como algo que impide al ser humano ser tal. Se habla de emancipación de los hijos respecto a los padres, de la mujer respecto al hombre, de los individuos respecto a la sociedad y al estado, y por supuesto de todos respecto a la religión y a los deberes con Dios. Estamos

² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, q. 48, a. 2.

viviendo una verdadera rebelión contra Dios y contra todo lo que Él ha creado: el hombre, la mujer, los sexos, la familia, la paternidad y la maternidad, el orden, la disciplina, el esfuerzo y todo lo que implica sacrificio y abnegación, y por supuesto, también contra la vida humana. Se nos propone, con fuerza, un anarquismo no ya político sino cultural y hasta biológico. No se tolera ni siquiera que el cuerpo sea tal, y que la naturaleza presente sus propias leyes y necesidades. Todo lo que presente un vínculo con el orden natural se rechaza, y ni siquiera se desea sentir hablar de orden natural. Es un verdadero asalto del maligno, quizás su asalto final, o al menos el más morboso de los que hemos conocido, pues quiere que los hombres y el mundo lo sigan e imiten su mismo espíritu anárquico y rebelde. El desorden y el caos por el caos mismo.

Al mismo tiempo, y como suele acontecer, los mismos que proclaman una rebelión sin límites son los que exigen una ciega y total obediencia a sus dictámenes, llevando a cabo una verdadera persecución contra los que se oponen. ¡Cuán tolerantes resultan con sus oponentes las feministas, los lobbies LGBT, los partidarios del aborto y de la ideología de género!, para dar un ejemplo. Algo similar lo encontramos incluso en el seno de la Iglesia: aquellos que reclaman libertad y cambio total en la doctrina y en la praxis pastoral y litúrgica católicas aprobadas por los Papas, son los que exigen la obediencia más absoluta a sus dictámenes, que obtienen a partir de una metodología que llaman 'sinodal', pero que no representa más que a grupos minoritarios y elitistas, movidos a menudo por un interés económico. No tienen ningún problema en condenar y reducir al ostracismo a los que se oponen a sus ideas peregrinas, negando la misma libertad que ellos reclaman para disentir.

De frente a tanta soberbia, falsedad e hipocresía, la humildad y la obediencia del Sagrado Corazón de Jesús se alzan como un muro protector,

para proteger y custodiar a todo aquel que quiera acogerse y refugiarse en sus llagas. Sólo un corazón infinito, pero llagado y herido como el de Jesús, puede dejar salir el fuego inquebrantable y abrasador de su infinito amor, para hacernos partícipes de él. Para hacernos partícipes pone una condición, de todos modos: desea que lo imitemos, que dejemos que se llaguen también nuestros pequeños y mezquinos corazones con la efusión de su Amor y que se refugien al amparo del suyo. Sólo así venceremos.

Pidamos al Sagrado Corazón nos enseñe la verdadera virtud de la obediencia, que nos enseñe a vivirla como Él la vivió, que nos enseñe a vivirla humildemente y como participación del infinito amor de Dios. Y pidamos especialmente que proteja a su Iglesia, en un momento tan difícil y crucial de su historia; pidamos por los que más sufren, por la paz, por los que mueren prematuramente o en guerra, por sus familias y por las necesidades del mundo entero. Así sea.

26. CORAZÓN DE JESÚS TRASPASADO CON UNA LANZA

Cor Iesu, lancea perforatum

P. Marcelo Cano, Sacerdote argentino
Misionero en Chile

A Jesús le atravesaron el costado con una lanza, se trata de un hecho histórico narrado por el Apóstol San Juan, testigo ocular directo¹. El Apóstol que estuvo al pie de la Cruz, escribió: *al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: No se le quebrará hueso alguno². Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron³ (Jn 19,33-37).*

¹ Hay otro testigo de la herida del costado y es la Sábana Santa de Turín, llamada por el Papa San Juan Pablo II: «Espejo del Evangelio». La Sábana Santa, singular pero elocuente testigo, nos dice que las dimensiones de la herida del costado, tal cual aparece en el lienzo, tiene forma elíptica y mide 4, 4 por 1, 4 cm y coincide con las dimensiones de la punta de la lanza romana que usaban los legionarios. Una lanza de estas dimensiones se ha encontrado en nuestros días entre las ruinas de Jerusalén y pertenece al ejército de Tito, que asedió Jerusalén en el año 70 de nuestra era. La herida está situada entre la quinta y la sexta costilla. La lanza atravesó el quinto espacio intercostal, penetró por el pulmón derecho, y tras un recorrido de unos diez centímetros alcanzó la aurícula derecha, la cual suele contener sangre líquida en los cadáveres recientes. Además de sangre, salió «agua», agua del pericardio que estaba repleto de suero por *una pericarditis serosa traumática*, contraída a causa de los azotes y malos tratos anteriores. Cf. M. SOLÉ, *La Sábana Santa de Turín*, Bilbao 1986, pp. 248-256; 339-341.

² Éxodo 12,46: *...ni le quebraréis ningún hueso*. Salmo 34,21: *cuida de todos sus huesos, ni uno solo se romperá*.

³ Zacarías 12,10: *derramaré sobre la dinastía de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración; y mirarán hacia mí. En cuanto a aquél a quien traspasaron, harán duelo por él como se llora a un hijo único, y le llorarán amargamente como se llora a un primogénito*.

1. Entró la lanza en el costado de Cristo y abrió su Corazón

La lanza abrió el Corazón de Jesús, y Jesús mismo quiso que esa herida quedara abierta para siempre, por toda la eternidad; de hecho, después de resucitado se apareció con sus cinco llagas abiertas, llagas que son como cinco rojos rubíes que, hoy, están brillando en el cielo llenos de esplendor.

Al quedar abierta la llaga del costado, nos quedó abierta una puerta. Así reflexiona el P. La Palma: «... la Cruz tocó el cuerpo y los clavos tocaron las manos y los pies del Señor, la lanza tocó su corazón, dejándonos al mismo tiempo, abierta la puerta y abierto el camino para llegar hasta Cristo»⁴.

Y, de manera semejante, también lo decía San Agustín: «con mucha advertencia usó el Evangelista de esta palabra: *atravesó* o *abrió*; para indicar que no se trata de una herida pequeña; sino que lo *atravesó*, lo *abrió*, para indicarnos que se había abierto una puerta».

Quedó entonces abierta una puerta, y una puerta ancha por donde nosotros podemos entrar al Corazón de Cristo.

Decía el Papa San Juan Pablo II: «El Corazón de Jesús “invita”. Para esto fue abierto con la lanza del soldado»⁵.

El Corazón abierto de Jesús invita a que cada uno entre por esta llaga del costado y allí dentro, se vea amado en su Corazón, y experimente su Amor inefable, y no solo eso, sino que, además, permanezcamos en el Corazón de Jesús, haciendo realidad aquello que pedimos cada vez

⁴ Para algunas reflexiones sobre esta letanía, seguiremos en este punto las excelentes meditaciones realizadas por el P. Luis de la Palma en, L. DE LA PALMA, *Historia de la Pasión*, Madrid 1967, pp. 293-306.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* (20/06/1979).

que rezamos la hermosa oración del *Anima Christi*: «*Dentro de tus llagas escóndeme*».

En el Corazón traspasado de Jesús tenemos que experimentar, es decir, tenemos que saber contemplar el Amor de Cristo, como decía San Juan Pablo: «En el Corazón atravesado de Jesús contemplamos... su amor fraterno hacia los hombres a quienes Él *amó hasta el extremo* (Jn 13,1), es decir, hasta el extremo sacrificio de Sí mismo. El Corazón atravesado de Jesús es el signo de la totalidad de este Amor en dirección vertical y horizontal, como los dos brazos de la Cruz»⁶.

En el mismo sentido exclamaba San Luis Orione: «¡Oh, Jesús, ábrenos tu corazón! Déjanos entrar en Él, oh Jesús, porque sólo en tu Corazón podemos comprender algo de lo que Tú eres. Sólo en tu corazón podremos comprender tu caridad y tu misericordia y entender y amar también nosotros el sacrificio y aquella santa obediencia por la que te has sacrificado». Y, San Buenaventura: «Levántate, pues, alma amiga de Cristo, y sé la paloma que labra su nido en los agujeros de la peña, sé el pájaro que encuentra su casa y no deja de guardarla; sé la tórtola que esconde los polluelos de su casto amor en aquella abertura sacratísima. Aplica a ella tus labios para que bebas el agua de las fuentes del Salvador».

¡El Corazón de Jesús está abierto! Y Jesús quiere que todos entremos por esta puerta, allí encontraremos grandes beneficios para nuestras almas, como dice el P. La Palma: «Por esta puerta entran y salen las abejas santas a fabricar sus panales en lo secreto del Corazón de Jesús... Este es el hueco en la piedra donde vuelan los que tienen alas como de paloma, para hallar allí su descanso y su refugio». Y, agrega: «Oh herida donde se curan las heridas! ¡Oh sangre donde se lavan los que no están

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (30/7/1989).

limpios! Este es el consuelo de los tristes, la fuerza de los tentados, el refugio de los afligidos».

Esta es la puerta de la cual el mismo Jesús dijo: *Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo y encontrará pasto* (Jn 10,19).

Esta es la fragua, el crisol donde hay fuego perpetuo y muy encendido en el cual se encienden nuestros corazones, y se van formando conforme a la imagen de Cristo.

Y si San Pablo decía: *Corintios ... nuestro corazón está abierto de par en par. No está cerrado nuestro corazón para vosotros* (2 Cor 6,11-12), ¡cuánto más ancho y espacioso será el Corazón de Jesucristo para abrazarnos a todos en su incomprensible caridad dentro de Él!

Y cuánto favorece el Señor a sus amigos, abriendo esta puerta para que puedan entrar en lo íntimo de su Corazón y abrazarlos en Él con abrazos de estrecha amistad y de familiar comunicación. ¡Estos sí que son amores y favores y no los que dan los hombres!

2. Salió la lanza y del costado abierto del Salvador salió sangre y agua (Jn 19,34)

En segundo lugar, consideraremos cómo sacando el soldado la lanza del costado del Señor, salió sangre y agua⁷.

¡Oh abismo de la divina caridad! ¡Siempre a Dios le queda algo que dar!

⁷ Dice el Dr. Marino Molina que en agonías excepcionalmente dolorosas (como la de Jesús), el agua del pericardio es abundante. El pericardio es la membrana que rodea el corazón humano, y esta membrana se carga de suero, un líquido semejante al agua, especialmente en las personas que han tenido que pasar por sufrimientos muy intensos. Es por eso que, cuando la lanza atravesó el pericardio y la aurícula derecha, salió sangre y agua. Cf. J. LORING, *La Sábana Santa, dos mil años después*, Barcelona 2000.

Y, así quedó el Señor en la Cruz como una imagen viva y expresa de la divina bondad, abierto el Corazón para darse y derramarse y abiertos los brazos para recibir a sus criaturas.

Muchas veces en el transcurso de su vida Nuestro Señor juntó estas dos cosas: agua y sangre.

- De niño, a los ocho días, derramó lágrimas con la sangre de la circuncisión.
- En la Última Cena en el cáliz mezcló agua con el vino que debía convertir en su sangre.
- En el Huerto, puesto en agonía, junto con el sudor salió sangre.
- En el transcurso de su Pasión cuántas lágrimas salieron de sus ojos junto con la sangre que salió de sus venas.
- Finalmente, después de muerto, salió de su costado sangre y agua. Para mostrar el poder que tiene su sangre de lavar los pecados. Todos los pecados, sea el pecado que sea.

De ahí que el P. La Palma exclamara: «¡Oh, sangre preciosísima con que somos redimidos! ¡Oh agua limpísima con que somos lavados!... Salió de su costado sangre y agua. ¿Qué cosa puede haber más limpia que esta sangre? Sangre de Jesucristo que tiene la eficacia de lavar nuestros pecados y limpiar nuestras conciencias de las obras muertas y que tiene el poder de resucitarnos para que con obras de vida sirvamos y agradezamos a Dios vivo»⁸.

⁸ Desde muy antiguo los Padres de la Iglesia vieron en esta efusión un símbolo de los Sacramentos de la Iglesia, en particular del agua del Bautismo, y de la sangre derramada sacrificialmente, presente en la Eucaristía.

Sangre de Cristo que nos redime, sangre de Cristo que nos limpia y sangre de Cristo que nos enciende el alma en el fuego de la caridad, como decía Santa Catalina de Siena escribiendo a Fray Bartolomeo: «La sangre del corazón abierto de Jesús, es una sangre que embriaga el alma, es una bebida que cuanto más se gusta, más se quisiera beber [...] corramos con prisa a esta fuente. La sangre de Cristo nos enciende en el fuego de la caridad, quita toda frialdad y llena de gozo el alma y el corazón»⁹.

3. La Virgen María traspasada en su corazón al pie de la Cruz

«*Junto a la Cruz... se encontraba 'la Madre de Jesús' (Jn 19,25). Ella vio el Corazón abierto del que fluían sangre y agua, sangre tomada de Su Sangre*»¹⁰.

Se estaba obrando la redención del mundo, Cristo colgaba de la Cruz de tres duros clavos, la Virgen María permanecía de pie, su pena era grande como el mar y su dolor estaba más allá de las palabras. ¡Cuántas lágrimas habrá derramado la Virgen! ¿Quién puede describir los dolores de la Virgen, si no podemos describir los dolores de su Hijo?

No había palabras para expresar todo lo que venía sufriendo y todo lo que sufría al pie de la Cruz, porque, allí al pie de la Cruz la Virgen:

- Veía desnudo a su Hijo y no lo podía cubrir.
- Lo veía sediento y no le podía dar de beber.
- Lo veía injuriado y no lo podía defender.
- Lo veía traspasado de dolor por los clavos y no lo podía confortar.
- Veía los ojos de su Hijo llenos de lágrimas y no se los podía enjugar.

⁹ SANTA CATALINA DE SIENA, *Epistolario*, Carta a Fray Bartolomé Dominici, de la Orden de los Predicadores.

¹⁰ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (30/7/1989).

- Veía todo el cuerpo de su Hijo hecho una llaga y no lo podía curar.
- Veía el rostro de Jesús cubierto de inmundas escupidas y no lo podía limpiar.
- Veía que no podía respirar y no lo podía aliviar.
- Sentía el último respiro de su Hijo y no lo podía abrazar.
- En fin, ya muerto su Hijo, tuvo que ver con paciente resignación, cómo le atravesaron con la lanza su Sacratísimo Corazón.

Comenta San Alfonso que: «El ultraje de esta lanzada fue para Jesús, pero el dolor fue para María». Y citando a Lanspergio, agrega: «Compartió Cristo con su Madre su sufrimiento de esta herida, de modo que Él recibió el ultraje y María el dolor»¹¹.

Y esta fue la espada que predijo a la Virgen el santo anciano Simeón¹²; espada no de acero, sino de dolor que traspasó su alma bendita al traspasar la lanza el Corazón de Jesús donde Ella siempre habitaba. Como dice San Bernardo: «La lanza que atravesó el costado de Jesús, atravesó a la vez el alma de la Virgen, que no podía separarse de Él»¹³.

Pidamos a María que nos guíe a sacar cada vez más abundantemente el agua de los manantiales de gracia que fluyen del Corazón atravesado de Cristo¹⁴.

¹¹ Ver SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, en su libro *Las Glorias de María*, el capítulo “Los siete dolores de la Virgen”.

¹² Lc 2,34-35: *Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción; ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.*

¹³ Citado por SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Las glorias de María* en el capítulo “Los siete dolores de María”, comentario al sexto dolor.

¹⁴ SAN JUAN PABLO II, *Angelus*, (30/7/1989).

27.
CORAZÓN DE JESÚS
FUENTE DE TODO CONSUELO

Cor Iesu, fons totius consolationis

P. Santiago Baudry, Sacerdote argentino
Misionero en Francia

1. Venid a Mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso (Mt 11,28), porque soy el Dios de toda consolación (2 Co 1,3; Ro 15,5).

No estamos concediendo un nombre piadoso a Nuestro Señor, cuando decimos que la morada de su Corazón precioso es la fuente de todo consuelo. Estamos simplemente aceptando la Sagrada Revelación. Volviendo nuestra mirada hacia el Corazón traspasado por la lanza, podemos escuchar las palabras que Nuestro Señor dirige a la samaritana: *Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice 'dame de beber', le pedirías tú, y Él te daría agua viva... el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en una fuente de agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4,10.14).*

La Segunda Persona de la Santísima Trinidad, Dios de toda consolación, se hizo hombre «para que el hombre al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios»¹. «Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios»².

Haciéndose uno de nosotros, conociendo nuestras penas porque comparte nuestra vida humana, nos invita a descargar sobre Él todas nuestras fatigas, desolaciones, problemas, tristezas, pecados, nuestro

¹ SAN IRENEO DE LYON, *Adversus haereses*, 3, 19, 1.

² SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA, *De Incarnatione*, 54, 3: PG 25, 192B.

«yo»... para darnos el descanso más precioso que puede dar, y que nos deja saciados, fuente de vida eterna: Él mismo.

Esto nos permitirá decir con San Pablo: *vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí* (Ga 2,20).

2. Detengamos nuestra mirada delante del costado abierto de Nuestro Señor, y contemplemos la Fuente de Amor que se esconde en su interior: un Corazón rebotante de alegría de saber que se manifestará a nuestras sedientas almas para hacer crecer el mismo Amor en el árido desierto de nuestra vida.

«He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres, que nada escatimó hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor...». Esta Santísima Fuente, que reveló a Santa Margarita María, por medio de estas palabras, el resplandor de su Caridad, se dirige actualmente a cada uno de nosotros. ¡Si tuviésemos la gracia de ver el rostro afable de Jesucristo, lo veríamos desbordante de luz, expresando bondad y misericordia! Si no podemos verlo físicamente, sabemos que, por medio de la mirada de la fe, podemos contemplarlo. Cuando lo adoramos en el Santísimo Sacramento, se manifiesta a nuestras almas y nos habla.

«He aquí el Corazón...» del Hombre-Dios, del Verbo que, antes de su Encarnación, no miró como un privilegio el ser considerado Dios, sino que se despojó a sí mismo, tomando para sí una naturaleza humana como la nuestra (cf. Flp 2,7). Antes de entrar en el mundo, siendo la Sabiduría, conocía lo que habita en el corazón humano. *Señor, tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos* (Sl 139,1-2).

Siendo la Sabiduría, no se contentó con tener este conocimiento absoluto de su imagen y semejanza, del hombre, sino que quiso

compartir los mismos sentimientos y ser la imagen y semejanza, tomando la condición humana. No quiso utilizar más alegorías humanas para hablarnos, sino que quiso hablarnos de igual a igual. Decidió conocernos y amarnos con un Corazón humano. «He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres, que nada escatimó hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor...».

No endurezcamos nuestros corazones. Veamos con fe lo que ha hecho y hace este Corazón Santo en nuestra vida cotidiana. No pongamos más a prueba la bondad del Señor, exigiendo que se manifieste aún más. No tentemos al Corazón de Amor y escuchemos hoy su voz.

«He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres, que nada escatimó hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor, y que, como retribución, de la mayor parte solo recibe ingratitudes». ¡Cómo esta declaración nos debería conturbar!

La ingratitud que tenemos que reconocer es la de no considerarlo como la Fuente de nuestro consuelo. A pesar de tantas manifestaciones de Amor, continuamos buscando fuera de la Fuente, un consuelo en nuestras cruces, debilidades y problemas. Buscamos en cualquier lugar, salvo en la Fuente de todo Consuelo.

Hablamos de todos nuestros problemas sin discernimiento, o no hablamos a nadie. Nos quejamos de los que nos hacen mal, y hablamos mal de ellos. Analizamos lo que pasa en la sociedad actual, en la Iglesia, en nuestras familias, y caemos sea en el desconsuelo o peor, en la desesperanza. Todo oscuro. Todo negro. Y esas tinieblas obscurecen nuestro corazón, nuestra inteligencia, debilitan nuestra voluntad. Constatamos y no hacemos nada.

¡Ingratos! Ingratos, ya que no vamos con fe hacia el Corazón de Jesucristo. Ingratos, ya que no vemos con fe lo que hace por nosotros.

Ingratos, ya que nos consolamos de los males que nos rodean a la manera del mundano, quejándonos interiormente (descargando emocionalmente sobre/contra los demás), viviendo la impureza, llenando nuestros vacíos comprando objetos, gastando dinero, queriendo que los demás piensen en mí, con consolaciones pasajeras. Consuelo de vivir en la moda del tiempo presente. Consuelo de amoldarnos a esta sociedad, sea en lo que pensamos o en lo que tenemos. Consuelo del tiempo perdido en cosas que no son Dios, ni de Dios.

¡Detente! ¡El Corazón de Jesús te está diciendo y mostrando que te ama!
¡Ya se consumió por nosotros! ¡Detente! No pasemos de largo, buscando consuelos en otros nidos. La Fuente de todo consuelo no es incapaz de compadecerse de nuestras debilidades (cf. Heb 4,15). *Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno* (Heb 4,16).

3. No nos cansemos de contemplar el Costado Abierto, y el Corazón que está adentro, esperándonos. Digámosle como Santa Gemma Galgani, quien dirigiéndose al Cristo de la casa Giannini le dijo: «¡Oh Jesús, déjame venir hacia Ti, tengo sed de tu Sangre de vida!», y dejémonos abrazar por Jesucristo, por medio de la gracia.

El Padre Eterno nos ha dado todo, dándonos su Hijo Jesucristo. ¿Cómo podemos buscar consolación fuera de Él?

«No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero. Por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero. ¿Con qué dilaciones esperas, pues desde luego puedes amar a Dios en tu corazón? Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías; y el

mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. Pues ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en migajas que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y gloriáte en tu gloria, escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazón»³.

Busquemos en el Corazón de Cristo la consolación verdadera, duradera y eficaz⁴.

Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla (Jn 4,15); ¡Señor, dame el consuelo de tu presencia en mi vida; dame el consuelo de Ti, para quedar saciado de Ti!

¡Dentro de la llaga de tu Corazón, escóndeme! No permitas que me separe de Ti, ni busque fuera de Ti el más mínimo consuelo. Que el mundo no me engañe. ¡Sólo Tú, Tú solo!

Jesús no se cansa de decirnos: «Ven querido amigo, no te quiero consolar con artimañas, ni con nimiedades. Quiero consolarte con el regalo más precioso que te puedo dar: Yo mismo, mi Ser, mi Amor. Ven a esconderte en mí. Ven por la oración a descansar en mi costado. Ven a descansar a mis pies, por medio del servicio de mis pequeños. Ven a descansar entre mis manos por medio del cansancio de la caridad. Ven a descansar en cada Eucaristía. Quiero ser la Fuente de todos tus consuelos».

³ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Oración del alma enamorada*.

⁴ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (13/8/1989).

28.
CORAZÓN DE JESÚS
VIDA Y RESURRECCIÓN NUESTRA

Cor Iesu, vita et resurrectio nostra

P. Santiago Sylvester, Sacerdote argentino
Misionero en Filipinas

El corazón es el órgano de la vida humana. Cuando el corazón late, estamos seguros de encontrarnos ante un ser vivo. Apenas el corazón deja de latir, sobreviene la muerte. Ahora bien, ¿no es esto contradictorio? ¿Cómo es posible que el órgano cuya función es asegurar nuestra vida puede llegar a morir? Pero es así, lo sabemos y lo aceptamos: nuestra vida caduca. En cierto momento se acaba. Entonces nuestro corazón se detiene.

¿Qué necesitamos para que nuestros corazones nunca dejen de latir? Una vida interminable, una vida eterna, una vida... que no es humana, que no nos es alcanzable a los simples seres humanos, que está más allá de nuestras posibilidades.

Y sin embargo, hay un Corazón humano que posee una vida indestructible, esa vida que todos deseamos. Un Corazón que nunca dejará de latir (aunque en algún momento lo hizo). Es el Corazón de Cristo.

Al hablar sobre él, San Juan Apóstol dice que es *la misma vida que se ha manifestado* (1 Jn 1,2) y también, *en Él estaba la vida* (Jn 1,4). San Pedro llega a decir que Él es *el Autor de la vida* (He 3,15). Y el mismo Jesús nos dice: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14,6). Vida, plenitud de vida, Vida sin límites, Vida «en abundancia», Vida divina: esta es la vida que encontramos en el siempre viviente Corazón de Nuestro Señor, a quien el Padre le ha dado el tener *vida en sí mismo* (Jn 5,26).

Pero no sólo eso. La vida del Corazón de Cristo es comunicable. Su Vida llega a ser nuestra vida. Él vino para que tengamos vida, y la tengamos en abundancia (cf. Jn 10,10), para dar su vida por nosotros (cf. Jn 10,15). Él es nuestra vida. Por eso lo llamamos con toda verdad: Vida y Resurrección nuestra.

Al llamarlo de este modo, hacemos necesariamente relación a un episodio evangélico: la visita de Jesús a Betania (Jn 11). Allí Jesús se encuentra cara a cara con la muerte, y ante ella su Corazón se estremece, porque «ante toda expresión de muerte, el Corazón de Cristo se conmovió profundamente»¹. Y *Jesús lloró* (Jn 11,35). Pero su conmoción no queda en compasión, sino que se traduce en acción. Él es la Vida misma, y se dispone a enfrentar la muerte. Y allí en el medio, entre la Vida y la muerte, se encuentra una mujer, Marta, la hermana del difunto. A ella Nuestro Señor se le revela, pidiéndole al mismo tiempo su asentimiento: *Yo soy la Resurrección y la Vida*.

Yo soy la Resurrección. La frase es muy profunda: Yo soy causa de la Resurrección de cualquiera que resucita. Y esto porque Yo soy la Vida. Por ello, *el que cree en Mí, aunque muera, vivirá*, porque por el hecho de creer, me tiene a Mí en sí, y Yo soy la Vida².

Yo soy la Resurrección y la Vida: Cristo no está diciendo: Yo no he de morir, sino que dice ser la Vida. Se refiere Él a la Vida divina que le es propia como Hijo de Dios. Jesús es la Segunda Persona Divina que ha venido en carne. Y por eso, aún cuando pueda perder la vida humana que ha asumido, nunca podrá perder la divina. Ese Corazón humano que dejó de latir y estuvo tres días en el sepulcro no sufrió la corrupción,

¹ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (23/7/1989).

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Io.*, c. 11, l. 4.

porque tenía vida divina en sí mismo. Y en virtud de esa vida divina, ese Corazón ha vuelto a latir con el calor de la vida humana.

Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en Mí, aunque muera, vivirá: declara así derrotada a su enemiga la muerte. Acto seguido irá al encuentro del amigo de su Corazón y lo resucitará con su palabra omnipotente. Con lo cual queda probada la verdad de su revelación: creamos, y el Señor nos resucitará también a nosotros después de nuestra muerte corporal, porque por la fe nos unimos al que es la Vida misma. Él hizo de su vida un «prodigioso duelo»³ contra la muerte. Duelo prodigioso, en el cual incluso la muerte pareció vencer, cuando ese Sagrado Corazón al que le fue dado tener vida en sí mismo, dejó de latir y fue traspasado. Pero ello no era más que el precio del combate, y la victoria no se hizo esperar, y «el Rey de la vida, que fue muerto, reina ahora vivo»⁴ para siempre. *¿Dónde está oh muerte tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?* (1 Cor 15,55) exclama el Apóstol, disfrutando de la victoria de su Señor.

Pero hay todavía más. *Yo soy la Resurrección y la Vida*, dice Nuestro Señor. Y esto se aplica no sólo a la vida del cuerpo que expira cuando nuestro corazón se detiene. La muerte corporal es un pálido reflejo de la muerte eterna, o sea la muerte que afecta a los espíritus inmortales, esa muerte que consiste en quedar apartados para siempre del origen y fin último de toda vida. La horrenda muerte del infierno, fruto del pecado. También –y principalmente– a esta muerte vino a enfrentar Nuestro Señor. De hecho, el Apóstol continúa: *El aguijón de la muerte es el pecado... Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por Nuestro Señor Jesucristo!* (1 Cor 15,55-56). En Cristo, no sólo triunfamos sobre la

³ MISAL ROMANO, Secuencia de Pascua *Victimae Paschali*.

⁴ *Ibidem*.

muerte corporal sino sobre su causa que es el pecado. Y por ello dice Él: *El que vive y cree en Mí, no morirá jamás.*

El hombre por su corporeidad, es también un animal, y como todo animal tiende primeramente a la conservación de la vida. Esto está bien, es parte del plan de Dios para el hombre. Pero hoy en día vemos un desorden en esta tendencia: el hombre no sólo quiere conservar la vida, sino que a veces parece querer darse vida a sí mismo. Así, las más extrañas formas de concepción han sido excogitadas (fecundación *in vitro*, vientres de alquiler, experimentación con embriones, etc.). El hombre parece querer determinar qué cosa sea la vida humana, quiere modificarla a su arbitrio (ideología de género, transhumanismo) e incluso quiere ser señor de su inicio y su fin (aborto, eutanasia, suicidio asistido). Pero, curiosamente, este buscar la vida en la vida misma se ha convertido en una «cultura de la muerte», en un culto a la muerte. Y vemos los terribles resultados que eso ha tenido (aborto, eutanasia, trata de personas, eliminación de pueblos enteros por ingeniería genética, envejecimiento de la población, guerras...).

¿Por qué así? Dice San Juan Pablo Magno, «Un vínculo misterioso une pecado y muerte (Sb 2,24; Ro 5,12; 6,23; etc.): ambas son realidades esencialmente contrarias al proyecto de Dios sobre el hombre, que no fue hecho para la muerte, sino para la vida»⁵. Por lo tanto, el hombre que se aparta de Dios por el pecado, termina encontrando la muerte... aún cuando busque la vida.

Volviendo a nuestro episodio evangélico, entre la Vida misma y la muerte de su hermano se encuentra Marta. En realidad, en cierto sentido, todos nos encontramos en la misma situación. Todos tenemos la

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (23/7/1989).

posibilidad de elegir entre lo que es muerte y pecado, lo que hiede y es ya putrefacción, o podemos abandonarnos a la fe del que nos dice *Yo soy la Resurrección y la Vida*, y abrir confiados la puerta del sepulcro de nuestros corazones para que allí pueda escucharse la divina voz del Verbo: *¡Lázaro, sal fuera!* (Jn 11,43). Entonces, una vez renovados en nuestro interior, y lejos del pecado, podremos gozar para siempre de la vida verdadera que nos viene del Corazón de Cristo.

Es que lo que era muerte fue muerto por la misma Vida, y si el Corazón Divino de nuestro Salvador dejó de latir por unas horas fue para sellar con sangre sus afectos santísimos: su amor hacia su Padre y hacia nosotros que, aunque indignos y miserables, fuimos hechos partícipes de su salvación. Era necesario que el Sagrado Corazón de Cristo fuera traspasado, para bañarnos con su sangre. Ese Corazón debía ser abierto, para que pudiésemos entrar en Él y gozar de su Vida. Debía ser traspasado para convertirse en Vida y Resurrección nuestra.

Dios nos conceda como a Marta una fe capaz de responder *Yo creo*, y venir a sacar con gozo aguas de la fuente de la salvación y de la vida eterna.

29.
CORAZÓN DE JESÚS
PAZ Y RECONCILIACIÓN NUESTRA

Cor Iesu, pax et reconciliatio nostra

*P. Marcelo Gallardo, Sacerdote argentino
Misionero en Tierra Santa*

Enseña Pío XII¹ que la devoción al Sagrado Corazón bien entendida «es el acto de religión por excelencia». Cada letanía nos presenta un aspecto de ese Corazón que tanto amó a los hombres invitándonos a penetrar en las insondables riquezas de Cristo y ofrecer nuestra «plena y absoluta voluntad de entregarnos y consagrarnos al amor del Divino Redentor, cuya señal y símbolo más viviente es su Corazón traspasado». En esta letanía invocamos con confianza al Sagrado Corazón como paz y reconciliación nuestra.

Fundamento bíblico

La Sagrada Escritura nos enseña la historia de la Salvación. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios se rebela contra su creador y por el pecado se aleja voluntariamente de Dios, pierde la amistad con él, la muerte entra en el mundo.

El pecado trajo como consecuencia una ruptura interior, la pérdida de la armonía de las facultades y una ruptura exterior que se manifestará en las enemistades y guerras fratricidas entre los hombres. Primer ejemplo de esta nueva situación del hombre es el asesinato de Abel a manos de su hermano Caín. Se ha perdido la amistad y la paz con Dios y como consecuencia la concordia entre los hombres.

¹ Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón (15/5/1956), 2.

El sentido fundamental del término bíblico *shalom*, que se traduce normalmente como paz, indica la idea de bienestar con diferentes matices², salud, seguridad, incolumidad, prosperidad, buen éxito. La paz es la suma de todos los bienes y por eso es un don de Dios. Lo contrario de la paz es el mal, en cualquiera de sus formas entre las que se encuentran los desórdenes y la guerra.

La historia bíblica es la historia de los hombres que desean y luchan por la paz y que descubren una y otra vez que la paz es un don de Dios, un don que no pueden alcanzar con sus solas fuerzas. En el antiguo testamento la paz está siempre relacionada a la amistad con Dios que se manifiesta en el cumplimiento de sus mandamientos y por eso dice el salmista: *mucha paz tienen los que aman tu ley* (Sl 119,165). Cuando el pueblo de Israel se aleja del cumplimiento de los mandamientos pierde la paz y es sometido por sus enemigos.

La paz es una promesa mesiánica. El Salvador prometido en los albores de la humanidad restaurará la amistad perdida por el pecado y hará posible que todos los hombres, los que están lejos y los que están cerca, puedan alcanzar la paz (cf. Is 57,19). La nueva alianza será una *alianza de paz* (Is 54,10) y el Mesías es presentado como *príncipe de la paz* (Is 9,6), en sus días *florecerá la justicia y la paz abundará eternamente* (Sl 71,7) y *Él mismo será la paz* (Mi 5,4).

Meditación

1. Desde el seno de la Virgen María el Corazón de Jesús latía con *deseos de paz y no de aflicción para darnos un porvenir y una esperanza* (Jr 29,11). El Verbo Encarnado desde su nacimiento hasta su Ascensión a los cielos es la luz que *guía nuestros pasos por el camino de la paz* (Lc 1,79). En Belén

² Cf. FRANCESCO SPADAFORA, *Diccionario bíblico*, Barcelona 1959, voz: Paz, p. 452.

los ángeles anuncian la paz para aquellos a quienes ama el Señor; en los comienzos de la predicación evangélica Nuestro Señor proclamó *Bienaventurados a los que trabajan por la paz* (Mt 5,9); antes de sufrir la Pasión y muerte en la Cruz dejó a sus discípulos el don de su paz y una vez resucitado saluda a sus discípulos ofreciendo su paz. Todos los que encuentran a Jesús con un corazón bien dispuesto, desde Belén hasta la Ascensión, encuentran la paz. La Virgen con San José, los pastores, los reyes magos, los discípulos, los esposos de Caná, las santas mujeres, el buen ladrón, todos encontraron la paz en el Corazón de Jesús. Lo mismo sucede a lo largo de la historia. Quien encuentra a Jesucristo con las debidas disposiciones, aún en medio de pruebas y dificultades, encuentra en Él la paz.

2. Los cristianos de Tierra Santa llaman a la noche del Jueves Santo «la noche de los misterios» o al mismo Jueves Santo «jueves de los misterios». La misma palabra misterio se usa para indicar algo misterioso, oculto, como para indicar a los sacramentos, signos eficaces de la gracia. En la noche de los misterios Nuestro Señor instituyó el sacramento de la Eucaristía y el sacramento del Orden Sagrado. Un nuevo sacrificio, una nueva víctima y nuevo sacerdocio. Él es el Sumo Sacerdote que se ofrece a sí mismo como Víctima en la Cruz y nos dejó el memorial de su Pasión en la Santa Misa, instituyendo sacerdotes que renueven su mismo sacrificio. Esa noche, en la que transformó a los Apóstoles en sacerdotes, les abrió también los misterios de su corazón. Les confesó que ardientemente había deseado celebrar esa Pascua con ellos, les reveló que su alma estaba triste hasta la muerte y tres de sus discípulos lo vieron sudar lágrimas de sangre en Getsemaní. Fue la noche en la que lavó los pies de sus discípulos y los llamó amigos. Fue la noche en la que les dijo que no se turbara su corazón, la noche en la que les dejó su

paz como fruto de su sacrificio: *la paz os dejo, mi paz os doy; nos os la doy como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde* (Jn 14,27).

También aquí como en el Antiguo Testamento la paz está unida a la amistad con Dios. En este caso es fruto de la amistad con Jesucristo, el Verbo Encarnado. A sus amigos les otorga el don de su paz y la condición para recibirla es que mantengan su palabra: *vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando* (Jn 15,14). Busquemos la amistad con Jesucristo y encontraremos la paz y la reconciliación.

3. Alcanzar la paz interior es el trabajo de toda la vida espiritual. Muchas cosas pueden hacernos perder la paz: nuestros propios pecados, la debilidad que ellos han dejado en nuestra alma, diversas tentaciones, dudas, pruebas interiores o exteriores, ofensas recibidas, incomprendimientos, sufrimientos, persecuciones, enfermedades... Muchas y diversas son las pruebas por las que debe pasar el cristiano; Jesucristo nos ha prevenido claramente: *en el mundo tendréis luchas, pero tened valor: yo he vencido al mundo* (Jn 16,23).

En este sentido San Juan Pablo II enseña cómo el *Corazón de Jesús es nuestra paz y reconciliación* en las distintas luchas que podamos experimentar: «En Su Corazón encontrará paz y descanso; allí, su duda se transformará en certidumbre; el ansia, en quietud; la tristeza, en gozo; la turbación, en serenidad. Allí encontrará alivio al dolor, valor para superar el miedo, generosidad para no rendirse al envilecimiento y para volver a tomar el camino de la esperanza»³.

Debemos tener la humildad de reconocer y pedir perdón de nuestras faltas a Dios, que son la causa de nuestros desórdenes y pedirle al Sagrado Corazón que nos conceda su paz.

³ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (3/9/1989).

4. Buscar la paz interior en Jesucristo no significa la búsqueda egoísta del bienestar personal. El cristiano encuentra su paz en el Corazón de Cristo y sabe que es un don que debe comunicar con su ejemplo y con su esfuerzo. *Bienaventurados los que trabajan por la paz porque serán llamados hijos de Dios* enseña Nuestro Señor (Mt 5,9).

La paz de Cristo debe extenderse a las relaciones entre los hombres y entre los pueblos. El mundo alejado de Dios se ha desgarrado en los últimos tiempos en las guerras más mortíferas y crueles de toda la historia humana. Guerras mundiales, genocidios, el flagelo del aborto y de la eutanasia son el amargo fruto de una sociedad sin Dios. En los tiempos del Antiguo Testamento el pueblo elegido tenía la llave de lectura de la historia: sabía que si se alejaba de Dios y de su alianza perdía la paz y caía en la esclavitud. Los profetas le recordaban que solamente podían recuperar la paz si volvían a ser fieles a la alianza. Luego de la venida del Mesías no puede haber paz sin Jesucristo o estando en contra de Jesucristo. El cristiano sabe por la fe que Cristo *es nuestra paz* (Ef 2,14) y que la paz y la prosperidad de los pueblos sólo es posible en la medida en que abran las puertas a Cristo. De ahí la urgencia de trabajar para que Cristo reine en los corazones y así alcanzar «la paz de Cristo en el reino de Cristo» como rezaba la máxima del Papa Pío XI.

El Corazón de Jesús nos ofrece su paz. Él es nuestra paz y nuestra reconciliación. A Él debemos acudir con confianza renovada para vivir en paz con Dios y en concordia con nuestros hermanos. Podemos aplicar al Sagrado Corazón las palabras que San Juan de la Cruz pone en boca de Dios Padre que nos dice: «pon los ojos sólo en Él; porque en Él te lo tengo puesto todo y dicho y revelado, y hallarás en Él aún más de lo que pides y deseas»⁴.

⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, L. 2, cap. 22, n. 4.

Nos recuerda San Juan Pablo II que «también la Bienaventurada Virgen es para la Iglesia una presencia de paz y de reconciliación». Acudamos a Ella, Reina de la Paz, para que su Corazón Inmaculado «nos obtenga de Cristo el don mesiánico de la paz y la gracia de la reconciliación, plena y perenne, con Dios y con los hermanos»⁵.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (3/9/1989).

30.
CORAZÓN DE JESÚS
VÍCTIMA POR LOS PECADOS

Cor Iesu, victima peccatorum

P. Antonio Vatsaba, Sacerdote ucraniano
Misionero en Ucrania

Cuando profesamos nuestra fe decimos que Cristo bajó del Cielo para nuestra salvación: «Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo»¹. Jesucristo bajó del Cielo para morir a fin de que nosotros pudiéramos vivir.

En su libro *La vida de Cristo*, el Venerable obispo Mons. Fulton Sheen escribe que Cristo es la única persona en el mundo que no nació para vivir, sino para morir. Morir por nosotros, para redimirnos de nuestros pecados.

Cristo nació para morir, es decir, para cargar Él con nuestros pecados, por el gran amor que nos tiene, pues sólo un Dios hecho hombre podía reparar la ofensa infinita hecha a la Bondad divina con el pecado.

«Sobre el Corazón de Cristo cae el peso del pecado del mundo. En Él se cumplió de modo perfecto la figura del “cordero pascual”, víctima ofrecida a Dios para que en el signo de su sangre fuesen librados de la muerte los primogénitos de los hebreos (Ex 12,21-27). Por tanto, justamente Juan Bautista reconoció en Él al verdadero *Cordero de Dios* (Jn 1,29): Cordero inocente, que ha tomado sobre Sí el pecado del mundo para sumergirlo en las aguas saludables del Jordán (Mt 3,13-16 y paralelos); Cordero manso, *al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda* (Is 53,7), para que por su divino silencio quedase

¹ Símbolo Niceno-Constantinopolitano.

confundida la palabra soberbia de los hombres inicuos»². Así Él es la víctima perfecta por nuestros pecados.

Por eso, como explica el mismo Papa santo, «Jesucristo es el *Salvador* en este sentido fundamental de la palabra: llega a la raíz del mal que hay en el hombre, la raíz que consiste en volver las espaldas a Dios, aceptando el dominio del *padre de la mentira* (cf. Jn 8,44)...»³. Esa raíz y causa de todo el mal es el pecado.

Muchas veces no somos conscientes de la fealdad que el pecado tiene en cuanto ofensa a Dios. El Beato Dom Columba Marmion⁴ explica la gravedad del pecado, que en la práctica «niega que Dios sea la soberana sabiduría y tenga autoridad para poder legislar; niega de hecho la santidad de Dios y rehúsa tributarle la adoración que le es debida; en la práctica, niega su omnipotencia, y su derecho a reclamar obediencia de seres que todo lo recibieron de Él; no reconoce, además, su bondad suprema, digna de ser preferida a todo lo que no sea ella; rebaja a Dios y le coloca en grado inferior a la criatura. *Non serviam!* “No os reconozco, ni os he de servir”, son las palabras que el alma pecadora repite en el día de su rebelión, aunque no lo haga verbalmente: lo dice a gritos con sus actos». «El pecado mortal es una ofensa contra Dios, es el mal contra Dios. Prácticamente, si no lo hiciera imposible la naturaleza de la divinidad, el alma pecadora heriría la majestad y la bondad infinitas: destruiría a Dios».

«Es precisamente esto lo que ha sucedido en el misterio de la Pasión de Jesús. El pecado llegó hasta dar muerte a Dios, y para ello el mismo Dios había asumido una naturaleza humana en la Encarnación, para hacerse

² SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (10/9/1989).

³ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* (27/7/1988).

⁴ Seguimos la exposición de DOM COLUMBIA MARMION, *Jesucristo, vida del alma*, Parte II, 3.

víctima de inmolación». Jesús es víctima voluntaria, porque se ofreció libremente a su Pasión como víctima de expiación por los pecados de los hombres (Lv 1,4; Hb 10,5-10), víctima que fue consumada en el fuego de Su Amor.

El alma pecadora, por tanto, no es ajena a los sufrimientos que recibe Cristo en la Pasión, como dice más adelante Dom Columba Marmion: «El alma que comete deliberadamente pecado mortal, aporta su parte a esos dolores y ultrajes que caen sobre Cristo[...].

No sólo hay caídas mortales, existe también –y aquí tocamos un punto muy importante– el peligro de las faltas veniales [...]. En esta materia es necesario hacer una distinción; hay faltas veniales en las que nos deslizamos como por sorpresa, que son resultado las más de las veces de nuestro temperamento, que sentimos y procuramos evitar; estas faltas se nos remiten por un acto de caridad, con una buena comunión; y, además, nos mantienen en la humildad.

Mas lo que verdaderamente hemos de temer son las faltas veniales habituales o plenamente deliberadas, ya que son un verdadero peligro para el alma [...].

Porque de esas faltas fríamente admitidas, tranquilamente cometidas y que, sin sentir el alma remordimiento alguno, pasan al estado de hábito no combatido, resulta necesariamente una disminución de la docilidad sobrenatural, un relajamiento de la vigilancia, un debilitamiento de nuestra capacidad de resistencia a la tentación. La experiencia enseña que de una serie de negligencias voluntarias en cosas pequeñas nos deslizamos insensible pero casi fatalmente en las faltas graves [...]

La falta grave, pasajera, es mucho menos peligrosa, y sobre todo mucho menos funesta que una serie de faltas veniales habituales o plenamente deliberadas»⁵.

Nos podemos preguntar por qué esto es así y podemos responder con el mismo autor que se debe a que después de haber caído en el pecado grave un alma que en todas las cosas busca sinceramente a Dios se humilla, se levanta y procura encontrar, en el recuerdo de la falta misma que ha cometido, excelente motivo para conservarse y anclarse en la humildad. Mientras las faltas veniales cometidas con frecuencia y sin remordimiento la sitúan en un estado de constante contradicción a la acción sobrenatural de Dios. Dom Columba Marmion es aún más explícito en cuanto a la incapacidad en que nos deja este modo habitual de actuar: «Semejante alma no puede en manera alguna pretender un elevado grado de unión con Dios; antes, por el contrario, la acción divina va debilitándose en ella, el Espíritu Santo enmudece, y ella casi irremediablemente y sin mucho tardar caerá en faltas más graves. Nada se puede garantizar respecto a la salvación, ni mucho menos a la perfección de un alma que anda poniendo constantemente obstáculos a la acción divina y que no hace esfuerzos serios para salir de su estado de tibieza»⁶.

Cristo murió para liberarnos de la esclavitud del pecado, así pues, glorifiquémosle con nuestra vida recta y seamos dignos del sacrificio que Cristo hizo por nosotros.

Pedimos a la Virgen la gracia de llegar a la necesaria destrucción del pecado en nuestra vida, al punto de detestar el pecado y no pactar jamás con él, así como evitar las faltas veniales habituales o plenamente

⁵ *Ibidem.*

⁶ *Ibidem.*

deliberadas que destruyen en nosotros la intensidad del amor a Dios y el fervor para la santidad. Para ello nos ha obtenido, y anticipadamente, la gracia santificante y la remisión de todos nuestros pecados aquel Corazón amantísimo que en su infinito amor se hizo Víctima de expiación por nuestros pecados.

31.
CORAZÓN DE JESÚS
SALVACIÓN DE LOS QUE EN TI ESPERAN

Cor Iesu, salus in te sperantium

P. Ezequiel Ayala, Sacerdote argentino
Misionero en Rusia

Esta letanía es una de las más hermosas y que más ánimos traen al alma. No es difícil encontrar en la Biblia fundamentos de ésta hermosa invocación. Pongo a pie de página aquellas que me parecen más relevantes, algunas de las cuales van a aparecer a lo largo de esta meditación¹.

Con esta invocación nos recordamos a nosotros mismos verdades muy arraigadas en la Sagrada Escritura para que nuestra confianza en Dios crezca, y para alabarlo por su Amor. Nos podríamos hacer algunas preguntas para nuestra reflexión: ¿A qué salvación se refiere? ¿Cuál es el modo de esperar en ese Sagrado Corazón? ¿Quién es aquel que espera en el Sagrado Corazón de tal modo que, si lo viésemos, pudiésemos

¹ **Antiguo Testamento:** Salmo 1 (la confianza en ese Corazón nos impulsa a esperar en Él, y caminar por los caminos que Él nos señala); Salmo 9,11: *Y en ti confían los que saben* (en el sentido de *conocer*) *tu nombre, pues tú, Yahveh, no abandonas a los que te buscan* (esa confianza brota del conocimiento que nos da el contacto con Él por la oración); Salmo 18,31.35-36 *Él es escudo para los que a Él se acogen* (si nos apegamos a Él estamos seguros); Salmo 61 (Dios es la roca de Salvación: el que descansa en esa roca será salvo. Pero hay que *descansar* en ella); Salmo 125,1: *Los que confían en Yahveh son como el monte Sión, que es incommovible, estable para siempre* (nada les puede asustar, derribar, derrotar). **Nuevo Testamento:** Marcos 10,25-27 (para el hombre la salvación es imposible, no para Dios. Es un llamado a ponernos en sus manos); Hechos 2,21 (invocarlo es una de las obras que hay que hacer para salvarse); Hechos 4,12 (el sentido de nuestra letanía es confesar esta verdad); Romanos 1,16 (salvación universal); Romanos 5,5-10 (motivos de sobra para confiar en su amor salvador); Romanos 8,24 (por nuestra Fe en Él estamos salvados en Esperanza); Hebreos 9,28 (Cristo traerá la salvación a aquellos que lo esperan).

reconocerlo y decir «ese es el de la letanía»? Intentemos responder a estas preguntas.

- **Jesus es la «salvación...»** ¿De qué salvación estamos hablando? Se trata de la *salvación eterna* que viene presentada en la Sagrada Escritura como fruto de la Misericordia de parte de Dios y, de parte del hombre, como la adhesión a Dios por el ejercicio de la virtud de la esperanza. Así lo podemos entender de las palabras de Nuestro Señor: *el que perseverare hasta el fin, ése se salvará* (Mt 24,13). La perseverancia en poner los medios que Dios nos ofrece o nos exige supone el ejercicio de la virtud de la esperanza. No perseveraríamos si no confiásemos en Dios.

Por eso, no se trata de una esperanza cualquiera, sino de la esperanza cristiana, es decir, fundada sólo en el poder de Dios y no en bienes materiales (como la salud, dinero, poder) o en los méritos. Uno de los ejemplos de esta fe es Abraham: *Contra toda esperanza, Abraham creyó y esperó* (Ro 4,18-21). Es decir, esperó a pesar de que los hechos y la experiencia le mostraban que no tenía sentido esperar.

¿Por qué nuestra esperanza está puesta en el Corazón de Jesús? De hecho, Dios se encarna únicamente para salvarnos. El nombre que el Verbo elige para sí mismo, Jesús, se traduce *Dios salva*². ¿De qué? De los pecados. La única causa de la Encarnación es sacar el obstáculo que nos impide entrar en comunión con Dios eternamente.

El corazón es el símbolo del Amor: el de Jesús, *llagado*, nos recuerda su obra de amor más grande por nosotros: la Cruz. Para que los hombres al mirarlo, aún los más pecadores, entiendan hasta qué punto Dios no quiere la muerte del pecador, sino que este *se convierta y viva* (Ez 33,11) y se animen a volver a Cristo.

² Mt 1,21: *le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.*

Por eso la devoción al Sagrado Corazón es un inmenso don de Dios para nosotros, porque ¿cómo podríamos confiar nosotros, pecadores, en salvarnos, si no tuviéramos el testimonio del amor de Dios que se dignó dar la vida por nosotros cuando todavía estábamos enemistados con Él por nuestros pecados (Cf. Ro 5,5-10)? Pues se ofreció por nosotros, y se hizo nuestra ofrenda al Padre Eterno para, con su amor, suplir nuestra ingratitud y olvido para con Él.

La preocupación por la salvación ha ocupado a los hombres de todos los tiempos. En los Evangelios encontramos la pregunta del joven rico, *¿qué debo hacer para salvarme?* (Mt 19,16; Lc 18,18; Mc 10,17-27). A la respuesta de Jesús, que a muchos les parecería demasiado (cumplir los mandamientos), él, sin embargo, responde: *Todo eso lo he guardado; ¿qué más me falta?* (Mt 19,20). Se ve en su respuesta que, a pesar de ser observante y de estar en el buen camino, el Espíritu Santo le estaba inspirando que esperaba algo más de él: por eso la preocupación no se va de su corazón. Sabemos cómo termina el episodio, el joven se marcha triste y Jesús sentencia: *Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios.* Los Apóstoles se asustan: pues ¿quién está libre de apegos, como para no negarle nada a Dios? Y sacan su conclusión: *¿quién se podrá salvar?* Jesús dice: *Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios* (Mc 10,25-27). **La salvación es posible sólo para aquellos que se confíen a Dios sin reservas³. Para los que se pongan en manos de Dios y sigan por los caminos que Él les señale.**

³ El Antiguo y el Nuevo Testamento están llenos de testimonios sobre esta idea: *Sólo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación; sólo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré. (...) Descansa sólo en Dios, alma mía, porque él es mi esperanza; sólo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré. (...) Pueblo suyo, confiad en él, desahogad ante el vuestro corazón, que Dios es nuestro refugio* (Sl 61); *De hecho, en ningún otro hay salvación,*

- Jesús es la salvación **...de los que en Él «esperan»**. Sabemos que Dios es el que salva. Pero esa salvación a pesar de ser gratuita debe ser recibida, aceptada. De ahí que esa salvación, sin dejar de ser universal (Cf. Ro 1,16) en sus efectos posibles (Jesús murió por todos los hombres, pagó por todos los pecados de los hombres) se extiende a aquellos que creen y **hacen** lo que a Dios agrada: *abre tu boca y Yo la saciaré... ¡Ah!, si mi pueblo me escuchara, si Israel mis caminos siguiera, al punto yo abataría a sus enemigos, contra sus adversarios mi mano volvería* (Sl 81,11)⁴. Se trata de una alianza entre Jesús y nosotros, que se realiza en el Bautismo (a través de él entramos a formar parte del pueblo de Dios), y en la práctica de la consagración al Sagrado Corazón.

Por eso, podemos preguntarnos: ¿está bien que pensemos, cuando rezamos esta letanía, en bienes que no estén directamente relacionados con la salvación eterna? Jesús concedió bienes materiales: resurrecciones, curaciones, etcétera, pero siempre en orden a la salvación eterna (de ahí que exigiese siempre la fe⁵). Por eso, se pueden pedir otras cosas, pero teniendo **cuidado** de amoldarnos a lo que Dios decida⁶, y no hacer que estas añadiduras⁷ ocupen el lugar de Dios, nuestro verdadero paraíso.

Para concluir, preguntémonos... ¿Quién es el que realmente espera en el Sagrado Corazón? Sabido es que «el amor se da entre semejantes o hace semejantes a dos personas».

porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos (He 4,12).

⁴ Ver también Sl 18,31; 61,6 y He 2,21.

⁵ Mc 9,23-24: *Jesús le dijo: '¿qué es eso de si puedes? ¡Todo es posible para quien cree!'. Al instante, gritó el padre del muchacho: '¡Creo, ayuda a mi poca fe!'*.

⁶ Lc 22,41-42: *y puesto de rodillas oraba diciendo: 'Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya'*.

⁷ Mt 6,33: *Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura.*

El Amor al Sagrado Corazón que brota de esta devoción, tiene el poder de transformarnos, de hacernos otros Cristos. Así lo pedimos en la invocación: «Sagrado Corazón de Jesús, haz mi corazón semejante al tuyo». Eso ocurre cuando buscamos imitarlo en su modo de amar a Dios y a los hermanos. Y el modo de amar de Dios es darse: como se dio en la Pasión, y como se nos da en la Eucaristía, sin reservas.

Creo que el Salmo 1 describe bien al devoto de esta letanía⁸. En otras palabras, es el que pone su confianza en Él no sólo para esta vida, sino para la otra principalmente.

Es el que escucha su palabra y la cumple⁹, aún cuando eso lo perjudique¹⁰; el que vende todo y compra el campo para tener el tesoro en él escondido¹¹; el que busca entrar por la puerta estrecha¹².

Sólo quien tiene esta esperanza es capaz de abrazar la Cruz que el Señor quiere para nosotros¹³ como remedio de nuestras flaquezas. Porque en

⁸ *¡Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni en la senda de los pecadores se detiene, ni en el banco de los burlones se sienta, mas se complace en la ley de Yahveh, su ley susurra día y noche! Es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da a su tiempo el fruto, y jamás se amustia su follaje; todo lo que hace sale bien... Porque Yahveh conoce el camino de los justos, pero el camino de los impíos se pierde (Sl 1).*

⁹ Jn 14,15: *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*

¹⁰ Jn 16,1-3: *Os he dicho esto para que no os escandalicéis. Os expulsarán de las sinagogas. E incluso llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios. Y esto lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí.*

¹¹ Mt 13,44: *El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel.*

¹² Mt 7,13-14: *Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y poco son los que lo encuentran.*

¹³ Lc 9, 23-25: *Y decía a todos: 'Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, este la salvará'; Jn 12,24-26: En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama*

esta vida sólo se alcanza a Cristo, con el corazón y con el entendimiento, en la Cruz¹⁴. Estar con Cristo crucificado es el camino al Cielo. La verdadera esperanza en ese Corazón sólo la posee aquel que en todo busca la lanza que traspasó a su Señor, porque la quiere para sí mismo, para compartir con Él su dolor..., y por no separarse de Él, busca estar clavado con Él en la Cruz.

Los que esperan son los que están, permanecen en y con el Señor. Son como esos personajes del Vía Crucis que salieron al encuentro del Señor para compadecerlo en su Pasión. Porque la contemplación de este Corazón nos lleva a compadecerlo y a hacer de su Pasión nuestro libro de cabecera. No importa si llegamos hasta aquí, como la Santísima Virgen, por vocación especialísima; o como la Verónica, por un amor compasivo; o como San Juan, por un amor puro; o como el cireneo, a la fuerza; o como el buen ladrón, por malos caminos. Si llegamos al Vía Crucis, es porque sólo buscamos a Cristo y sólo deseamos la verdadera salvación que Él nos ofrece. Los tales están ya *salvados en esperanza* (Ro 8,24) pues no temen ni la represalia de los soldados, ni la reprobación de los judíos, ni se avergüenzan de la Pasión de su Señor. Para ellos la vida es Cristo, y todo lo demás, incluso morir, es una ganancia, si con eso pueden alcanzar a Cristo, su salvación (cf. Flp 3,8).

Pidámosle a nuestra abogada, con toda la Iglesia: Inmaculado Corazón de María: ¡sed la salvación del alma mía!

su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor.

¹⁴ Jn 12,32: *Y yo cuando sea levando de la tierra, atraeré a todos hacia mí.*

32.
CORAZÓN DE JESÚS
ESPERANZA DE LOS QUE EN TI MUEREN

Cor Iesu, spes in te morientium

P. Reynaldo Satiro, Sacerdote brasileiro
Misionero en Brasil

Primer punto: la muerte

Nosotros, los seres humanos, tenemos experiencia, tanto propia cuanto ajena, de que toda separación es causa de dolor. Y cuanto más íntimamente las cosas que se han de separar están unidas, más dolorosa será su separación. Así, por ejemplo, es profundamente doloroso para una madre el tener que separarse de un hijo ¡sólo ella y quizá ni siquiera ella lo puede decir!, aunque cuando el motivo de la separación es noble, el dolor puede, con el tiempo, convertirse en alegría.

La muerte biológica, es decir, la separación del cuerpo y el alma de una persona, que es la unión más perfecta, fundamental y existencial del hombre, es una separación de este tipo, profundamente dolorosa, y si queremos ser más específicos: inefablemente dolorosa. Es así, ¡no se la puede describir con riqueza de detalles, pero la experiencia nos dice que es dolorosísima! Tanto para la persona que muere (aunque la fe revela el sentido de la muerte y nos consuela), cuanto para los que se quedan, los cuales no raras veces también, en cierto sentido, mueren en su corazón, lo que se suele llamar luto.

Todo ese drama de la muerte parece indicar la necesidad de algún género especial de consuelo y la mejor expresión de dicho consuelo son

las siguientes palabras de Nuestro Señor: «Seré su amparo y refugio seguro durante la vida y principalmente a la hora de la muerte»¹.

Tiene mucha razón Nuestro Señor en decir que será nuestro amparo y refugio seguro durante la vida porque Él mismo ya nos había dicho en su vida terrena: *No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? [...] No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso* (Mt 6,25.31-32). Su Amorosísimo Corazón está atento y es solícito por nuestras necesidades.

¿Y si es así para las angustiantes necesidades materiales de esta vida, cómo pensar que será distinto para nuestras necesidades espirituales en el angustiosísimo momento de la muerte? No es sin razón que Nuestro Señor promete ser nuestro amparo y refugio... principalmente a la hora de la muerte, que es tan desconocida que todos tienen motivos para temerla, conforme un canto popular:

«Los malos por no ser buenos,
los buenos por no ser santos,
aquel puente de la muerte
todos lo pasan temblando»².

«Seré su amparo y refugio seguro durante la vida y principalmente a la hora de la muerte».

¹ Cuarta promesa del Sagrado Corazón de Jesús.

² RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 546.

¡Sólo Jesús puede decir palabras tan acertadas para un momento tan difícil!

¡Sólo en Su Corazón puede el agonizante encontrar suficiente consuelo para que su muerte sea una suave separación de este mundo!

¡Sólo un Corazón cuya misericordia es eterna puede consolar el afligido corazón del hombre que tiene sed de eternidad cuando se le pone delante su destino eterno!

Segundo punto: la muerte en Cristo

El término muerte designa primera y principalmente –como ya lo hemos dicho– la separación entre el cuerpo y el alma de una persona. Pero asumiendo la muerte con este sentido de separación, en el cristianismo también llamamos muerte a la radical separación que, por amor a Dios y siguiendo las enseñanzas y ejemplos de Cristo, el cristiano debe tener en relación al pecado y al mundo, más específicamente a todo lo que es el espíritu del mundo.

Lo dice claramente el Apóstol de los gentiles escribiendo a los cristianos de Roma: *Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús (Ro 6,11)*. El sentido de esa muerte al mundo y al pecado y vida en Cristo o, dicho de otro modo, el sentido de esa «muerte en Cristo» debe marcar profundamente el pensamiento cristiano y determinar las líneas de su acción. Y nos prepara para el momento de la muerte física. Las siguientes palabras de San Juan Pablo II pueden ser de gran utilidad para que mejor lo comprendamos:

«[...] **'Morir en Cristo'** significa, [...] confiar en Cristo y abandonarse totalmente a Él, poniendo en sus manos –de Hermano, de Amigo, de Buen Pastor– el propio destino, así como Él, muriendo, puso Su espíritu en las manos del Padre (Lc 23,46).

‘Morir en Cristo’ significa cerrar los ojos a la luz de este mundo en la paz, en la amistad, en la comunión con Jesús, porque nada, *ni la muerte ni la vida... podrá separarnos del Amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro* (Ro 8,38-39)»³.

El santo Papa nos propone dos actitudes fundamentales: el abandono y la amistad. Abandono en Cristo, en su Corazón que tiene todos los calificativos para inspirar nuestra confianza: es Hermano, Amigo, Buen Pastor (y otros tantos no citados). Amistad con Cristo, que siendo Dios se hizo hombre justamente para aproximarse a nosotros y establecer ese lazo de amistad con nuestra naturaleza y con cada uno de nosotros en particular; y es justamente por esa amistad que aprendamos de Él a estar en el mundo sin ser del mundo (cf. Jn 15,19).

Los que viven en este santo abandono en Cristo y en esta amistad con Cristo, pueden considerarse realmente muertos para el mundo y vivos en Cristo. Pueden decir, siguiendo la exhortación de San Pedro, que viven en este mundo *como extranjeros y peregrinos*, es decir, como quien tiene otra patria y a ella dirige constantemente su caminar (cf. 1 Pe 2,11).

Tercer punto: la muerte y la esperanza caminan juntas

Para el cristiano, muerte y esperanza son dos términos que poseen entre sí una relación estrechísima:

- La muerte de Cristo es nuestra esperanza de vida y salvación. San Pablo lo expresa con maestría con las siguientes palabras: *En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; -en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir-; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. ¡Con cuánta*

³ SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (5/11/1989).

más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por Él salvos de la cólera! Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida! (Ro 5,6-10).

- Alimentados de esa esperanza nos disponemos a morir en Cristo. El mismo Apóstol lo manifiesta: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, como dice la Escritura: Por tu causa [por causa de la esperanza que pusimos en Ti y del amor que tenemos por Ti] somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos más que vencedores gracias a Aquel que nos amó (Ro 8,35-37).*

- Y nuestra muerte en Cristo es siempre esperanza de una vida mejor. La muerte a este mundo para vivir una vida en Cristo es esperanza de una vida feliz y mejor por estar anclada en la providencia divina, como nos lo manifiesta el propio Cristo: *Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones y en el mundo venidero, vida eterna (Mc 10,28-30).* Pero, además, la muerte biológica a esta vida temporal es esperanza de una vida feliz y mejor por ser eterna: *No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios: creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros (Jn 14,1).*

¡Si no logramos el premio no podemos decir que es por falta de promesas, quizá se pueda decir que es por falta de esperanza!

¿Hay fundamentos para esa esperanza? Así lo respondía sintética y sapientísimamente San Bernardo: «Toda mi esperanza se funda en la caridad de la adopción, en la verdad de las promesas, y en el poder para

cumplirlas. Murmuren ahora cuanto quieran mis necias cavilaciones y digan: ¿Quién eres tú y qué es la gloria?, ¿qué méritos son los tuyos para conseguirla? Responderé con toda confianza: Yo sé muy bien en quién confío, y estoy muy cierto que me adoptó con caridad excesiva, que es fiel en lo que promete, y que tiene poder para cumplirlo, y puede hacer cuanto quiera»⁴.

¿Hay fundamentos para esperar, aún delante de nuestra muerte? Por cierto, las palabras y el ejemplo de San Pablo nos indican el camino para llegar a una adecuada respuesta: [...] *conforme a lo que aguardo y espero, que en modo alguno seré confundido; antes bien, que con plena seguridad, ahora como siempre, Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo, y el morir, una ganancia* (Flp 1,20-21).

¡Si la vida del cristiano está resumida y unificada en la persona de Cristo, si el cristiano confiando en la promesa de Cristo se encuentra amparado y refugiado en su Corazón, la muerte no solamente nos es algo que temer, sino incluso es algo que se puede santamente desear!

Es ya una sentencia común que «*Qualis vita, finis ita*», es decir, tal cual es la vida, así suele ser su fin. Si nos esforzamos por vivir en el Corazón de Jesús, sondeando y cumpliendo sus deseos, consejos y mandamientos, no podemos esperar menos que morir en este mismo Corazón, gozando de todas sus delicias.

Coloquio

¡Dulcísimo Corazón de Jesús!

Desde toda la eternidad ya conoces en toda su extensión y profundidad el corazón del hombre, no obstante, por un acto de incomprensible e

⁴ SAN BERNARDO, *Obras*, t. 1, p. 477.

inefable Amor, asumiste un Corazón de carne y experimentaste en grado supremo en tu vida terrena todos los dolores, angustias y aflicciones que un corazón humano puede soportar -incluso la muerte- para que nunca dudemos de la grandeza de tu compasión y misericordia para con nosotros.

Tu modo de proceder inspira nuestra confianza, por eso humildemente manifiesto Señor mis ansias de que toda mi vida, presente, pasada y futura esté anclada en tu Corazón, donde pretendo encontrar remedio para para todas mis angustias.

¡Que el recuerdo de mis pecados pasados, Señor, no sea motivo de desconfianza de tu perdón, sino más bien un impulso para que avance por las aguas cada vez más profundas en el océano de tu Corazón que no se hizo carne para juzgar al mundo, sino para salvarlo (cf. Jn 3,17)!

¡Que la consciencia de mi presente indignidad, Señor, no sea motivo para que yo tenga miedo de aproximarme a ti, oír tu llamada, seguir tus huellas, desear y marchar por la senda de tus discípulos más cercanos, de los predilectos de tu Corazón, ya que no viniste a llamar a los justos, sino a los pecadores (cf. Mc 2,17)!

¡Que la incertidumbre de mi futuro destino, Señor, no sea motivo de aquella desesperación que paraliza la vida espiritual hasta producir su lamentable muerte, sino que me abandone más en ti, muriendo a las alegrías de este mundo y alimentando mi esperanza de los bienes del Cielo, donde tendré vida en plenitud, conforme a tu promesa (cf. Jn 10,10)!

¡Todo por ti, oh Sagrado Corazón de Jesús!

33.
CORAZÓN DE JESÚS
DELICIA DE TODOS LOS SANTOS

Cor Iesu, delicia Sanctorum omnium

P. Diego Pombo, Sacerdote argentino
Misionero en Italia

El Corazón de Jesús es el amor, la delicia y gozo de todos los santos. De *todos*, de los que están en la tierra, de los que están purificándose para entrar en la presencia de Dios y de los que ya están en la gloria del Cielo.

Corazón de Jesús, delicia y gozo de los santos en la tierra

El Corazón de Jesús es delicia de los santos en la tierra, porque ellos han puesto toda su esperanza en Cristo, en su amor y misericordia. Para ellos, Jesús es su único tesoro, y por eso sus corazones están en Él: *Allí donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón* (Mt 6,21).

Todo el mundo de nuestro interior: nuestros sentimientos, deseos, gozos y alegrías, nuestros afectos, nuestras intenciones e inclinaciones, es decir, todo nuestro corazón estará allí en lo que consideremos como un tesoro, en lo que sea de gran valor, en lo que amemos por encima de otro amor.

Los santos en la tierra son aquellos que no tienen otro tesoro más que Jesucristo. Él es el único amor de sus vidas. Son los que *no acumulan tesoros en la tierra* (Mt 6,19). Son aquellos que desean con San Agustín «elevarse con la mente hasta el Cielo, y al menos estar contigo por los anhelos de mi corazón; de modo que, aunque por las miserias de mi cuerpo continúe unido a la tierra, esté siempre unido a ti por mis deseos y por el fuego de mi amor, hasta el día en que pueda vivir donde está

mi tesoro, que eres tú mismo, Dios mío, tesoro incomparable y digno de todos nuestros pensamientos y de todo nuestro amor»¹.

Son aquellos que «han fijado su corazón en el Cielo», e «imitan a aquel que dijo: *Nosotros somos ciudadanos del Cielo* (Flp 3,20). Viviendo, pues, en el Cielo, y pensando en las cosas celestes, como está escrito: *Donde está tu tesoro, allí está tu corazón*, todo esto los conduce a hacerlos sufridos y pacientes. Por eso, mientras recorren su propio camino, no les preocupa lo que suceda en la tierra, como las lumbreras no se preocupan de ordenar los días y las noches, a pesar de ver tantos males en la tierra»².

El Corazón de Jesús es delicia de los santos en la tierra porque en medio de los dolores, angustias y pruebas de la vida presente miran a Cristo y van hacia Él, porque solo en Él pueden encontrar paz y consuelo. *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré* (Mt 11,28). Son los que no buscan paz, descanso y gozo en las cosas del mundo que no las pueden dar, sino sólo en Cristo. La condición que puso Nuestro Señor para que encontremos alivio en nuestras penas es el ir a Él.

¿Qué significa ir a Cristo? Significa conocerlo y unirse a Él por el amor. Para aquel que no pone su delicia en el Corazón de Cristo todos los mandamientos, los preceptos de la Iglesia y el mismo Evangelio se convierte en algo imposible de practicar y vivir. Para el que ama, en cambio, absolutamente todo es posible.

Por eso decía Santo Tomás que «la ley nueva no es gravosa, porque está condimentada con el condimento del amor, y cuando se ama a alguien no es gravoso todo lo que se sufre por él, porque a todas las cosas

¹ SAN AGUSTÍN, *Manual de elevación espiritual*, cap. 14.

² SAN AGUSTÍN, *Exposición sobre el salmo 93*, n. 5.

pesadas e imposibles el amor las hace livianas. Y así, si uno ama verdaderamente a Cristo nada le resulta pesado»³.

Si amamos a Cristo nada será para nosotros un peso. Todos estamos cansados y agobiados, todo para nosotros es pesado a causa de nuestra naturaleza caída; pero si vamos a Cristo y cargamos con su yugo que es la ley nueva, la ley de la caridad, entonces todo será fácil y llevadero, y encontraremos alivio y paz verdadera.

San Agustín decía que el yugo de Cristo hace las veces de las alas del ave. «Esta carga no es un peso para quien está cargado, sino alas para quien va a volar. En efecto, las aves llevan el peso de sus alas. ¿Qué decir? Lo llevan y son llevadas por él. Ellas lo llevan en la tierra, y son llevadas por él sobre el aire. Si queriendo mostrarte misericordioso con el ave, sobre todo en verano, y diciendo: “Esta desdichada ave arrastra el peso de sus alas” se lo quitas, quedará en la tierra aquella a la que tú quisiste ayudar. Carga, pues, con las plumas de la paz; recibe las alas de la caridad. Esta es la carga; así se cumple la ley de Cristo»⁴. Y en otro lugar decía también el mismo Santo: «La carga de Cristo es tan liviana que te levanta; no te sentirás oprimido por ella o con ella, pero no te levantarás sin ella. Piensa que esta carga es para ti igual que el peso de las alas para las aves; si tienen el peso de las alas, se elevan; si se les quita, quedarán en tierra»⁵.

El Corazón de Jesús *es delicia de los santos en la tierra*, porque ellos ponen en las profundidades del Corazón de Cristo sus propios corazones, porque Cristo es para ellos su único tesoro, y porque ellos van siempre a Él para encontrar alivio, paz y gozo, cargando Su yugo llevadero.

³ *Comentario al Evangelio de San Mateo*, cap. 11, vv 20-29.

⁴ *Sermón 164*, n. 7.

⁵ *Sermón 68*, n. 12.

Corazón de Jesús, delicia y gozo de las almas del purgatorio

Sabemos que las almas del purgatorio sufren una purificación a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del Cielo. Pero es también un lugar de gozo, ya que están en gracia y amistad con Dios y están ciertas de su salvación eterna. Por eso decía Santa Catalina de Génova: «Creo que no se puede encontrar ninguna felicidad digna de ser comparada con la de un alma en el Purgatorio, excepto la de los santos en el Paraíso. Día tras día, esta felicidad crece a medida que Dios fluye en estas almas, más y más, y se consume el obstáculo para Su entrada»⁶.

El Corazón de Jesús es también la delicia de las almas benditas del purgatorio, porque que tienen en Él puesta toda su esperanza de poder verlo en el Cielo, y en medio de todas sus penas, se gozan en el amor de este Corazón que es su redentor y por el que fueron salvadas.

Corazón de Jesús, delicia y gozo de los santos en el Cielo

El Corazón de Jesús es delicia y gozo de los santos en el Cielo, porque como decía San Juan Pablo II «es la fuente de la vida de amor de los santos. En Cristo y por medio de Cristo los bienaventurados del Cielo son amados por el Padre, que los une a Sí con el vínculo del Espíritu Santo. En Cristo y por medio de Cristo, ellos aman al Padre y a los hombres, sus hermanos, con el amor del Espíritu»⁷.

El Corazón de Jesús es el «espacio vital de los bienaventurados», el lugar donde ellos «*permanecen en el Amor* (Jn 15,9), sacando de Él gozo perenne y sin límite. La sed infinita de amor, misteriosa sed que Dios ha puesto en el Corazón divino de Cristo», según el decir del mismo Papa Santo.

⁶ *Tratado sobre el purgatorio*, cap. 2.

⁷ *Angelus*, (12/11/1989).

San Agustín, con su singularísima pluma, describe el gozo del alma bienaventurada, que libre de las ataduras de la vida presente, goza para siempre de aquel a quien en esta vida buscó con todas sus fuerzas y de aquel que fue su único gozo y delicia: «Feliz el alma que liberada de esta cárcel terrena vuela libremente al Cielo, donde puede verte cara a cara a ti, su dulcísimo Señor, y donde sin ningún temor de la muerte goza de la incorrupción de la gloria perpetua. Serena y segura, no teme al enemigo ni a la muerte. Ya te posee a ti, su piadoso Señor, al que durante tanto tiempo buscó y al que siempre amó; unida a los coros de los bienaventurados, oh Cristo rey y buen Jesús, canta eternamente himnos de alegría en honor de tu gloria. Se embriaga con la abundancia de tu casa y tú le das de beber del torrente de tus delicias.

¡Qué feliz es la compañía de los ciudadanos del Cielo; qué glorioso y solemne el retorno de todos los que, después de las fatigas de este triste peregrinar terrestre, vuelven a ti, Señor, para gozar de la belleza, del esplendor y de la majestad de tu morada, donde tus conciudadanos pueden contemplarte eternamente!: Allí nada habrá que turbe la serenidad de su alma, y nada que pueda molestar a sus oídos. Admirables cánticos sagrados, himnos de amor y divinas melodías resonarán allí sin cesar. No tendrán ningún lugar en esa región ni la amargura, ni la hiel ni la aspereza. Porque allí no habrá que temer a ningún malvado ni a ninguna malicia, y no habrá adversarios ni impugnadores. No se conocen allí ni los peligrosos atractivos de los placeres, ni la pobreza, ni el deshonor, ni las riñas, ni los reproches, ni los procesos, ni el temor, ni la inquietud, ni la pena, ni la incertidumbre, ni la violencia ni la discordia. Por el contrario, reinan allí la paz suma, la caridad plena, el júbilo y la

alabanza eterna de Dios, el reposo seguro sin término, el gozarse siempre en el Espíritu Santo»⁸.

Corazón de Jesús, nuestra delicia y nuestro gozo

Elevando nuestra mirada hacia los santos del Cielo continuemos nuestro camino en la tierra, anhelando llegar hasta donde ellos, por la gracia de Dios, llegaron. Ellos llegaron porque el Corazón de Jesús fue su única delicia en la tierra; nosotros también esperamos llegar con la gracia de Dios, si «premiarnos» la Encarnación y la Pasión de Nuestro Señor, entregando toda nuestra vida y todo nuestro corazón a ÉL, que por nosotros se encarnó y por nosotros padeció: «Me hice hombre para ser visto de ti y así me amaste; porque, en cierto modo, no visto e invisible en mi divinidad, no era amado. Premia mi Encarnación y Pasión, entregándote todo a mí. Por ti me encarné, por ti padecí. Yo me di a ti; date tú a mí»⁹.

Que la Santísima Virgen María, reina de todos los santos, los del Cielo y los de la tierra, nos ayude a repetir cada día con esperanza: *Sagrado Corazón de Jesús delicia de todos los santos.*

⁸ SAN AGUSTÍN, *Manual de elevación espiritual*, cap. 6.

⁹ SAN BUENAVENTURA, *Vida mística*, c. 24, 3.

ÍNDICE

Introducción	2
1. Corazón de Jesús Hijo del eterno Padre	9
2. Corazón de Jesús formado en el seno de la Virgen Madre por el Espíritu Santo	15
El fin del Corazón de Cristo.....	15
Verdadero Corazón humano, formado por el Espíritu Santo en María	16
Ir al Corazón de María para llegar al Corazón de Jesús	18
3. Corazón de Jesús unido sustancialmente al Verbo de Dios	21
1. Breve exégesis de algunos versículos de San Juan 1, 1-2.4.14	21
2. Unión substancial.....	23
3. El Corazón de Jesús nos recuerda el amor de Dios por nosotros	25
4. Corazón de Jesús de majestad infinita	27
5. Corazón de Jesús Templo santo de Dios	35
Fundamento bíblico	35
El Corazón de Jesús es Templo de Dios	36
El Corazón de Jesús es Templo Santo de Dios	37
El Corazón de Jesús es casa de oración	37
El Corazón de Jesús es manantial de gracia	39
6. Corazón de Jesús Tabernáculo del Altísimo	41
7. Corazón de Jesús casa de Dios y puerta del Cielo.....	45
8. Corazón de Jesús horno ardiente de caridad	49
9. Corazón de Jesús santuario de justicia y de amor.....	55

10. Corazón de Jesús lleno de bondad y de amor	61
11. Corazón de Jesús abismo de todas las virtudes	65
Una mirada al Corazón de Cristo	66
Dones de su Corazón.....	68
Las preferidas de su Corazón.....	69
12. Corazón de Jesús digno de toda alabanza	71
13. Corazón de Jesús Rey y centro de todos los corazones.....	77
14. Corazón de Jesús en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia	81
15. Corazón de Jesús en quien habita toda la plenitud de la divinidad.....	87
16. Corazón de Jesús en quien el Padre se complació mucho	93
1. El Padre se complace en el Hijo	94
2. El Hijo se complace en nosotros.....	95
3. El Padre quiere complacerse en mí	95
4. Jesús nos dice: dame hijo mío tu corazón.....	96
5. Conclusión: concédeme tu corazón María	97
17. Corazón de Jesús de cuya plenitud todos hemos recibido	99
18. Corazón de Jesús deseo de los eternos collados.....	105
19. Corazón de Jesús Paciente y muy misericordioso	111
Introducción	111
Paciencia y misericordia del Corazón de Jesús.....	111
El Corazón paciente de Jesús	112
Corazón infinitamente misericordioso	113

<i>Venid a Mí</i> (Mt 11,25).....	114
20. Corazón de Jesús rico con todos los que te invocan.....	117
Dios escucha siempre nuestras plegarias.....	117
Dios puede concedernos lo que le pidiéremos.....	118
Dios nos quiere conceder lo que le pidamos	119
¿Por qué no conseguimos siempre cuanto le pedimos?.....	119
Acudamos confiadamente al Sagrado Corazón, rico para todos los que lo invocan.....	121
21. Corazón de Jesús fuente de vida y de santidad	123
Fundamento bíblico	123
Meditación.....	124
22. Corazón de Jesús propiciación por nuestros pecados	129
23. Corazón de Jesús colmado de oprobios	135
Primer punto: ¿Por qué Jesucristo fue escarnecido, despreciado y ridiculizado?	135
Segundo punto: las etapas de las humillaciones de Jesús	137
Conclusión.....	139
24. Corazón de Jesús desgarrado por nuestros pecados.....	143
25. Corazón de Jesús hecho obediente hasta la muerte	153
26. Corazón de Jesús traspasado con una lanza	159
1. Entró la lanza en el costado de Cristo y abrió su Corazón	160
2. Salió la lanza y del costado abierto del Salvador <i>salió sangre y agua</i>	162
3. La Virgen María traspasada en su corazón al pie de la Cruz.....	164
27. Corazón de Jesús fuente de todo consuelo.....	167

28. Corazón de Jesús vida y resurrección nuestra.....	173
29. Corazón de Jesús paz y reconciliación nuestra	179
Fundamento bíblico.....	179
Meditación.....	180
30. Corazón de Jesús Víctima por los pecados	185
31. Corazón de Jesús salvación de los que en Ti esperan.....	191
32. Corazón de Jesús esperanza de los que en ti mueren.....	197
Primer punto: la muerte.....	197
Segundo punto: la muerte en Cristo	199
Tercer punto: la muerte y la esperanza caminan juntas	200
Coloquio.....	202
33. Corazón de Jesús delicia de todos los santos.....	205
Corazón de Jesús, delicia y gozo de los santos en la tierra	205
Corazón de Jesús, delicia y gozo de las almas del purgatorio.....	208
Corazón de Jesús, delicia y gozo de los santos en el Cielo.....	208
Corazón de Jesús, nuestra delicia y nuestro gozo	210
Índice.....	211





2023